Diócesis de Carabayllo

AMORIS LAETITIA: FAMILIA REFLEJO VIVIENTE DE LA TRINIDAD

I Congreso Teológico Internacional

Lima Norte, 9 al 12 de diciembre de 2021

Introducción

Del 9 al 12 de diciembre de 2021, la Diócesis de Carabayllo organizó el I Congreso Teológico Internacional: “Amoris laetitia: familia reflejo viviente de la Trinidad”. Este evento tuvo el objetivo de celebrar dos fechas importantes para la Diócesis: en primer lugar, se vivía la celebración los 25 años de nuestra creación y por ese motivo, el Papa Francisco nos había concedido vivir un Año Jubilar y el Congreso fue una de las actividades conmemorativas en el marco del Jubileo.

Por otra parte, también se celebraban 5 años de la publicación de la exhortación apostólica post-sinodal Amoris laetitia. Así que el programa se vivió durante esa magnífica semana tuvo la finalidad de redescubrir la gracia de ser familia a imagen de la Trinidad.

Monseñor Lino Panizza, en ese entonces Obispo de Carabayllo y anfitrión de la jornada, dio la bienvenida con mucho cariño y alegría a todos los asistentes pues fue una de las primeras actividades diocesanas de forma presencial después de la pandemia: “nos reencontramos para celebrar a la familia”, dijo el Obispo en su mensaje de bienvenida.

Tuvimos la bendición de que cuatro cardenales, varios obispos y un par de sacerdotes con doctorados respondieran a nuestra invitación a ser los expositores del Congreso.

Así, el primer día escuchamos al Cardenal Kevin Farrel con la ponencia de bienvenida desde Ciudad del Vaticano. Luego, Monseñor Carlos Castillo Mattasoglio (Perú) y el Pbro. Dr. Mauricio Landra (Argentina) disertaron sobre la recepción de la exhortación apostólica en América Latina.

El segundo día se habló sobre la relación conyugal como signo e imagen de la relación entre el hombre y Dios, para lo cual tomaron la palabra el Cardenal Pedro Barreto (Perú), Monseñor Fernando Chomalí (Chile) y Fray Dr. Giampiero Gambaro (Perú).

El sábado 11 de diciembre, se profundizó más sobre el matrimonio y para abordar sobre las patologías y fragilidades que amenazan a la familia, subieron al estrado el Cardenal Celestino Aós (Chile) y Monseñor Miguel Cabrejos (Perú).

Para el último día, Mons. José Antonio Eguren (Perú) disertó sobre el tema “Trinidad, familia y Eucaristía” y Cardenal Gérald Cyprien Lacroix (Canadá) tuvo la generosidad de dar la ponencia de clausura a través de una videoconferencia.

Al cierre, Monseñor Lino Panizza celebró que dicho encuentro “fue de mucho provecho para que, siguiendo la línea trazada por Su Santidad, podamos ayudar a las familias que tocan las puertas de nuestra Iglesia y así poder dar testimonio de ser uno para que el mundo crea”.

El presente documento recoge las ponencias de cada uno de los expositores para que la sabiduría que compartieron con los asistentes sea de acceso universal para cuando se quiera reflexionar sobre este tema siempre vigente.

Jueves 9 de Diciembre
Ponencia 1: Kevin Farrell

Queridos hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas en Cristo: Dirijo a todos ustedes, y en particular a Su Excelencia Monseñor Panizza Richero, Obispo de Carabayllo, mi saludo y mis mejores deseos en el 25.º aniversario de la creación de su diócesis, erigida en 1996 por san Juan Pablo II. En este Año Jubilar concedido por el Santo Padre Francisco, el deseo de ustedes de celebrar las Bodas de Plata lanzando una mirada renovada sobre la familia no solo es un testimonio de su intención de concretar la exhortación apostólica *Amoris laetitia,* sino también puede ser un modo de poner en marcha en su arquidiócesis ese camino sinodal que no es posible realizar verdaderamente sin las familias. El camino sinodal *también con las familias*, de hecho, «es el camino que Dios espera de la Iglesia»,[1] de manera que es esencial comprender juntos qué procesos pueden «ayudarla a vivir la comunión, a realizar la participación y a abrirse a la misión» para anunciar el Evangelio. Por otra parte, las familias –se lee en *Amoris laetitia*– son «un precioso recurso, porque […] pueden contribuir a renovar el tejido mismo de todo el cuerpo eclesial» (207).

La comunión pertenece intrínsecamente a la familia en virtud del sacramento del matrimonio. Por eso, mirar el amor y la comunión familiar con una mirada de profunda inteligencia y empatía puede ayudar realmente a la Iglesia a comprender el sentido de la comunión eclesial, de su vocación de «estar juntos».

Al mismo tiempo, es precisamente en virtud del bautismo y del matrimonio que la familia, ícono del amor Trinitario, quiere recorrer el camino sinodal como sujeto eclesial, para dar su propia contribución y participar con su propia experiencia de alegría y sufrimiento en la misión de la Iglesia.

Ayudar a las familias a redescubrir la gracia del bautismo como fundamento de su belleza y fortaleza ante los numerosos desafíos que enfrentan hoy en día: este es el tema que me han propuesto; espero que la reflexión al respecto les ayude a acompañar a las familias y a escucharlas con ternura y espíritu de corresponsabilidad. Precisamente, al involucrar a las familias, nuestro caminar juntos puede convertirse en lo que «mejor realiza y manifiesta la naturaleza de la Iglesia como Pueblo de Dios peregrino y misionero».[2]

[1] Sínodo de los Obispos, Documento preparatorio. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión, 2021, p. 3.
[2] Sínodo de los Obispos, Documento preparatorio, p. 3.

Hablar de *camino catecumenal* en referencia a la familia significa, en primer lugar, retomar una idea que no es nueva en la reflexión de la Iglesia más reciente y que había ido tomando forma desde el pontificado de san Juan Pablo II, en relación con la necesidad de la nueva evangelización. Con esta urgencia, ya había señalado a la familia cristiana como punto de partida para un redescubrimiento de la fe en las comunidades, no solo como *objeto* a evangelizar, sino también como *sujeto* dotado del carisma de la evangelización. «La evangelización de la familia –subrayó san Juan Pablo II– es una de las mayores prioridades, si se quiere que asuma, a su vez, el papel de *sujeto activo* en la perspectiva de la ***evangelización de las familias por medio de las familias***».[3] Por lo tanto, debemos preocuparnos por hacer que el primer anuncio resuene en las familias, y no solo entre los creyentes individuales, lo cual debe convertirse en nuestro compromiso porque desde las familias, de manera natural, a través de la educación de sus hijos y dentro de su red relacional, puede luego extenderse por todo el mundo.

Hoy, sin embargo, no podemos dar por sentada la fe de los que se van a casar, ni tampoco la de los esposos; por ello, el papa Francisco, desde el inicio de su pontificado, nos ha hablado de la importancia de introducir un «catecumenado matrimonial, entendido como *itinerario indispensable de los jóvenes y de las parejas* destinado a hacer revivir su conciencia cristiana, sostenida por la gracia de los dos sacramentos, el bautismo y el matrimonio».[4]

El catecumenado es en sí mismo único y tiene sus raíces en el bautismo, pero, al mismo tiempo, debe ser ininterrumpido en la vida matrimonial, ya que la gracia del sacramento del matrimonio es permanente para que el corazón de los esposos se mantenga abierto a la luz del Espíritu durante toda su vida matrimonial.[5]

La invitación es, por consiguiente, ofrecer a los jóvenes, a los novios y a los esposos un camino que parta del redescubrimiento del propio bautismo; un camino que se prolongue a través de la formación continua para profundizar en la conciencia de participar, como esposos, en el mismo amor que une a Jesús con la Iglesia y que san Pablo define como un «gran misterio» (cf. *Ef* 5,32).

Y esto se aplica no solo a los esposos, sino a toda la familia: padres e hijos. Todos los miembros de la familia participan en el gran misterio en sus relaciones mutuas: marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas, en virtud de la comunión que brota de los sacramentos de los que todos están imbuidos (el bautismo, el matrimonio de los padres, la eucaristía, la confirmación y la reconciliación). Si la familia es realmente un ícono vivo del Dios-Trinidad y la Trinidad es comunión de amor, en la familia cada persona existe *con* y *para* el otro. Esta es la familia.

En la actualidad, sin embargo, dos características en particular hacen de las familias un terreno difícil para la evangelización.

---

[3] Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*, 1995, 80.
[4] Francisco, Discurso con ocasión de la Inauguración del Año Judicial del Tribunal de la Rota Romana, 29 de enero de 2018.
[5] *Ibid*

En primer lugar, el analfabetismo afectivo de muchos jóvenes y adultos –causa de tantos fracasos matrimoniales y de opciones provisorias de convivencia–, que hace urgente la educación en el amor y la vocación al amor. Se trata de ayudar a las personas a entender el amor y el matrimonio no como una opción entre otras, sino como una respuesta personal a una vocación, a una llamada de Dios a la consagración matrimonial. En segundo lugar, nos encontramos con la ya evidente falta en la cultura, y en la actitud interior de las personas, de una apertura espontánea a lo trascendente.

A diferencia de los primeros siglos, en los que el catecumenado clásico fue desapareciendo en la medida en que la sociedad se volvía predominantemente cristiana, en la actualidad la necesidad del catecumenado vuelve a darse por la razón contraria: la creciente descristianización y secularización de la cultura y la sociedad exigen un itinerario de iniciación a la fe adecuado a nuestros tiempos. El hombre de hoy está centrado en sí mismo, atento a sus propias necesidades inmediatas y a sus sentimientos que, aunque inestables y cambiantes, son, de hecho, los que guían sus elecciones y su vida. El papa Francisco nos invita a «considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto».[6]

[6] *Amoris laetitia*, 33.

2. De los hijos a los esposos, en un camino circular de gracia

En este contexto, un camino catecumenal de redescubrimiento del propio bautismo se convierte en un método válido para vivir plenamente la fe, para abrirse al encuentro personal con Cristo y dar ese primer paso que cada uno de nosotros necesita para hacerse adulto, es decir, descubrir que somos hijos predilectos. Pensando en las familias, la experiencia de la filiación es fundamental e indispensable para llegar a ser adultos y ser verdaderamente esposos, generativos entre los esposos y con los hijos. El matrimonio es un sacramento para adultos, pero cada vez más a menudo nos encontramos con personas inmaduras y con dificultades, tanto humanas como espirituales.

Tomando en cuenta estas fragilidades, podría ser útil, a nivel pastoral, presentar el bautismo desde *una perspectiva esponsal*, es decir, llevar a las personas desde la conciencia de haberse convertido en hijos de Dios hasta la conciencia de estar llamados a la conyugalidad. Al mismo tiempo, es un camino circular, que desde el descubrimiento de la propia filiación lleva a la conyugalidad y de esta a la genitorialidad: al hacerse más hijos, se puede ser verdaderamente esposos y luego padres, capaces de generar a otros a una vida plena en Cristo.

Por eso, el papa Francisco insiste en el catecumenado matrimonial como un itinerario de fe que, desde la remota preparación al matrimonio, continúa al menos en los primeros años de este.

En otras palabras, lo que se necesita es un camino de fe que desde la infancia prepare el terreno para recibir el anuncio y escuchar el modo en el que Dios llama. Este es el primer itinerario que nosotros los pastores estamos llamados a seguir con las familias: de la conciencia de ser hijos de Dios a vivir como hijos de Dios; de la conciencia de recibir el don de compartir el mismo amor de Jesús a vivir cada vez más, en la vida conyugal, en virtud de este amor permanente de Jesús por los esposos, entre los esposos. El hombre no es lo que cree que es, sino lo que Dios le llama a ser:[7] es él mismo cuando responde a su vocación, que nunca se detiene en el momento de la consagración (sea bautismal, sacerdotal o matrimonial), sino que continúa y se desarrolla a lo largo de su vida.

3. El don de la gracia desde el bautismo hasta el matrimonio

En el itinerario de fe que puede llevar a dos jóvenes al matrimonio –es decir, en el paso del sacramento del bautismo al del matrimonio– hay una continuidad en la acción de la gracia que se manifiesta en tres aspectos particulares de los que aquellos que contraerán matrimonio deben ser conscientes y que nos pueden ayudar a comprender la profundidad e importancia de un camino catecumenal, puesto de manifiesto por *Amoris laetitia*: «el don recíproco constitutivo del matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo» (73).

1. **La llamada a pertenecer a Cristo.** El bautismo es una llamada personal para pertenecer a Cristo. El bautizado se desprende del «hombre viejo» y abraza una nueva vida para siempre. Incorporado a Cristo, el bautizado está al mismo tiempo unido a todo el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. En el matrimonio, los novios responden a la llamada a ser «uno en Cristo» y esto les sitúa, como pareja, en una nueva relación con la comunidad eclesial. Es importante, por consiguiente, que la Iglesia proclame el sacramento del matrimonio como un don de Dios y no como una formalidad o una obligación moral. Pedir el sacramento del matrimonio es reconocer la pobreza del propio amor, como humano, y el deseo de *ser habitado* por el Espíritu Santo.
2. **La conversión**. El bautismo exige la conversión del individualismo: del yo al yo-en-Cristo y en la Iglesia. El bautizado se convierte continuamente del yo al Tú, de su voluntad a la voluntad de Dios, a la Providencia divina. También en el matrimonio hay una conversión del yo al nosotros y al nosotros-con-Jesús, dentro de la Iglesia. Los esposos adquieren, así, un lugar especial en la comunidad dentro de la cual participan en el amor de Cristo por la Iglesia, ya no como individuos bautizados, sino como *pareja*. Este aspecto también es muy importante desde el punto de vista pastoral, ya que nos obliga a mirar a cada persona casada a contraluz, como si siempre tuviera a su cónyuge al lado.

[7] H. U. von Balthasar, La vocazione cristiana, Jaca Book, Milán, 2003.

Por eso, entender cómo implicar a los esposos juntos en las actividades pastorales y cómo acompañar a todas aquellas parejas en las que uno de los esposos es creyente y practicante y el otro no lo es –situación muy extendida hoy en la mayoría de las familias, aunque estén fundadas en el sacramento del matrimonio– es una prioridad para salvar a estas familias y no hacerlas sentir solas en un difícil camino existencial, en el que, sin embargo, la gracia puede actuar y hacerse presente.

3. **La elección**. El bautismo es la elección de pertenecer exclusivamente a Cristo. El matrimonio es la elección irrevocable de compartir la vida con Jesús. Consagrados por el sacramento que han celebrado, ya nada es profano en sus vidas: todo es gracia o puede convertirse en gracia. Solo el pecado puede obstaculizarlos. En este sentido, es importante que en el acompañamiento y la formación de los esposos se ponga el acento en el *sacramentum in esse* entre ellos, es decir, en la sacramentalidad no solo del rito que han celebrado, sino en la *sacramentalidad de la existencia conyugal* como su modo de ser en la Iglesia, que brota del rito y marca para siempre a los que se casan «en el Señor» (*1Cor* 7,39).[8] En este sentido, san Roberto Belarmino hablaba del matrimonio como un *sacramento permanente* a través del cual los esposos entran en una unión especial con Cristo y la vida de la gracia. Así, la vida familiar se convierte en terreno de santificación mutua de los esposos (*GS* 48), por lo cual no es solo el consentimiento de los esposos lo que constituye un sacramento, sino toda la relación conyugal, que representa la relación entre Cristo y la Iglesia.

En *Amoris laetitia* se lee: «El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia [...], sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos» (73), y también, «Cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se "refleja" en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor» (121).

Por eso, «el sacramento –continúa explicando el papa Francisco en *Amoris laetitia* (73)– no es una "cosa" o una "fuerza", porque en realidad Cristo mismo mediante el sacramento del matrimonio sale al encuentro de los esposos cristianos. Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros».

Estamos invitados, por consiguiente, a proponer a las familias formas concretas y factibles de caminos catecumenales kerigmáticos[9] durante los cuales los jóvenes reciban un anuncio que puedan luego profundizar, tras la celebración de la boda, en un camino mistagógico.[10] Es decir, se acompañará a los jóvenes matrimonios a entrar en el misterio que han celebrado y a reconocer en su vida cotidiana el don que han recibido de compartir el mismo amor de Cristo. Así experimentarán cómo el matrimonio no es un punto de llegada, sino de partida.

---

[8] C. Rocchetta, Prefacio a L. Frontali, La consacrazione nuziale. Significato e riflessione teologica, Porziuncola, 2021, 7.

[9] «También en el corazón de cada familia hay que hacer resonar el *kerygma*» (*Amoris laetitia* 290).

[10] «Toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerygma» (*Amoris laetitia* 58).

«El corazón del misterio –dice el papa Francisco– es el *kerygma*, y el *kerygma* es una persona: Jesucristo. La catequesis es un espacio privilegiado para favorecer el encuentro personal con Él. Por lo tanto, debe estar entrelazada de relaciones personales».[11] La indicación es clara: la Iglesia quiere ofrecer a los novios y a los recién casados un camino catecumenal *entrelazado de relaciones personales* y que logre, como deseaba san Juan Pablo II, *la evangelización de las familias a través de las familias.*

4. **El valor y el papel** del testimonio concreto de las familias

¿Cómo podemos entonces anunciar eficazmente el Evangelio, un mensaje que, frente a la modernidad, parece fuera de tiempo? ¿Cómo podemos anunciar a los jóvenes que el amor, en el matrimonio, exige fidelidad y exclusividad? Una proclamación hecha de palabras ya no sirve hoy en día. Lo que se necesita es el testimonio, que implica una relación de persona a persona, de familia a familia. Esto desplaza nuestra atención de una propuesta general a una propuesta prácticamente individualizada, porque pasa por una relación personal. Por otra parte, este es el camino del catecumenado: el acompañamiento de una persona hacia el encuentro con la persona de Cristo. El catecumenado matrimonial, por consiguiente, ya no puede reducirse a una catequesis o a la transmisión de una doctrina. Debe aspirar a hacer resonar en los que están por casarse el misterio del don que piden y que recibirán en el sacramento del matrimonio.

Su vida cotidiana podrá ser vivida como una liturgia nupcial, celebrada en cada momento de su existencia. Este permanecer del sacramento, una vez realizado el acto celebrativo, exigirá, por lo tanto, que la atención pastoral no se detenga con la preparación al matrimonio, sino que se prolongue al menos durante los primeros años de vida matrimonial, para hacer conscientes a los esposos de que han recibido una misión especial y permanente dentro de la Iglesia.

En otras palabras, la propuesta a los que están por casarse es la de un camino catecumenal que parta del redescubrir su propio bautismo, de experimentar que se sienten hijos de Dios y parte de la Familia de Dios. Una vez casados, la gracia del sacramento, fortalecida por la eucaristía y la reconciliación, podrá sostenerlos y llevarlos gradualmente a la plenitud de la vida en Cristo en las pequeñas cosas de cada día. Y lo que atraerá a las familias a este camino será el testimonio de otras familias que han encontrado a Cristo y sienten el deseo no solo de «dar una mano en la parroquia», sino de llevar a otros a disfrutar de la alegría que experimentan en medio de mil dificultades. Será fundamental, en ese sentido, dar cabida en la acción pastoral a los matrimonios que sepan dar testimonio de que el amor conyugal y familiar no viene como «un paquete de regalo», cerrado y empaquetado el día de la boda, sino que es una semilla que necesita ser alimentada y cuidada constantemente, tanto en los momentos de serenidad como en los de tormenta, para crecer y fortalecerse.

[11] Francisco, Discurso a los participantes en la reunión organizada por la Oficina Nacional de Catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana, Sala Clementina, 30 de enero de 2021.

En este sentido, «testimoniar con la vida» no significa decir algo, sino mostrarlo: un arte que solo las familias saben hacer, empezando por abrir las puertas de sus casas con gestos sencillos y cotidianos, como un domingo pasado juntos, o una invitación a cenar. Acogidos en las familias, todos podrán ver por sí mismos cómo «el Evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana»[12] que quiere amar y ser amada infinitamente y para siempre.

El Santo Padre señala este camino para el acompañamiento en los primeros años de matrimonio: «Con el ritmo de vida actual, la mayoría de los matrimonios no estarán dispuestos a reuniones frecuentes, y no podemos reducirnos a una pastoral de pequeñas élites. Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, de salida, en cercanía, en lugar de reducirse a ser una fábrica de cursos a los que pocos asisten».[13]

Al profundizar en el significado de su bautismo, incluso después de la celebración del matrimonio, los esposos descubrirán cómo pueden pertenecer al Señor y a la Iglesia. En el mutuo consentimiento que intercambian, ejercen su sacerdocio bautismal: que seguirán viviendo como esposos dentro del matrimonio, con formas y contenidos nuevos, con un estilo conyugal y dentro de realidades propias de la pareja y de la familia.[14] Su familia, una pequeña iglesia doméstica, será así un sujeto del que irradiará la Nueva Evangelización: tendrá la misión de ayudar a forjar la Iglesia, y el Pueblo de Dios podrá crecer como familia, fundado en la comunión del amor y el cuidado de la vida.

Ciertamente, la pandemia nos ha hecho apreciar el valor de las relaciones. El vacío que se ha creado en muchas iglesias y la dificultad actual para que las familias vuelvan a la Iglesia debe ser una oportunidad para que reflexionemos seriamente sobre el estado de salud de la fe en nuestras comunidades y sobre la urgencia de poner en marcha caminos catecumenales. Pero también es necesario reflexionar sobre la calidad de nuestras relaciones cristianas, incluso entre pastores y fieles laicos. No pasó mucho tiempo hasta que la gente ya no sintiera el deseo de volver adonde quizás no se sentían esperados. Lo que ha faltado es una red de contactos humanos, de personas que se preocupan por los demás, que se interesan por cómo les va a sus colegas en el trabajo, que se dan cuenta cuando el vecino necesita ayuda.

Redescubrir el valor del propio bautismo significa poder sentirse parte de una red, de una comunidad cristiana que cada persona debe construir concretamente, empezando por las relaciones que se tejen cara a cara.

¿Y dónde, si no en la familia, aprendemos a construir relaciones auténticas? La pastoral que estamos llamados a tener para cada familia individual no puede reducirse a una cuestión de servicio, ya que es esencial para la vida y, hoy podríamos decir, para la supervivencia de las familias y las comunidades.

En particular, una de las cuestiones que más resuenan en los contextos eclesiales es cómo acompañar en la actualidad a las parejas en profunda crisis, parejas en las que hay cosas que no se han dicho, perdones que faltan, sufrimientos indecibles.

---

[12] *Amoris laetitia*, 201,

[13] *Amoris laetitia*, 230.

[14] CEI, *La evangelización y el sacramento del matrimonio*, 1975, 36, 47.

Los rasgos que más caracterizan estas experiencias son el aislamiento y la soledad, es decir, la falta de una comunidad. En este espacio vacío, solo otras familias pueden actuar para ayudar a esas «iglesias domésticas» en dificultades a redescubrir, en el compartir, la solidaridad y el ambiente de amistad, una pequeña luz de gracia, la que puede reavivar su sacramento. San Juan Pablo II decía al respecto, en la Familiaris consortio, «Los cónyuges jóvenes sepan acoger cordialmente y valorar inteligentemente la ayuda discreta, delicada y valiente de otras parejas que desde hace tiempo tienen ya experiencia del matrimonio y de la familia. De este modo, en seno a la comunidad eclesial –gran familia formada por familias cristianas– se actuará un mutuo intercambio de presencia y de ayuda entre todas las familias, poniendo cada una al servicio de las demás la propia experiencia humana, así como también los dones de fe y de gracia» (69). Es esta conciencia de la propia fragilidad la que abrirá espacios de comunión con otras familias y conducirá a una evangelización discreta, capaz de tejer nuevos caminos de convivencia cristiana.

He aquí, pues, un camino que forma parte del camino pastoral catecumenal: familias que se apoyan en otras familias y las conducen poco a poco hacia la Iglesia. Así es como la familia se convierte en objeto de evangelización.

5. Cómo vivir el camino sinodal con las familias

Antes de concluir, y volviendo a situar nuestro discurso en el camino sinodal que hemos iniciado juntos como Iglesia, tratemos de preguntarnos cómo podemos lograr caminar juntos con las familias hoy.

Releyendo los objetivos del camino sinodal, tal como se describen en el Documento preparatorio del Sínodo, y tratando de aplicarlos a las familias, me gustaría sugerir lo siguiente:

1.Tratar de comprender cómo el Espíritu llama a las familias, y no solo a los individuos, a ser testigos del amor de Dios; 2. Vivir un proceso eclesial participativo e inclusivo, que ofrezca a los esposos y a las familias la oportunidad de expresarse y de ser escuchados; 3. Reconocer y valorar la riqueza y variedad de los dones de las familias en la acción pastoral, para el bien de la comunidad; 4. Experimentar formas participativas para que las familias estén presentes y ejerzan su responsabilidad eclesial, tratando de convertir los prejuicios y las prácticas ineficaces en nuevas formas, que partan de las propuestas de las mismas familias; 5. Acreditar a la familia como sujeto creíble; 6. Regenerar las relaciones entre las familias a través de la amistad y el compartir; 7. Promover el conocimiento y la apreciación de la riqueza de *Amoris Laetitia* para acompañar más eficazmente a las familias a nivel pastoral y en la formación de las mismas familias.

Espero que todo esto pueda marcar un camino verdaderamente sinodal entre ustedes para ayudar no solo a la Iglesia a enriquecerse con la presencia evangelizadora de las familias, sino también para llevar a cabo caminos catecumenales capaces de acompañar a las familias a redescubrir cada día esa gracia bautismal que en el matrimonio se convierte en presencia viva de Cristo en las familias.

Encomiendo su encuentro a la maternal intercesión de la Virgen María, asegurándoles mi cercanía en la oración y mi bendición. Gracias.

Cardenal Kevin Farrell
Prefecto

Ponencia 2: Mons. Carlos Castillo Mattasoglio

A partir de la reflexión que nos ha hecho el cardenal Farrell, quisiera explicar brevemente, en los siguientes veinte minutos, el punto que se me ha encargado, agradeciendo enormemente a monseñor Lino por la invitación, y felicitándolos a todos por estos 25 años como diócesis hermanas. Recuerdo muy bien aquel año 96 cuando después del Sínodo de Lima nos separamos, evidentemente para encontrarnos, tal como lo hacemos hoy en día, cuando es mucho más posible que nos encontremos.

El tema que se me ha encargado es cómo ha sido la recepción de la *Amoris laetitia* en el contexto de América Latina y de nuestro país. Se trata de un tema bastante amplio porque una recepción es una cosa muy lenta y, en efecto, la *Amoris laetitia* tiene varios tipos de acogida en los distintos países y diócesis de nuestro continente y de nuestro país. Son pocas las diócesis, como en el caso de la vuestra, en donde se ha tenido siempre una especial apreciación por una pastoral familiar. Evidentemente, en numerosas diócesis se cuenta con esta experiencia de cercanía al camino de las familias como sujeto evangelizador, pero podríamos decir que en toda América Latina ha sido bastante irregular la acogida de esta práctica, a pesar de que han pasado ya cinco años desde la decisión del Santo Padre de publicar la exhortación apostólica que nos ocupa, además de los dos sínodos que la precedieron. En la actualidad hay realidades problemáticas que a veces impiden esa acogida, aunque a la vez hay situaciones también problemáticas que podrían favorecerla debido a que hay muchas experiencias de vida que van reclamándola por sí misma, suscitando una especie de empatía entre lo que dice la Amoris laetitita y también aquello que la comunidad cristiana vive en el corazón de la vida familiar.

Quisiera simplemente hacer una reflexión breve sobre los puntos que presentaron las personas, grupos y pueblos que enviaron sus propuestas a la Asamblea de la Iglesia latinoamericana que acaba de ser concluida y que es la primera vez que se hace en la historia. En esta asamblea hubo diversidad de sugerencias, entre las cuales se encuentran referencias a la familia y, de alguna manera, hay una referencia también a la *Amoris laetitia*. En primer lugar, se nos dice entre las sugerencias producto de la escucha que se ha hecho en todo el continente y que han sido resumidas, como ustedes saben, en un documento bastante extenso en el que están todos los aportes de las diócesis, algunas cosas sobre el Evangelio, la globalización y la repercusión en la familia. También se hace referencia a las secuelas de la pandemia sobre la experiencia de ser familia, la violencia familiar y la migración.

En esta oportunidad quizá sea más interesante para nosotros recoger justamente lo que se ha dicho con respecto a la familia y tiene que ver con la recepción, la acogida de la *Amoris laetitia*, y simultáneamente permitirnos ver cómo podríamos seguir acogiendo esa propuesta de la alegría, del amor que, como ustedes saben, tiene como nota fundamental el punto esencial que el Papa Francisco nos recuerda siempre: la experiencia de la fe es, en primer lugar, el que somos amados por Dios, y ese amor gratuito de Dios nos alegra y nos da la felicidad plena.

En cuanto a cómo ha repercutido la globalización en la familia —se dice en los textos que recogen los mencionados aportes de la etapa de escucha—, se dice que esta ha generado fragilidad de la estructura familiar y que es muy seria porque afecta el centro de la Iglesia, es decir, la cuna familiar, la iglesia doméstica. Por lo tanto, hay una dificultad estructural creada por la globalización, y es la ausencia de una comunicación asertiva y dialogante, a la par de una comunicación a veces excesivamente rápida y violenta que impide el encuentro entre las personas de la propia familia y que, como tal, expresa una gran crisis histórica relativa a que el mundo creado por la globalización es un mundo que disuelve las relaciones y dispersa a la persona, convirtiéndola en una especie de persona perdida, sin norte, solo pensando en sí misma. De ahí que se proponga que las nuevas realidades que tocan la vida familiar atravesadas por esta dispersión y esta fragilidad estén asumidas por una Iglesia que tiene que transformarse en profética, es decir, una Iglesia que no solo pensando en sí misma. De ahí que se proponga que las nuevas realidades que tocan la vida familiar atravesadas por esta dispersión y esta fragilidad estén asumidas por una Iglesia que tiene que transformarse en profética, es decir, una Iglesia que no solo denuncia, sino que anuncia y acompaña, como bien ha dicho el cardenal Farrell. También se plantea que en esta globalización el primer signo de crisis grave vivido es la pandemia. Evidentemente hay otros signos que se dieron en el mundo, como la crisis económica del 18, y otros signos, diríamos, de crisis política. Pero también hay un cambio fundamental producto del desarrollo tecnológico y financiero: la existencia de un mundo que no atiende al ser humano en su salud y, por lo tanto, hay un proceso de fragilización generalizado que se ve en la educación y que en medio de la pandemia se nos ha mostrado a través de las situaciones de hacinamiento, de violencia doméstica, de efectos psicoafectivos. Hay un incremento de abusos, rupturas familiares, consumo de drogas, tensiones, e hipertensiones humanas generalizados. Las personas viven hondas crisis humanas individuales y sociales; de hecho, hemos comentado una vez que si hace unos años Pablo Neruda escribió 20 poemas de amor y una canción desesperada, ahora se podría escribir 20 canciones desesperadas y solo un poema de amor; y entonces ese es el gran desafío: hacer y lograr que el mundo vuelva a escribir 20 poemas de amor.

De manera que el mayor problema que tenemos y que nos impide muchas veces actuar, pero que a la vez nos puede también permitir acoger, es la gran novedad de la propuesta de amor y justicia, que es justamente la posibilidad de, por medio de la profundización en el amor, poder salir de esta crisis de

indiferencia y una de las observaciones más importantes que se hace en el texto de las sugerencias de la escucha es que la pandemia ha venido a reeducarnos en la forma de hacer las cosas. La globalización nos impulsaba a actuar aceleradamente y en apuros, y de un momento a otro todo se bloqueó por dos años, y no sabemos si después se volverá a bloquear. Por eso hemos aprendido, dice el texto, a valorar más a la familia, los amigos, a distinguir lo que es realmente esencial y necesario en nuestras vidas. Nos da esperanza saber que Dios no nos ha abandonado.

Esas cerca de 90,000 sugerencias hechas desde la base se han tenido que concentrar en un pequeño texto, pero tienen una riqueza muy grande al apreciar que en medio de la dificultad surgen esperanzas que nos ponen en sintonía con la *Amoris laetitia,* que ya hace unos años se declaraba justamente como la exhortación apostólica que proponía reconocer los valores presentes en la familia en crisis y que en medio de esa familia en crisis, y en medio de las distintas formas de familia que existen —inclusive no necesariamente la familia a la cual estamos todos acostumbrados como ideal, una familia de padre madre hijos que se quieren y se estiman, o la familia grande, que son los abuelos, los tíos, los primos, pues hay familias muy distintas hoy día en el mundo—, el Papa propuso, tanto en la *Amoris laetitia* como en el sínodo, que estemos a la escucha y reconozcamos y comprendamos que hay un proceso de amor que va más allá de lo que explícitamente vivimos como parte de una forma tradicional de familia. En ese sentido, en ese tema se está planteando la importancia fundamental de construir, a partir de la adversidad, formas distintas de iglesia doméstica y de relación familiar de la vida, digamos de las parejas, de las comunidades, de esposos separados, de los divorciados, de todas las formas enredadas que ha tomado la familia, para poder ayudarnos mutuamente.

El cardenal ha dicho en esta conferencia que es necesario un catecumenado familiar en el que todos de alguna manera aportemos, a partir de las distintas situaciones familiares en las que estamos, nuestra propia capacidad de amar, desarrollada a veces para que se compartan las experiencias. Esto también se dice con el proceso sinodal. No tenemos todo claro, no necesariamente sabemos cómo hay que marchar, pero compartiendo las experiencias más profundas podemos intercambiarlas e ir llegando juntos a conclusiones en ese proceso de búsqueda, evidentemente teniendo el Evangelio en mano y el ejemplo de las familias que desde el hebraísmo y todo el cristianismo hemos ido desarrollando.

En medio de esta situación hemos vivido violencia y hemos vivido experiencias de migración tremendas que rompen la familia y hacen que vivamos una situación familiar muy alejada, que ahora solamente permite el contacto a través de las redes o de los medios audiovisuales, o los medios de comunicación, pero que simultáneamente son muy poco para la constitución afectiva. Ustedes saben muy bien que esta experiencia que hemos tenido con la pandemia nos muestra que teníamos la comunicación virtual, pero que no es reemplazable con lo que estamos viviendo ahora: una comunicación real que nos permite mirarnos cara a cara, escucharnos, olernos, y que es fundamental para vivir.

Solamente terminemos con dos cosas: la primera es el tema de la evangelización presente en esas propuestas, y luego una reflexión que el Papa Francisco ha hecho y que puede ser muy positiva para entender cómo es que debemos ir recibiendo en nuestra forma de vivir y actuar pastoralmente el tema de la familia y la alegría del Evangelio.

Una de las propuestas señala lo doloroso que es que nuestra catequesis siga sin adaptarse a los signos de los tiempos, sobre todo porque excluye a algunas familias modernas y promueve la desunión. Nuestro nuevo contexto global requiere que la evangelización tome formas nuevas de anunciar el misterio de Dios; en ese marco, es necesario dialogar y abrirse a reconocer otras semillas del Verbo. Para ello se requiere recuperar el espíritu y dinamismo del Concilio Vaticano II, pero, insisto, duele la brecha cada vez mayor entre la vida eclesial y la realidad social, esta separación entre vida y fe, entre anuncio del Evangelio y encarnación en los problemas reales del mundo. Esto me hace saltar para leerles las cosas que el Papa Francisco ha venido resumiendo en la introducción a un evento que ha habido en Roma en junio pasado y que muestra muy bien lo que él dice: si no se puede recibir así nomás la *Amoris laetitia* dado que la situación es muy compleja y dado que también estamos en una Iglesia que todavía no se renueva, es fundamental que los laicos aprendan a caminar en el norte de la relación con todos los tipos y formas de familia, construyendo relaciones nuevas de escucha, de apertura y de diálogo. El Papa parte de que la familia hoy es, sobre todo, un signo de los tiempos, pero que para ello necesitamos que sea reconocida como sujeto activo de evangelización para que pueda superarse la idea de que solamente la familia es objeto de evangelización. ¿Qué es lo que quiere decir el Papa? Que tenemos que conocer, comprender y atender los problemas reales de las personas y las familias, no ir a ver a las familias a partir de un esquema rígido, un modelo abstracto, genérico, con normas sobre la familia que, según dice el Papa, están desenganchadas de los problemas reales. Hemos de ir abiertos a ver qué de interesante hay en cada experiencia familiar, pensar qué de interesante y bello existe en medio del lío familiar, de la diversidad familiar que existe, de la crisis familiar. Esto requiere, dice, quitarse la idea de que el evangelizar es para una élite pastoral que vive de modelos de familia perfectos y puros, sin comprender las realidades cotidianas complejas, pues es verdad que hasta en las mejores familias hay problemas muy graves. Eso requiere, de nuestra parte, quitarnos la idea de que como en mi familia todo anda bien y siempre ha sido perfecta y no hay problemas, entonces vamos a enseñarle a las familias que tienen problemas, pobrecitas... Debemos admitir que todas las familias tenemos algo que resolver: todos estamos en una fragilidad real que debe hermanarnos para poder constituir una comunidad familiar y una iglesia doméstica fortalecida; para eso, el Papa dice, es necesario fortalecer sujetos pastorales familiares que necesitan de la ayuda participativa de las familias mismas para que entre ellas se evangelice, o sea que los agentes pastorales no son vistos por el Santo Padre como una especie de sabelotodo que va a decirle a la gente lo que tiene que hacer, sino simplemente son sujetos pastorales familiares que escuchan y aprenden a hacer partícipes a

todas las familias, inclusive a aquellas que no son ni católicas ni cristianas, ni profesan ni tienen la forma de pensar de nosotros, pero que tienen una vivencia familiar que siempre tiene un residuo, un mínimo de amor, que es aquel que cuando se comunica y entra en contacto con el otro se convierte en alegría comunitaria. Pero, entonces, quienes han avanzado más, quienes han avanzado menos, quienes están en crisis, quienes están hundidos, descubren que todos tenemos el germen del amor de Dios que va más allá del horizonte estrictamente dado por un modelo; de ahí que el modelo del agente pastoral familiar es el de aquel que aprende a comprender cada situación de vida en su concreción y diversidad, dando una acción concreta: percibir el Evangelio del amor que se transmite en la alegría concreta también de cada situación de vida. Los jóvenes, en ese sentido, aprenderán mucho de este camino si ven que incluso en situaciones problemáticas existen estas chispitas de amor, estas migajas de amor, de amor gratuito y generoso que hay en nosotros. Eso es una cosa fundamental para la evangelización, porque Jesús nunca evangelizó diciendo «Ustedes son unos malditos pecadores; yo tengo la verdad del amor y se las voy a entregar si se portan bien». Jesús siempre partió de la chispita de amor que hay en la gente y decía «Tu fe te ha salvado», y daba ánimo y levantaba a la gente. En la actualidad, nuestro pueblo aplastado, golpeado, en crisis, en situaciones de enorme dificultad y fragilidad, necesita alguien que dé amor.

Por eso *Amoris laetitia* es la alegría del amor, aliento del amor.

La cuestión central es recoger el aporte de las parejas evangelizadoras para ayudar a las familias mayoritariamente abandonadas a su suerte, pero no como las comparten para suscitar la capacidad de valorar todo lo bueno que cada uno tiene. Como dice el Papa: la finalidad de la familia creyente, como también la finalidad del sacerdocio, tienen una misma unidad: son ministerios misioneros. Por eso, una vez que gracias a Dios podamos asumir nuestro ministerio, así como somos ordenados los sacerdotes, que las parejas que se casan por la Iglesia y asumen el matrimonio sepan siempre que no lo asumen para convertirse en una élite especial, sino para desarrollar la capacidad de comunicar el Evangelio en el amor. Finalmente, dice el Papa, es una falta grave que las parejas laicales de base no sean llamadas frecuentemente por los pastores para esta misión y que no confíen en ellas; es una falta grave. Son dos los ministerios misioneros que conforman la Iglesia: el sacerdocio y el matrimonio. Para constituir nuestra Iglesia como una iglesia misionera, en salida, donde todos somos discípulos misioneros, la misión familiar debe ser realizada por todos aquellos que la viven en diversas formas, todas las cuales están llamadas a ser entendidas, reconocidas y comprendidas. Con esto termino y muchas gracias por haberme escuchado.

Ponencia 3: Dr. Mauricio Alberto Landra
LA RECEPCIÓN EN AMÉRICA LATINA DE LOS ASPECTOS CANÓNICOS DE LA EXHORTACIÓN *AMORIS LAETITIA Y EL MOTU PROPRIO MITIS IUDEX*

Me han propuesto compartir con todos ustedes la recepción en América Latina de *Amoris Laetitia* en sus aspectos canónicos y destacando la reforma del Código de Derecho Canónico, especialmente en cuanto a la nulidad matrimonial.

Es muy propio de nuestro continente mirar y caminar juntos, es decir, recordarnos la sinodalidad, con memoria agradecida y comprometida, para con el Señor de la Historia. Lo dicen nuestros obispos en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida, para que recordemos quiénes somos, de dónde venimos y a quién esperamos. Hoy lo dice una asamblea eclesial en el mismo clima sinodal que propone el Santo Padre.

Si hablamos de recepción, es decir de acogida evangelizadora, catequística, caritativa y misericordiosa de la exhortación apostólica *Amoris Laetitia* en la Iglesia de Cristo que peregrina por estas tierras, entonces diremos de forma directa que hay luces y sombras, porque ciertamente son luces y sombras las que nos ofrece esta mirada general para con un cambio legislativo en medio de dos asambleas sinodales que proponen al Santo Padre una serie de «miradas y palabras» que estarán presentes en su exhortación post sinodal.

El *motu proprio Mitis Iudex Dominus Iesus,* promulgado el 15 de agosto de 2015 y que entró en vigor el 8 de diciembre, será citado por *Amoris Laetitia* como un instrumento pastoral de gran responsabilidad para pastores y fieles, y cuya observancia requiere reformas propias y nuevos organismos, con agentes de pastoral capacitados (*Relatio* 14, 27-28 y AL 244).

LUCES

1. La primera es la novedad en el método de las asambleas del Sínodo de los Obispos, por lo que el Santo Padre decidió una asamblea extraordinaria en 2014 y una ordinaria en 2015. También es notable que, en medio de estas, se promulgaría la reforma canónica más grande hasta ese momento, con veintiún cánones reformados y sus textos complementarios. Claramente reconocemos a la exhortación *Evangelii Gaudium* como la inspiradora de todo este ambiente eclesial, con su propuesta evangelizadora al mundo actual y una revisión de sus métodos, ardor y expresiones. Esta última también es otra frase latinoamericana que hace eco en nuestros corazones para redescubrir y mejorar el arte del acompañamiento y del discernimiento (EG 169).

2. El segundo elemento luminoso ha sido el entusiasmo y aumento de la actividad judicial en América Latina. A partir de la reforma canónica se ha multiplicado la cantidad de tribunales eclesiásticos y estos han crecido en una actividad judicial que se desarrolla con más celeridad y cercanía en la respuesta o sentencia. Desde 2016, como el primer año completo de la reforma canónica, se aprecia un aumento de causas tratadas en los tribunales, en principio, con una explosión en el uso del nuevo proceso más breve delante del obispo diocesano. Con el correr de la aplicación se denota que dicho proceso ha bajado en cantidad y mejorado en calidad, provocando igualmente un aumento de más causas de nulidad, pero tratadas por el proceso ordinario.

Para ejemplificar, me permito recordar lo que interpretaba la Signatura Apostólica en su «diagnóstico estadístico» del Perú: en 2016, la actividad judicial de los diversos tribunales era más bien escasa. Para el año 2017, el porcentaje de sentencias en el proceso breve había disminuido casi a la mitad, al tiempo que observaba un incremento en la actividad judicial, con casi cincuenta sentencias más en el proceso ordinario.

Actividad judicial – Perú	2016	2017
Causas admitidas proceso ordinario	141	237
Causas admitidas proceso más breve delante del obispo	8	3
Sentencias proceso ordinario declarando la nulidad	94	138
Sentencias proceso más breve (si no es nulo pasa a ordinario)	4	3

El informe anual de cada tribunal enviado a la Signatura Apostólica –con un método y formularios que también fueron modificados en 2016 con base en la carta circular *Inter munera*– presenta una variable: aumento considerable de tribunales y de causas más breves, luego, un decrecimiento de estas causas para después darse un aumento de actividad judicial por el proceso ordinario de colegio de jueces o con juez único y dos asesores.

Entendemos que sigue madurando la aplicación de un proceso especial delante del obispo diocesano y las indicaciones con los informes para su correcta aplicación. Sin duda, en estos cinco años ha habido más actividad judicial porque hay más tribunales cerca de nuestras comunidades y sus realidades matrimoniales, en los que todos los procesos son más breves que antes (al no ser obligatoria la doble sentencia conforme). Cercanía y celeridad en lo geográfico y también en lo existencial: una periferia que viene desapareciendo, aunque falte mucho para acompañar adecuadamente.

Hasta 2015 había noventa tribunales eclesiásticos en América Latina, de los cuales la mitad estaba solamente en Brasil. Hoy se han multiplicado hasta por cuatro en cantidad, distribuidos de manera más cercana a las mismas comunidades que pueden solicitar y tratar la nulidad, o bien recibir una ayuda prejudicial específica.

3. Es lo que antes citábamos como nuevas expresiones. Entre las novedades, se considera el lenguaje y las denominaciones de estas pastorales especiales en el contexto de toda acción eclesial. Así, aparecen nuevas tareas dentro de la pastoral diocesana y parroquial, como es el caso de la «pastoral prejudicial».

Con la reforma canónica hay una invitación a considerar todas las acciones prejudiciales, judiciales y posjudiciales de la Iglesia como auténticas tareas pastorales que, por consiguiente, requieren agentes de pastoral específicos y en relación con toda la pastoral diocesana y parroquial. Desde hace cinco años viene creciendo en la conciencia que las actividades judiciales son pastorales, por lo que todos los pastores y fieles que participan en ellas son agentes de pastoral, porque son fieles del mismo Pueblo de Dios.

Aunque no falten citas de autores recordando esto, nos apoyamos en los mismos mensajes del Papa a la Rota Romana. Como ocurre con Juan Pablo II en 1990: «las dimensiones jurídicas y pastorales se unen inseparablemente en la Iglesia peregrina en esta tierra. No es verdad que, para ser más pastoral, la ley debe hacerse menos jurídica». Y en 2006,

con Benedicto XVI: «el punto de encuentro fundamental entre derecho y pastoral: el amor a la verdad. Porque la actividad jurídica tiene como fin la salvación de las almas y constituye una peculiar participación en la misión de Cristo Pastor».

La investigación prejudicial de los artículos 1-5 de las reglas de procedimiento de *Mitis Iudex Dominus Iesus* no es, estrictamente hablando, una novedad absoluta. Ya la instrucción *Dignitas Connubii* 113 § 1 recordaba este servicio: una persona o un equipo que ayude con libertad, facilidad y hasta gratuidad aconsejando la posibilidad de iniciar el proceso. Servicio no siempre utilizado, lo cual hacía más que lejano, en tiempo y espacio, el hecho de que los fieles accedieran al posible proceso y respuesta eclesial.

Mitis Iudex Dominus Iesus amplía este servicio en el contexto de una dimensión de pastoral familiar unitaria; propone una mirada más orgánica y sin esa especie de apéndice a la actividad judicial. Esta ampliación ya estaba en el *Instrumentum laboris* para la Asamblea Sinodal de 2015. Su número 117 claramente propone que en cada diócesis se garanticen, de manera gratuita, los servicios de información, asesoramiento y mediación relacionados con la pastoral familiar, especialmente a disposición de personas separadas o de parejas en crisis.

Un servicio así cualificado ayudaría a las personas a emprender el recorrido judicial, que en la historia de la Iglesia resulta ser el camino de discernimiento más acreditado para verificar la validez real del matrimonio. Esto sin duda requiere mayor solicitud pastoral, dicho así en el «Proemio» de *Mitis Iudex Dominus Iesus,* y reconociendo que a menudo los fieles han encontrado como podemos ver, son expresiones que se reafirmaron en la *Relatio* final de 2015 y que *Mitis Iudex Dominus Iesus* las contiene en sus artículos 2 y 3: la responsabilidad del obispo (canon 383 § 1) y la del párroco (canon 529 § 1) en este acompañamiento pastoral. Personas, equipos y acciones que tienen que ver con todas las situaciones dolorosas a través de las cuales algunas personas deberán pasar para cicatrizar dicho dolor.

Un servicio de ayuda prejudicial que siempre será acompañamiento pastoral. Así lo orienta el Subsidio de la Rota Romana para aplicar *Mitis Iudex Dominus Iesus* cuando dice que este acompañamiento está destinado a superar las crisis conyugales, a reunir los elementos necesarios para una causa de nulidad e, incluso, elaborar un escrito de petición para presentar ante el tribunal eclesiástico.

Basta, como ejemplo, enumerar todos los frutos que pueden lograr acciones concretas llevadas a cabo por los denominados «centros de orientación familiar», los servicios de asesoría y los instructivos en los mismos tribunales, así como los visitadores del Tribunal, grupos denominados «Caminos de Esperanza», así como todo auténtico ministerio de escucha, y el acompañamiento que se incorpore a la pastoral.

4. Una aplicación del capítulo VIII de *Amoris Laetitia,* que incluye el proceso judicial de nulidad, constituye una de las razones de la reforma canónica: respuesta justa, cercana y con el debido acompañamiento a las situaciones de dolor en la vida de los fieles. Pero también el discernimiento que produce otras respuestas, en donde hay que asumir que no es el proceso de nulidad el único camino, porque no es para todas las historias matrimoniales, de las cuales no

hay dos iguales. Así como no será un correcto discernimiento sino un mal acompañamiento el que no presente el camino del proceso de nulidad para con las historias que lo requieran. Es importante que recordemos que una sentencia de nulidad es una respuesta de la misma Iglesia que aplicó el discernimiento y la certeza moral.

5. Un mayor protagonismo y participación del obispo diocesano, no solo en cuanto al proceso más breve que ha innovado la actividad judicial, sino en todo acto comprometido del obispo con su potestad judicial, erigiendo un tribunal diocesano, o modificando el que ya conformaba la diócesis; formando agentes de pastoral con estas especializaciones; preparando otras acciones prejudiciales dentro de la pastoral de la diócesis; enviando a estudiar Derecho Canónico a sacerdotes y demás fieles; acomodando los organismos de la curia diocesana en estas tareas judiciales que forman parte de la misma ayuda al obispo. Esto no solo a nivel diocesano, sino de sus agrupaciones, como ocurre con la respectiva Conferencia de Obispos.

No se trata únicamente de un proceso delante del obispo diocesano, sino el obispo delante del proceso, es decir, comprometido con las nuevas ayudas a diversas realidades familiares, aplicando el canon 383 para el ministerio episcopal y el canon 529 para con el párroco y su cura de almas.

SOMBRAS

Siguiendo con este estilo para observar la realidad en América Latina, diremos que también hay sombras en cuanto a la aceptación e implementación de esta reforma legislativa apoyada en el camino sinodal y en la exhortación apostólica. Sombras para seguir mejorando y confiar más en las fortalezas que en las debilidades, abrirse más a los ministerios y carismas de las comunidades cristianas que suscitan discípulos y misioneros también en esta pastoral familiar. En definitiva, sombras que invitan a dejarse iluminar.

1. La falta de maduración en la fe y de preparación para el matrimonio. La reforma canónica continuó mostrando que el sacramento del matrimonio no siempre ha sido fruto de una fe adulta que está dispuesta a establecer una alianza de vida y amor. Se observan las sombras en la preparación remota, próxima e inmediata al matrimonio, con una desactualización pedagógica en los medios e instrumentos que las comunidades ofrecen a los novios.

Hay continuidad y novedad en *Amoris Laetitia* en cuanto a la preparación para este sacramento; también se observa que con mucha ligereza se accede a un sacramento en fieles que desconocen, o bien, niegan las propiedades y efectos del matrimonio sacramental y se encuentran faltos de un proyecto de vida y amor que deben proponer a Dios para que este disponga. La exhortación recordaba que nuestros cursos, talleres y

cursillos no siempre han sido cercanos, concretos y catequísticos; que muchas veces la preparación no existió más que en las formalidades exteriores; que esos novios no fueron correctamente acompañados en su solicitud, limitándose a una preparación solo para la fructuosa celebración, pero no para la vida matrimonial y familiar.

Los tribunales desnudan muchas veces esta falta de preparación y de cercanía para quienes solicitaron el sacramento y ahora están dudando de la validez del matrimonio en concreto. Son los tribunales y su tarea los que muestran que numerosos matrimonios no tendrían que haberse celebrado o, al menos, se tendrían que haber diferido.

Probar una falta de auténtica preparación no es un nuevo vicio del consentimiento matrimonial, pero tal vez una circunstancia, a modo de las del artículo 14 de las «Reglas de procedimiento» del *Mitis Iudex Dominus Iesus* que acompañan a una evidente nulidad, exigida como requisito para emplear el proceso más breve delante del obispo diocesano.

Continuamos ensombreciendo el tema si no enseñamos adecuadamente la situación de los que están separados cuando no se les distingue de quienes han optado por una posterior y segunda unión de manera matrimonial. A menudo encontramos fieles que no se acercan a la comunión eucarística pudiéndolo hacer por esta errónea información. También hay desinformación en cuanto al proceso de nulidad, sus actuales características y procesos, quedándose en opiniones inexactas, falaces y sin compromiso.

Continuamos siendo testigos de esto que también ensombrece los mismos procesos de nulidad cuando no se llevan correctamente los archivos parroquiales, la documentación preparatoria al matrimonio, los encuentros con el párroco y demás colaboradores en la preparación, así como la anotación en los respectivos libros de bautismo y matrimonio. Recordemos, junto a Pablo VI, que los archivos eclesiásticos son testimonios del paso de Cristo por la vida de los fieles, por lo que hay que mejorar en ser respetuosos y responsables de su conservación y empleo.

2. Las sombras que hay que despejar las provocan las dudas y los temores en los pasos para erigir tribunales eclesiásticos: reconocemos que algunas veces hubo apresuramiento para crearlos, con poca planificación y estructura que los sostenga. La falta de agentes de pastoral preparados, sobre todo capacitados en las ciencias sagradas del Derecho Canónico y de la Teología, sigue siendo un déficit en nuestras tierras. No se puede crear un tribunal si se carece de licenciados o doctores en Derecho Canónico, así como de otros peritos y especialistas que en número suficiente puedan desarrollar convenientemente esta tarea pastoral.

No es una sombra, pero sí una realidad: en nuestras comunidades diocesanas y parroquiales abunda el trabajo y son pocos los obreros. Hay un pluriempleo en pastores y fieles, por lo que no es extraño que un sacerdote sea párroco, apoderado legal, capellán, docente y juez eclesiástico. Esto se mejora estudiando y promoviendo los estudios canónicos para todos.

Dirá Francisco: «He sido testigo del bien que se puede hacer cuando pastores y fieles estudian Derecho Canónico, muchas veces haciendo un gran esfuerzo por las distancias geográficas de Argentina y los países sudamericanos, incluso atendiendo sus comunidades y obligaciones de sus diócesis».

La realidad latinoamericana requiere graduados para aplicar la reforma, constituir tribunales eclesiásticos y mejorar las diversas tareas que necesitan o no el grado académico. El regalo de ser docente en una facultad de Derecho Canónico permite observar que muchas veces ese graduado (licenciado y doctor) es el primer canonista en la historia de esa Iglesia particular.

También recibimos algunas apreciaciones de la Santa Sede, sobre todo de sus órganos judiciales, en donde se nos recuerda que debemos implementar esta reforma judicial, tratando de lograr que cada diócesis cuente con su propio tribunal, al menos para las causas matrimoniales. En este aspecto cabe solicitar la dispensa de títulos y demás requisitos para asumir oficios como juez, defensor del vínculo y promotor de justicia, pero no se obtendrá una respuesta favorable, ni una dispensa, si nadie está estudiando para obtener estos grados académicos.

En estos últimos cinco años se han multiplicado las ofertas académicas del estudio del Derecho Canónico, sus modalidades y recursos formativos; sin embargo, lo ubicamos como una sombra porque se está muy lejos de que en cada diócesis haya al menos dos canonistas y que en cada tribunal eclesiástico latinoamericano no haya alguien dispensado del título para actuar en sus procesos. Debemos recordar que es intención de toda la reforma judicial, inspirada en los sínodos y recordada por *Amoris Laetitia*, que cada diócesis cuente con su tribunal para estas causas, de manera que se diga: «Por ahora no se puede, pero en algún momento se debería lograr completar los requisitos para el tribunal propio».

Esto no es más o menos urgente en un sentido formal, sino en respuesta al diagnóstico de las asambleas sinodales: desanima a los fieles una exagerada demora y, en muchos casos, una enorme distancia geográfica entre su vida de fe y la respuesta de la Iglesia.

3. El obispo diocesano y una nueva tarea que deberá asumir. Como otras novedades en los últimos tiempos, hay un proceso más breve delante suyo: que como juez deba sentenciar la nulidad matrimonial o bien enviar a trámite ordinario para su sentencia. Será esta una sombra en el mismo ministerio si no se cuenta con los colaboradores para esta tarea de su ordinaria, propia e inmediata potestad judicial. Así como es el juez nato de su diócesis, aquí actuará como juez en un proceso indelegable, incluso indelegable para otros obispos titulares. Por esto recordaba Francisco: «El proceso más breve no es una opción que el obispo diocesano pueda elegir, sino una obligación que le viene de su consagración y de la *missio* recibida».

Junto con la de ser el moderador de su tribunal, basta con pensar que aún en un tribunal interdiocesano que no lo tenga por moderador (canon 1673 § 4), ese obispo diocesano se encuentre cara a cara, es decir que tendrá «delante suyo» historias matrimoniales para tratar a través de procesos más breves de nulidad por lo que, contando con las ayudas necesarias, deberá responder personal y no menos judicialmente acerca de la validez de ese matrimonio en cuestión.

Entre las sombras en esta tarea episcopal se encuentran los que han malinterpretado el proceso, aplicándolo erróneamente como un simple acto

administrativo, e incluso utilizando este tipo de proceso exclusivamente en todas las causas matrimoniales, con la consecuente impugnación de muchas de ellas. El uso incorrecto del proceso más breve delante del obispo diocesano, así como su abuso, se debe a la inobservancia de la norma procesal vigente, incluso a la violación del derecho a defensa del matrimonio (cánones 1620-1622). Eso ha provocado querellas de nulidad por incompetencia absoluta, así como por confundirlo con un proceso documental y hasta por dictar sentencia negativa cuando no es posible (can. 1687 § 1).

4. La influencia legislativa secular que repercute en el matrimonio canónico y en la Iglesia. Esta influencia va desde el respetado reconocimiento civil del matrimonio como sacramento, pasando por una falsa equiparación entre divorcio y nulidad. Hay respetadas implicancias de una sentencia declarativa de nulidad matrimonial canónica en el fuero secular, pero muchas veces se trata de una confusión en los fieles que acuden a los tribunales con una mentalidad divorcista.

La influencia más nociva la provocan leyes basadas en la ideología de género, de equiparación del matrimonio civil de otras uniones con reconocimiento secular, de leyes de habeas data y antidiscriminatorias que vienen pidiendo una mayor cautela en cuanto a la información, la sentencia y sus fundamentos. Incluso, el empleo de las pericias psicológicas para un uso ajeno al que fundamenta su solicitud en la Iglesia.

Ya teníamos, antes de *Amoris Laetitia,* solicitudes de matrimonios de dos personas del mismo sexo, autopercibidas o no, con la imposibilidad de canonizar las leyes civiles y hacer uso de sus documentos y demás datos filiatorios, así como ya tenemos acciones legales y demandas civiles al respecto para con nuestras curias diocesanas y parroquias.

5. El aspecto económico de los procesos de nulidad. Es una sombra fácil de despejar, ya que el Papa en ningún momento dispuso la gratuidad, pero sí que el tema de los recursos económicos no fuera un obstáculo para la justicia. Por ello, muchos tribunales han modificado la metodología para su sostenimiento económico y se ha crecido en conciencia del sostenimiento mismo del culto en todos los órdenes. Sin embargo, falta mayor previsión, de manera que la tarea no se frene por un motivo material, pues si bien el fin de este tipo de proceso es espiritual, requiere costear todos sus gastos. Algunos tribunales han incluido un sistema proporcional a los ingresos de esos fieles para fijar sus tasas y demás costas del proceso, no sin dejar de sostenerse por el aporte mismo de la diócesis. Esto es algo que ocurre del mismo modo con numerosas tareas diocesanas y parroquiales.

Aún queda la sombra de pensar que los procesos de nulidad son exclusivos de fieles pudientes o de una elite social, aunque los informes de los tribunales digan lo contrario.

BALANCE Y PERSPECTIVAS

Hemos elegido cinco luces y cinco sombras. No es un empate, sino un desafío en este balance que nos invita a una perspectiva nueva. Es una invitación que propone una renovada mirada.

La recepción de una reforma canónica en el contexto latinoamericano exige más estudio, más audacia y generosidad, más organización, pero el mismo espíritu de discípulos y misioneros.

Frente a cosas nuevas, ofrecer la novedad del Evangelio y, en la alegría del amor en familia, mirar siempre dentro del hogar de Nazareth: el ejemplo más grande que todos tenemos.

Viernes 10 de Diciembre
Ponencia 1: Cardenal Pedro Ricardo Barreto Jimeno

Muchas gracias a todos ustedes, especialmente a monseñor Lino Panizza, obispo de esta diócesis muy querida de Carabayllo. También saludo a mis hermanos obispos, al señor cardenal y a todos ustedes que son la Iglesia viva de esta iglesia particular de Carabayllo. Es una alegría unirnos a esta experiencia del Congreso Internacional Teológico sobre la Familia, porque somos familia: la iglesia es familia, pueblo de Dios que camina.

Tenemos que ser muy conscientes de que vivimos un tiempo de gracia en medio de tantas desgracias humanas. Tiempo de gracia es un tiempo propicio para encontrarnos de manera personal y comunitaria como familia de Dios, como pueblo de Dios que camina.

«Todos somos discípulos misioneros en salida», era el lema del Sínodo sobre América Latina y el Caribe que se realizó del 21 al 29 de julio de noviembre de 2021 en la Ciudad de México, con la participación de más de setecientos hermanos y hermanas de manera virtual, y cerca de cien personas que estuvimos ahí presentes. Comenzamos y terminamos la experiencia en la Basílica de Santa María de Guadalupe. Ella nos recuerda, desde el principio de la evangelización de nuestro continente, que somos familia, la familia de Dios que peregrina en América Latina y el Caribe. Pudimos pedirle a la Santa María de Guadalupe esta gracia especial para que la Iglesia en América Latina siga caminando unida a Jesús, como ella nos lo manifestó, y caminando con los ojos abiertos, con los oídos dispuestos a escuchar el clamor de los pobres y el grito de nuestra Madre Tierra.

Escuchar, discernir y actuar juntos como familia: este es el espíritu de la Iglesia en salida, que no es un invento reciente, sino una característica que identifica a la Iglesia desde su inicio, una familia unida por Jesús, con la especial protección de santa María de Guadalupe. Y aquí tenemos que recordar que Juan Diego, san Juan Diego, estaba experimentando un problema familiar debido a la enfermedad de alguien muy querido por él y, en su camino de tristeza, de sufrimiento, de alguna manera la Virgen María se apareció a él y le dijo algo que es muy actual (porque Juan Diego nos representa a todos nosotros como Iglesia en América Latina), y le habló en su propia lengua nativa, no le habló en un lenguaje distinto al que Juan Diego estaba expresando, y le dijo: «No temas, estoy aquí yo, que soy tu madre». Estas palabras grabaron en el corazón de Juan Diego una nueva vida, se sintió no abandonado, ni solo o triste por las consecuencias de la enfermedad de uno de sus parientes, sino más bien se sintió bajo la protección de una madre. Por eso hoy, al hablar de la familia, debemos tener muy presente que santa María de Guadalupe es patrona de América Latina y el Caribe y nos ayuda a caminar juntos, con el papa Francisco, el 266 sucesor de Pedro, el primer

latinoamericano en la historia de la Iglesia, lo cual es un hecho muy importante.

El tema que se me ha propuesto es el amor, la unión y el amor conyugal como reflejo de la Trinidad, como reflejo del Dios Uno y Trino. En la historia y el magisterio de la Iglesia se ha hablado numerosas veces sobre la importancia de la familia, por lo que vale la pena recordar que al tomar posesión el papa Francisco, el 19 de marzo de 2013, día de san José, nos recordó que todos somos familia, que tenemos que cuidar la vida como don de Dios, y cuidar nuestra casa común. Pocos meses después, el papa nos regaló una exhortación apostólica sobre la alegría del evangelio, Evangelii gaudium, a los nueve meses de ser sumo pontífice, obispo de Roma. La alegría del evangelio nos presenta el programa de acción que Dios, a través del Espíritu Santo, manifestó al obispo de Roma, al pastor de la iglesia universal; y como también dice la Lumen gentium, número 23, el papa es el principio y fundamento de la unidad entre los obispos y los fieles de la Iglesia, del pueblo de Dios, de la familia. Esto es lo que propuso el sínodo extraordinario convocado por el papa al año siguiente de ser elegido, en 2014, e incluso también algo inédito en la historia de la Iglesia: convocó, ya oficialmente, a un sínodo ordinario sobre la familia, que se realizó en octubre de 2015. Este hecho está indicando la importancia que tiene la familia en la vida de la Iglesia y en la vida de la humanidad.

Si la Iglesia no contara con familias auténticamente comprometidas con Jesús como reflejo de la trinidad de Dios, unidad en la diversidad, nosotros no podríamos en este momento estar presentes. Con esto quiero decir que no se trata en este Congreso Internacional Teológico sobre la Familia de conocer más del magisterio que, aunque es importante, no lo es tanto como renovar nuestro compromiso con ser familia de Dios como Iglesia doméstica, en primer lugar, como dice el Vaticano II, como familia de Dios, como comunidades parroquiales latinoamericano vivas y comprometidas con Jesús. Se trata entonces de las vidas comprometidas con Jesús, al servicio la continuidad de la misión evangelizadora de Jesús dentro de las iglesias particulares y también dentro de la Iglesia universal.

El amor conyugal ocupa dentro del magisterio de la Iglesia una importancia muy grande. El matrimonio nace del consentimiento de los esposos y manifiesta una exclusiva y perenne donación de los cónyuges en el orden de la creación, la procreación. Eso es la base fundamental de la experiencia del amor conyugal, y el consentimiento de ambos tiene que ser plenamente consciente, con plena libertad y, sobre todo, con una decisión inquebrantable de ser fieles hasta el final, como Dios también desde el principio de nuestras vidas y hasta el final va a ser fiel. Este consentimiento de ambos esposos es un con-sentimiento, no es un mero sentimiento, sino un consentimiento todo. Es decir, de alguna manera ambos encuentran un camino de amor desde este salir de sí mismos para encontrarse en el otro y convertirse, ya no como el otro o la otra como esposos, sino en un nosotros. Esta es la importancia de este consentimiento libre e irrevocable para que la familia, bendecida por Dios a través de un sacramento, pueda perpetuarse a lo largo de la historia. Por tanto, el consentimiento es el acto fundante del matrimonio, la expresión del amor conyugal.

En la constitución pastoral sobre la misión de la iglesia, la *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II, el matrimonio se nos presenta como una comunidad de amor.

Y el amor está inseparablemente unido al servicio: amar y servir están radicalmente en la experiencia trinitaria de Dios. Tanto Dios Padre, como Dios Hijo y Dios Espíritu Santo tienen la experiencia del amor y por eso envían a Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre que, como fruto del Espíritu Santo, va a nacer en el vientre virginal de María. Por eso el mismo Jesús, que es la expresión plena del amor de Dios para con cada uno de nosotros, vino para liberarnos y darnos esperanza en momentos de dificultad como el que estamos viviendo hoy en el mundo, en el Perú y en el continente latinoamericano. Jesús nos recuerda que este matrimonio como comunidad de amor y de servicio expresa una íntima unión de personas. Esta unión entre las personas que conforman una pequeña familia, el hogar, la iglesia doméstica, es la expresión de una mutua donación. Iguales en dignidad y conscientes de una vocación común, el amor conyugal expresa el amor, yo diría, plenamente humano.

Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios y, por tanto, el amor plenamente humano se verifica en el matrimonio, en la humanidad de cada uno de los miembros de toda familia. Podemos decir que el matrimonio, la vida de los esposos, es un reflejo de servicio. Por otro lado, también tenemos que ser muy conscientes de que la indisolubilidad del matrimonio se funda en este ser reflejo de un Dios que no se exime del compromiso que tiene con nosotros. Él es un Dios fiel, motivo por el cual el amor unido por el sacramento tiene que ser indisoluble; por eso el libro del Génesis lo dice con claridad: lo que Dios ha unido por el amor, no lo separe el hombre. La familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor como reflejo vivo y participante del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo por la Iglesia, su esposa. Así lo dice la *Familiaris consortio* en el número 17; por eso, una de las tareas fundamentales de la familia es la formación de una comunidad de personas creyentes en Dios. En ello radica el primer eslabón de este proyecto de renovación de la Iglesia que vivimos hoy, con la gracia de Dios, que llamamos la sinodalidad: el escuchar, el discernir, el buscar la voluntad de Dios y actuar como familia. Sin la familia no podemos hablar de esta renovación: el respeto a la persona humana, los principios y valores que brotan del evangelio de Jesús tienen que vivirse en el seno de la familia y prolongarse también en la vida de comunidad.

Quiero compartir con ustedes una breve reflexión sobre la imagen de Dios que expresa la pareja del matrimonio, el hombre y la mujer. En la catequesis que el papa Francisco tuvo sobre los sacramentos y, de manera específica sobre el matrimonio, el 2 de abril de 2014, nos dijo que un matrimonio es la imagen del amor de Dios con nosotros. Se trata de un Dios que nos manifiesta su amor a través del matrimonio de una pareja de esposos. Recordemos que la vida pública de Jesús comienza en las Bodas de Caná. Jesús es invitado con sus discípulos a participar de la alegría del amor de dos jóvenes esposos y, dice el texto evangélico, que María era parte de la comitiva que organizaba esta gran fiesta del matrimonio. Y aquí hay algo muy importante: si el matrimonio es la imagen del amor de Dios con nosotros, tenemos que darnos cuenta de que el texto evangélico nos está explícitamente hablando de la presencia de María como parte de esta comisión de servicio, de acogida, y entre ellos, su hijo, Jesús y los discípulos que él había escogido; y hay un momento en el que faltó el vino, signo de la

la alegría. Lógicamente no se trata de hacer una interpretación muy humana, pero sí, el vino alegra el corazón del hombre y, por consiguiente, quien se da cuenta de esta necesidad urgente de la alegría porque falta el vino es María. Esto debe traducirse siempre en un servicio, porque Dios, siendo amor, es servicio: «No he venido al mundo para ser servido, sino para estar al servicio de ustedes», dice Jesús, y esto lo está cumpliendo hoy a través de la Iglesia. Y la Iglesia hoy, con el papa Francisco, está al servicio de la humanidad; una iglesia-familia de Dios que camina, como dice la luna llena, entre las caricias de Dios y las dificultades de la vida. Cuando en la actualidad se habla de matrimonio, se habla de que ya no son dos, sino una sola carne: no dice de dos personas es una, sino son dos personas que se unen en la presencia de Dios como reflejo del amor y que Dios hace de los esposos una sola existencia. La Biblia es mucho más clara al decir que se trata de una sola carne; así es la íntima unión del hombre y la mujer en el matrimonio. Por tanto, esta unidad en el amor es el fundamento para decir que una familia es el reflejo de este amor que Dios tiene en sí mismo y que lo comparte con nosotros.

En un segundo aspecto podemos saber que el matrimonio responde a una vocación específica que debe ser considerada como una consagración. Aquí, queridos hermanos y hermanas, tenemos que ser muy conscientes de que cuando hablamos de la promoción vocacional, de pedir vocaciones, normalmente pensamos en vocaciones sacerdotales y religiosas, pero esto tenemos que cambiarlo porque la vocación laical, como dice el papa Francisco, es una consagración a Dios y a la Iglesia.

San Pablo, en la Carta a los efesios, pone de relieve en los esposos cristianos este ser reflejo del misterio de Dios trinitario. En esta relación que se establece entre Cristo y la Iglesia es muy importante tener en cuenta lo que san Pablo nos dice: «Así como Cristo amó a su iglesia, la iglesia tiene que amar a Cristo como un matrimonio». La Iglesia es la esposa de Cristo, por lo cual esta relación esponsal es fundamental. Podemos decir que los cónyuges, en su amor de pareja, están investidos, por la fuerza del sacramento del matrimonio, de una verdadera y propia misión, y se consagran al servicio de Dios y de la Iglesia. Aquí hay mucho camino que recorrer porque tenemos que rehabilitar esta alegría del matrimonio, de los esposos, de manera que aún en medio de las dificultades puedan manifestar la unidad, una unidad que se hace cada vez más urgente lograr, visibilizar. La fuerza del sacramento matrimonial permite hacer visible esta unidad a través de la ternura, la comprensión mutua y el perdón.

Como dijo monseñor Justino, vicario general de esta diócesis, hay muchas familias que están pasando por problemas, y problemas muy serios. Existen numerosas familias que a raíz de la pandemia han perdido a sus seres queridos; hay un aumento de niños y jóvenes huérfanos porque han perdido a sus padres. Esta es una realidad lamentable en el Perú pues, como es de conocimiento público, ha habido más de 210,000 muertos, víctimas solamente del COVID-19. Cabe recordar que el Perú es el primer país en el mundo en número de víctimas proporcionales a su población, de manera que las familias están pasando momentos muy difíciles. Por ello tenemos que manifestar nuestra urgencia de trabajar en favor de la familia, de las familias que han perdido un ser querido, de muchos niños y jóvenes, y de esposas o también esposos que por una razón u otra

han tenido que separarse. También tenemos que trabajar bajo la consideración de que muchas familias son disfuncionales y que definitivamente tenemos que darles esta alegría y esta esperanza.

Dice el papa Francisco en su catequesis que realmente hay un designio maravilloso e inherente al sacramento del matrimonio, el cual se lleva a cabo a través de la simplicidad y también de la fragilidad de la condición humana, pues no todo es color de rosa. En la vida personal, en la vida familiar, en la vida social y en la vida de la Iglesia, si alguien decide seguir al Señor, prepárese para las dificultades. Así lo dice el libro del Eclesiástico. Esto se observa mucho en la familia, pues muchos esposos que reflejan el amor de Dios tienen esa actitud heroica de seguir creyendo en Dios en medio de tantas dificultades, de tantos problemas, no solamente económicos sino también laborales, y también de consecuencias que muchas veces nos desaniman. Necesitamos familias que reflejen el amor de Dios con fortaleza y con humildad.

La fragilidad no es motivo para desanimar; el mismo san Pablo dice que cuanto más débil me experimento, más fuerte soy en Cristo. La familia que experimenta la fragilidad, la debilidad, es más fuerte en su amor y es capaz de ser testimonio vivo de ese vínculo con Dios que es la base del vínculo matrimonial. Por otro lado, cuando la familia ora está poniendo cimientos para sus hijos y para ella misma, de ahí la importancia de la oración en común. Recuerdo que cuando era pequeño –en mi familia éramos seis hermanos– mis padres, y también unas tías hermanas de mi padre, nos pedían que rezáramos los días sábado, especialmente el Rosario.

Una de mis tías era muy devota y nos hacía pedir por las vocaciones sacerdotales y religiosas, y cuando siendo joven adolescente, ya casi a los 17 años, le comuniqué que iba a entrar a la Compañía de Jesús, al noviciado, mi tía fue la primera que se opuso porque mi padre había muerto hacía poco, dejando a mi madre viuda con seis hijos, y el menor tenía año y medio. Mi tía se opuso, y le dije: «Tía, pero tú nos has hecho rezar como familia pidiendo a Dios por las vocaciones sacerdotales y religiosas, bueno yo soy uno de ellos». Mi tía respondió: «Mira, sí, es verdad, pero pedía por otros jóvenes, no por ti, no en ese sentido». Ella estaba pensando más en la pequeña familia; y miren cómo ella misma, cuando me ordené sacerdote, llorando pidió perdón públicamente a mi asesor espiritual, el padre Augusto Vargas, quien fue cardenal de la Iglesia y arzobispo de Lima. Mi tía le pidió perdón de rodillas delante de todos, llorando por haber dicho eso.

Lo que quiero recordar es que la felicidad está fundamentada en la oración en común y, por lo tanto, aquí hay un desafío muy grande para la familia, que para ser reflejo de Dios tiene que ponerse en comunicación con Él. Esto creo que es un vínculo que mantiene unida a la familia y, sobre todo en el ámbito, yo diría muy importante, de la fidelidad. La oración es el secreto para mantenerse siempre unidas a pesar de las dificultades que lógicamente son inherentes a nuestra vida y a la vida familiar.

La fidelidad nos invita a todos a mirar a Dios, pues Dios es fiel, Dios es el que nos ha convocado a caminar juntos como familia. Este secreto de que el amor es más fuerte que el momento en que hay dificultades y enfrentamientos en la familia es una cosa bellísima de la vida matrimonial y tenemos que recuperarla como una consagración a Dios, al igual que la vida sacerdotal y la vida religiosa.

Y termina el papa Francisco con tres palabras que se deben decir siempre en la vida familiar matrimonial y que tienen que estar muy presentes en la casa: primero, el permiso, esa delicadeza del permiso; segunda palabra: gracias; y tercera palabra: disculpa. Pedir permiso, el ser delicados, el ser agradecidos y saber pedir disculpas y perdonar, tanto los padres entre sí como los padres a los hijos y los hijos a los padres, pues el perdón dignifica a la persona. Como dice el papa Francisco, es importante que repitamos juntos «permiso, gracias y disculpa», pues con estas tres palabras –dice el papa Francisco– y con la oración del esposo por la esposa y de la esposa por el esposo y con los hijos, podemos hacer siempre las paces. Antes de que termine el día no hay que irse a descansar, aunque se haya tratado de un día con alguna dificultad, lluvia, enfrentamiento, siempre hay que terminar el día diciendo «Gracias, Dios mío, porque nos has hecho nacer en una familia», y tenemos que reflejar el amor y el servicio de Dios entre nosotros. Que la Virgen de Guadalupe bendiga y fortalezca a nuestras familias, así sea.

Viernes 10 de Diciembre
Ponencia 2: Mons. Fernando Chomalí

1. Introducción

Quiero agradecer la oportunidad que me han dado de hacer una reflexión en torno a la familia y su vínculo con la Santísima Trinidad. La experiencia del amor es una realidad de gran importancia porque es inseparable de la vocación del hombre, de su condición de sexuado, de su condición de ser social y, sobre todo, de su condición de ser para el amor. Además, no hay realidad más sensible frente a la organización de la sociedad, las políticas públicas y las visiones antropológicas que se van enquistando en la sociedad, que la familia. No sin razón el Papa san Juan Pablo II recuerda, en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, que el futuro de la humanidad se fragua en la familia. Dicho con palabras del Papa Francisco, en *Amoris laetitia* (capítulo 2), nadie puede pensar que debilitar a la familia como sociedad natural fundada en el matrimonio es algo que favorece a la sociedad.

Estamos, por lo tanto, reflexionando un tema muy relevante para la Iglesia que es experta en humanidad, madre y maestra, y cuyo primer camino por recorrer es justamente el hombre, que no se comprende adecuadamente sino dentro del contexto de la familia.

Además de agradecer, los felicito: el Papa Francisco nos dijo en *Amoris laetitia* (capítulo 2) que los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano. Estaríamos privando al mundo de valores que podemos y debemos aportar. Pero tampoco ello nos debe llevar a imponer normas por la fuerza de la autoridad.

Se trata de ayudar a las personas a responder a la gracia que Dios les ofrece a la luz de la verdad que nuestra naturaleza humana lleva grabada.

2. Acercamiento al tema

Esta presentación pretende ser realista, lo que implica evitar caer en un pesimismo estéril lleno de desesperanza y, muchas veces, sesgado. Pero también implica no caer en un optimismo ingenuo frente al futuro de la familia, que se ha visto muy menoscabada por múltiples factores, especialmente en estos últimos años.

Con todo, nuestro realismo está lleno de esperanza dado que la familia pertenece al plan de Dios para el hombre, lo que lleva a postular que el matrimonio y la familia tienen una carta de ciudadanía por derecho propio. Además, es indiscutible el hecho de que el vivir en el contexto de una familia representa un sentido anhelo de los jóvenes en cuanto a formar la suya propia.

3. Paradojas

Al fijar nuestra atención en la familia y observarla a la luz del conjunto de realidades que van configurando el entramado de la historia de los hombres nos encontramos con una serie de paradojas que conviene conocer, de manera que el aporte que hagamos a la sociedad para fortalecer a la familia sea lo más provechoso posible.

La primera paradoja radica en que la familia fundada en el matrimonio sigue siendo, en Chile, un gran anhelo de la amplísima mayoría de la población. No hay dolor más grande que ver desintegrarse a la familia. No hay alegría más grande que tener una familia estructurada. Muchos jóvenes estudian, trabajan, se esfuerzan para constituir algún día una familia y procrear. Sin embargo, como nunca se ha disociado de manera tan radical la experiencia del amor, del matrimonio y del ejercicio de la sexualidad.

En efecto, los mismos jóvenes que ven un altísimo valor en el matrimonio no piensan que la vida sexual es plenamente humana cuando se vive dentro del contexto del matrimonio. Ello se ha manifestado en un empobrecimiento del valor de la castidad, del valor del dominio de sí mismo, y del significado más auténtico del cuerpo en cuanto a que hace referencia a una persona.

La otra situación –que prácticamente es un corolario de lo anterior– es la presencia de una radical disociación de la sexualidad de la procreación. La actividad sexual se comprende como mera forma de obtener placer, lo que hace que las consecuencias que de ella surjan se presenten como un obstáculo del que hay que defenderse. Así, nos encontramos frente a un nuevo lenguaje que, además de contradecir el sentido más profundo de la sexualidad humana, se ha ido abriendo camino en los aparatos jurídicos y en los organismos internacionales. Conceptos como ‘sexo seguro’, ‘relaciones protegidas’, ‘embarazo no deseado’, corresponden a esta lógica cuya raíz no es otra cosa que un dualismo en el que el cuerpo se ha separado cada vez más de la persona, constituyéndose prácticamente en un objeto que procura placer. Objeto del que además hay que defenderse porque puede surgir un «indeseado».

Esta construcción de la sexualidad humana ha encontrado eco tanto en el mundo de las ciencias como en el de los negocios. En efecto, la industria que fabrica anticonceptivos

es poderosísima y se esmera cada vez más en procurar productos más eficientes, en el sentido de asegurar una radical disociación entre el acto sexual y su consecuencia lógica, cual es la posibilidad de que surja una nueva vida humana. Se trata de productos incluso capaces de actuar después de la concepción, constituyendo un auténtico aborto. San Juan Pablo II denuncia el hecho de que muchas empresas han trabajado arduamente con el propósito de «obtener un producto cada vez más simple y eficaz contra la vida y, al mismo tiempo, capaz de sustraer el aborto a toda forma de control y responsabilidad social» (EV 13).

Esta industria está empujada por la llamada «industria del deseo». En efecto, con sofisticadas técnicas han logrado exacerbar el impulso sexual de los jóvenes, asociándolo con el placer, el poder, en una concepción hedonista e individualista de la persona. Esta industria se ha instalado en los hogares de los chilenos, pero se trata de una industria de la que no sabemos quiénes son sus dueños y qué persiguen y, sin embargo, sin más, hemos dejado que sus programas formen parte de lo cotidiano, de lo habitual, adquiriendo estatus de normalidad.

La cada vez más difundida idea de que la sexualidad es una cosa que no tiene directa relación con el matrimonio, la familia y la procreación, quiere quedarse en nuestras leyes. Así, hay un proyecto de ley en nuestro país sobre derechos sexuales y reproductivos en cuyo artículo 9 se postula el derecho de las personas a ejercer la sexualidad libre de la procreación y a ejercerla con quien lo deseen. Esta es una ideología, una visión del hombre que lo empobrece, que ofusca su dignidad. Ello ha llevado a que el aborto, de constituir hasta hace pocos años un delito, hoy se haya erigido como derecho, más aún, como signo de desarrollo de un país. Me pregunto, ¿¡cómo puede considerarse desarrollado un país que ha hecho del seno materno, que por principio es el lugar de la acogida, del calor materno, del santuario de la vida, el lugar más peligroso para el hombre!?

Otra disociación que refleja el paulatino proceso de menoscabo del valor del matrimonio es aquella que ha sido permitida por las técnicas de reproducción artificial. Ya no se trata de tener relaciones sexuales sin hijos, ahora se trata de tener hijos, pero al margen de la relación sexual. Lo que en un principio constituyó una posibilidad para ayudar a aquellas parejas que experimentaban con dolor el no poder engendrar, hoy ha cambiado drásticamente, pues pueden acceder a estas técnicas no solo los matrimonios, sino también los convivientes y, en algunos países, las mujeres solteras. Esto es una clara señal de que para el legislador el matrimonio y la procreación son dos realidades que no van necesariamente unidas. Es una clara señal de que no se piensa que el matrimonio sea el lugar más apropiado para engendrar. Es una clara señal de que ya no se piensa que el hijo tiene derecho a ser gestado en el contexto del amor conyugal, corporal y espiritual. Ya no se piensa, con la posibilidad actual de recurrir a donantes de gametos y de embriones crioconservados, que el hijo tiene derecho a una filiación cierta, a una identidad propia y conocida. Y, además, sabiendo positivamente que se congelan y desechan embriones, ya no se cree en la igualdad fundamental de todos los seres humanos, y menos en el más elemental dictado de la razón relativo a que la vida comienza en el momento de la concepción y que desde ese momento merece ser respetada. Las leyes que tienen como principio rector velar por el bien común han terminado siendo cómplices de estos atentados en contra de la vida, del matrimonio y, por cierto, de la familia.

Francisco nos recuerda lo lamentable que resulta que, fruto de la revolución biotecnológica, la vida humana, así como la paternidad y la maternidad, se hayan convertido en realidades componibles y descomponibles, sujetas principalmente a los deseos de los individuos y las parejas. Es evidente que el consorcio de los grandes intereses económicos –sumado a un claro desinterés por acercarse a la realidad para descubrir su verdad, su belleza, y su bondad, para abrazarla en un acto de auténtica libertad; sumado, como lo planteara san Juan Pablo II en su encíclica *Veritatis Splendor*, a un gran escepticismo frente a la posibilidad de conocer la verdad– nos ha llevado de modo paulatino a un empobrecimiento de la realidad del matrimonio como instancia plenamente humanizadora y como fundamento de la vida social.

Numerosas lecturas se pueden hacer acerca de los motivos por los cuales muchos Estados han legalizado la disolución del vínculo matrimonial, es decir, el divorcio. Sin embargo, no podemos encontrar la razón última sino en la más radical de las renuncias a responder acerca del ser del hombre y su vocación. Así, el divorcio se ha de entender como un gran acto de desconfianza frente a la posibilidad que tiene el hombre de seguir el bien que su corazón y su inteligencia le dictan, que es el matrimonio, uno e indisoluble. Se ha de entender como una radical desconfianza de la libertad humana. Se ha de entender como un acto de desesperanza. Por cierto, los resultados de esta espiral de divorcio no se han hecho esperar: nos encontramos con más divorcios, con más pobreza, con más hijos que se educan sin ambos padres.

Con esto no estoy planteando que el Estado no debe asumir un rol activo para ayudar en todos los campos que requieran las personas que han visto naufragar su matrimonio. Solo estoy diciendo que por ley no se puede desconocer la institución del matrimonio, que es una realidad anterior al Estado. El Papa Francisco nos invita a que no caigamos en el pecado de pretender sustituir al Creador. Somos creaturas, no somos omnipotentes. Lo creado nos precede y debe ser recibido como don. Al mismo tiempo, somos llamados a custodiar nuestra humanidad, lo cual significa, ante todo, aceptarla y respetarla como ha sido creada.

Por ello, urge hablar sobre el amor humano desde la perspectiva teológica. Ahí está la clave para comprender lo que significa ser un ser humano, lo que significa haber sido creado y su vocación originaria.

4. El amor humano

De entre todas las lecturas que se pueden hacer para comprender al hombre en su realidad más esencial, la teológica es aquella que alcanza el mayor grado de profundidad. La *Biblia* nos habla del principio, es decir, del misterio de la creación que nos revela al hombre como imagen y semejanza de Dios. Este es el corazón de la antropología cristiana, que nos revela que el hombre y la mujer son el ápice de todo lo creado en el mundo visible, y que el género humano, que tiene su origen en la llamada a la existencia del hombre y de la mujer, corona toda la obra de la creación.

El hombre y la mujer comparten una igualdad esencial en virtud de su humanidad común, y solo uno en referencia al otro son capaces de superar la soledad originaria en la que estaba el hombre sin la mujer. Este hecho es muy relevante porque la comunión, el encuentro y el compartir se dan solamente entre seres humanos.

Las cosas son incapaces por sí mismas de colmar de alegría al hombre, puesto que no dan la posibilidad de un compartir recíproco. Las cosas son bienes útiles o instrumentales que no logran alcanzar y menos colmar el núcleo mismo de la soledad originaria del hombre, a diferencia de las personas, que somos bienes morales y que amando somos capaces de colmar la soledad de un semejante a nosotros y ser colmados por el otro. Tenemos valor por sí y en sí, y ese valor se instala a un nivel óntico, a diferencia de las cosas, que únicamente alcanzan la epidermis de nuestro ser en cuanto tal. El amor me abre a su identidad óntica, es decir, a su verdad.

El hombre y la mujer, en cuanto imagen y semejanza de Dios, están llamados a vivir en comunión como lo es Dios: Uno y Trino, una naturaleza y tres personas en perfecta comunión. Así, el hombre vive en profundidad su condición de tal en la medida en que subsiste junto a otro, o mejor dicho, para otros. En efecto, reconocernos como imagen y semejanza de Dios significa que desde nuestro origen hemos sido llamados no solo a existir «uno al lado del otro», o simplemente *juntos,* sino a existir recíprocamente «el uno para el otro».[1]

Aristóteles escribe algo muy interesante: «La amistad es, en efecto [...], lo más necesario para la vida. Sin amigos nadie querría vivir, aun cuando poseyera todos los demás bienes; hasta los ricos y los que tienen cargos y poder parecen tener necesidad sobre todo de amigos. En la pobreza y en los demás infortunios se considera a los amigos como el único refugio».[2]

«El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente».[3]

Esta es una tarea que nos puede tomar toda la vida. En efecto, ser persona significa tender a la realización, es decir, alcanzar la propia plenitud que, justamente debido a nuestra condición de imagen y semejanza de Dios, no podemos alcanzar sino en la entrega sincera a los demás. El hombre en cuanto don, puesto que su existencia hace referencia al Creador, está llamado a convertirse en un don. En ello radica la grandeza del hombre y la fuente eximia de alegría profunda. El Concilio Vaticano II dirá, en la constitución *Lumen gentium*, que el hombre es la única creatura amada por sí misma que no encuentra la sublimidad de su vocación sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás.

Esta experiencia profunda de ser don, de recibir al otro como don, adquiere relevancia solo entre los seres humanos. En efecto, la experiencia del don dado y recibido es posible solo entre ellos porque «sólo la persona puede amar y sólo la persona puede ser amada. Esta es una exigencia ontológica y ética de la persona. La persona debe ser amada ya que sólo el amor corresponde a lo que es la persona».[4] Así se explica el mandamiento del amor y la primacía de la caridad. Quien ama ha cumplido la ley. Por ello el Señor plantea que se reconocerá a los discípulos si tienen amor los unos a los otros; si ello no se da, toda la imagen de Dios inscrita en el hombre queda desfigurada. El amor es la palabra más bella y, a la vez, la más manipulada. ¿Qué entendemos por amor? ¿A qué nos invita?

---

[1] Juan Pablo II, 1988, *Mulieris Dignitatem* 7.
[2] Aristóteles, Ética a Nicómaco, VIII, 1, 1155a.
[3] Juan Pablo II, 1979, *Redemptor Hominis* 10.
[4] Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem* 30.

El amor auténtico es desinteresado. Busca el bien del otro por el otro y no en cuanto me reporta beneficio a mí. Trata a la persona como un fin en sí misma y no como un medio. El amor de amistad o benevolencia es el que se alegra por el bien del otro, y el amor expresado tiende a valorar y promover su dignidad. El hombre modela y encausa su instinto no en función de su deseo, sino en función del bien del otro. El otro, por su parte, se siente dichoso porque su existencia le da sentido al otro. Reconoce que es significativo para otros.

Nos educan para satisfacer nuestros deseos y no para amar. Ello opaca la dignidad del que ama y del ser amado. En efecto, «el deseo tiene un carácter pasivo y, en rigor, lo que deseo al desear es que el objeto venga a mí. Soy centro de gravitación donde espero que las cosas vengan a caer. En el amor, por el contrario, todo es actividad. Y, en lugar de consistir que el amor venga a mí, soy yo quien va al objeto y está en él. En el acto amoroso, la persona sale fuera de sí; es tal vez el máximo ensayo que la naturaleza hace para que cada cual salga de sí mismo hacia otra cosa. No ella hacia mí, sino yo gravito hacia ella».[5] La experiencia de amor más profunda se halla cuando el amante sale de sí mismo y no cuando se encierra en sí mismo. Ello implica necesariamente a otro. En este sentido, me resulta muy hermoso e interesante lo que al respecto dice el escritor Rainer María Rilke: «Esta es la paradoja del amor entre el hombre y la mujer: dos infinitos se encuentran con dos límites; dos infinitamente necesitados de ser amados se encuentran con dos frágiles y limitadas capacidades de amar. Y sólo en el horizonte de un amor más grande no se devoran en la pretensión, ni se resignan, sino que caminan juntos hacia una plenitud de la cual el otro es signo».

Amar es obviamente desear el bien, y el bien sólo se alcanza cuando se logra la perfección del otro. El amor edifica al otro, lo hace ser más. El que ama se alegra del crecimiento del otro como persona afirmada en sí misma, más aún, contribuye a que ello ocurra. Esto es posible dando lo mejor de sí, poniendo el propio ser al servicio del otro. Ya no se trata de amar al otro por lo que me entrega, sino por lo que es. El amor afirma al otro en su ser. Es lo que plantea Ortega y Gasset en sus estudios sobre el amor humano: «Es el amor –¡y sólo el amor!– el que al identificarme con el amado, me abre las puertas de su interioridad ontológica y me permite tomar conciencia, en identidad con él, de la entera realidad de su ser personal. En consecuencia, el amor no sólo hace conocer por cuanto concentra la atención sobre el amado, sino que, por así decirlo, es formalmente cognoscitivo: él mismo conoce».[6] En definitiva, el amor es un modo de conocer lo más profundo del otro. Está claro que jamás llegaremos a conocer en profundidad una mirada utilitarista del otro y de la misma realidad. Esto vale para las personas, pero también para otras realidades como la familia, los amigos, las instituciones con las cuales estamos involucrados. ¿De quién diríamos que nos alegra su presencia, de que exista y que reconozcamos como un bien amable al que queremos conocer desde el amor? ¿De qué manera contribuimos a que los que están a nuestro alrededor crezcan como tal?

Esta entrega generosa y esta apertura al otro en cuanto otro será únicamente posible si se postergan los propios deseos, gustos y aspiraciones en beneficio del otro. Ello implica salir de uno mismo, descentrarse, para que sea otro el centro. Esta experiencia adquiere plenitud cuando ambos viven de esta manera.

[5] Ortega y Gasset J., 1984, *Estudios sobre el amor humano*, p. 15.
[6] Ortega y Gasset J., *Estudios,* 74.

Mi vida es para ti. Yo me enriquezco con la tuya. Mi alegría está en tu perfección. Desde ese punto de vista es muy interesante lo que dice san Pablo, refiriéndose a su experiencia con Cristo: «Para mí la vida es Cristo», y «no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí». Es decir, es Cristo, el otro, el que llena mi vida. Esto se aplica para la vida conyugal y también para la vida del sacerdote en relación con su comunidad.

La verdad acerca del amor que Dios nos demuestra enviando a su Hijo y entregándolo en rescate de cada uno de nosotros es la condición de posibilidad de vivir la experiencia del amor entre nosotros. Es muy hermoso tener la certeza de que «ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni ninguna otra criatura nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús» (*Rom* 8,38-39). Si tenemos esta certeza en nuestra vida confiaríamos en los demás, no nos defenderíamos de los demás. Vivir en las manos de Dios es la condición de posibilidad de amarnos los unos a los otros. La desconfianza es uno de los defectos más devastadores que ha tenido el episodio de la serpiente cuando le infunde a Eva que Dios es su enemigo y rival. Dice el libro del *Génesis*: «Porque Dios sabe que si comes de este árbol serás como Él». Este tema es muy importante, ya que sin confianza no hay verdadero amor. Y, obviamente acrecentar la confianza en Dios nos llevará a confiar más en los demás. Sin confianza no hay amor. Pero también sin amor tampoco hay confianza. Ambos se retroalimentan mutuamente. El Papa Francisco, en el capítulo 3 de *Amoris laetitia*, nos invita a tener la mirada puesta en Jesús. Dice que necesitamos «sumergirnos en el misterio del nacimiento de Jesús». Si queremos formarnos en el amor y para el amor, debemos mirar a la Cruz de Cristo como la gran escuela de amor y como la posibilidad de vivir el seguimiento de Jesús, que vive amando a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo (*Mt* 22,37). Jesucristo se pone como ejemplo de lo que significa amar. Él mismo nos da un mandamiento nuevo: amarnos los unos a los otros como él nos ha amado. Se trata del amor de benevolencia, de caridad, que es paciente, benigno, no es envidioso, no se gloría, no busca su propio interés, no tiene cuenta del mal recibido, se complace en la verdad y todo lo soporta (1 *Co* 13, 4-7). El amor al que nos invita Jesús implica que si vemos a un caído en el suelo, lo levantamos y lo llevamos a una posada hasta que se recupere, pagando los gastos que ello implique.

Se trata de un amor desinteresado, que no busca su propio bien, sino que hacer la voluntad del Señor en lo que le toca vivir. Ello implica renunciar a los propios gustos, cosa que no siempre estamos muy dispuestos a hacer. Tengo la impresión de que nos hemos puesto egoístas. ¿Cómo ayudarnos para que ello no acontezca? Por ello Francisco señala que estamos en presencia de una verdadera «globalización de la indiferencia».

Cada vez que celebramos la Eucaristía celebramos a aquel que ha dado la vida por nosotros y se convierte en un modelo eximio a imitar. La Eucaristía es la fuente de todo amor y la condición de posibilidad de amar, puesto que nos convertimos, gracias a su Cuerpo y su Sangre, en otro Cristo. San Pablo dice «no soy yo quien vive, es Cristo quién vive en mí».

5. La propuesta a escala humana

Frente a esta situación que no podemos desconocer, por una parte, y que por cierto no representa la realidad en su totalidad, no cabe en nosotros la apatía y menos la desesperanza: lo que cabe es perseverar en la propuesta de que la familia fundamentada en el matrimonio es la

que manifiesta de mejor modo la dignidad de la persona y su vocación. Para hacer este anuncio debemos asumir el aporte que nos hacen las diversas disciplinas, pero teniendo muy claro que la categoría totalizante es la del amor.

En efecto, el amor ha de ser la categoría frontal, primaria y estructural de cualquier intento que pretenda conocer al hombre, al hombre integral, a cada hombre del planeta. Cuando esta categoría esencialmente teológica y de profundo contenido humano se relega a un segundo plano comienza a debilitarse el valor del hombre, la dignidad que posee y todas sus relaciones humanas, empezando por el matrimonio y la familia.

Estoy convencido de que el gran aporte que hacemos como Iglesia es referirnos al hombre desde la experiencia del amor, lo que nos lleva de la mano al Creador y a la experiencia de libertad, signo eminente de la dignidad del hombre. De hecho, el amor en el matrimonio nos recuerda que el matrimonio es la imagen del amor de Dios. En efecto, Dios es comunión: las tres personas de Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta.

El amor como categoría frontal de una adecuada antropología ya está presente en el acto creador. Dios, de la nada, por amor, crea todo cuanto existe y al hombre como culminación de su obra. Y lo crea con un fin, con una vocación ordenada a su bien, bien que no puede entenderse al margen de su ser imagen y semejanza de Dios. El amor está presente en que el hombre tiene una naturaleza que le es propia y de la que tiene que hacerse cargo. El hombre es un don y una tarea. El hombre es un don que lleva inscrita la vocación de convertirse en un don, de darse, de salir de sí mismo. El hombre adquiere plenitud cuando es una ofrenda, allí radica su dignidad y la radical muestra de libertad. Dicho con palabras de san Juan Pablo II, «El amor es una exigencia ontológica y ética de la persona. La persona debe ser amada ya que sólo la persona corresponde a lo que la persona es».[7] Dicho con palabras de Francisco, es preciso reconocer que es un gran valor que el matrimonio se comprenda como una cuestión de amor que hay que tener cuidado de no empobrecer.

Así, «el amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano».[8] Por ello no es un elemento accidental de la vida. En efecto, «el hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido, si no le es revelado el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace propio, si no participa en él vivamente».[9]

El amor humano está llamado a manifestarse, sea en la vocación a la vida conyugal –es decir, en la vocación matrimonial–, sea en la consagración virginal.

Nos referiremos a la primera, sin desconocer su profundo vínculo con la segunda manera de vivir esta vocación. San Juan Crisóstomo decía: «denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad. Elogiarlo es realzar a la vez la admiración que corresponde a la virginidad».

El matrimonio es un mandato divino que surge de la realidad del hombre en cuanto creado hombre y mujer que no dependen del arbitrio humano. En el matrimonio queda expresada de modo eximio la igualdad fundamental del hombre y la mujer en

---

[7] Juan Pablo II, *Mulieris Dignitatem* 11

[8] Juan Pablo II, 1981, *Familiaris Consortio 11*.

[9] Juan Pablo II, *Redemptoris hominis* 10.

cuanto a su origen, dignidad y fin, pero, al mismo tiempo, su carácter complementario. La condición sexuada del hombre y de la mujer y su respectivo carácter masculino y femenino no son una construcción cultural, sino parte esencial de su naturaleza, de su modo de ser. Femineidad y masculinidad que adquieren toda su riqueza en cuanto se configuran en la historia de las personas como condición de posibilidad de comunión, de conyugalidad, de responsabilidad y de vida. Solamente desde la perspectiva de la experiencia del amor se podrá comprender al hombre y a la mujer desde su realidad de esposo y esposa, de padre y madre. Esto es importante porque existe un marcado interés por defender los derechos del hombre, de la mujer y del niño. Pero al leer estos derechos se aprecia que entran en conflicto con la mujer en cuanto esposa y madre, con el hombre en cuanto esposo y padre, y con el niño en cuanto hijo.

Dicho de otra manera, la familia y el matrimonio no son categorías que puedan ser aprehendidas desde la sociología, la sicología, o la economía. Han de ser entendidas desde el amor, en último término, desde Dios que es amor.

6. Familia y evangelización

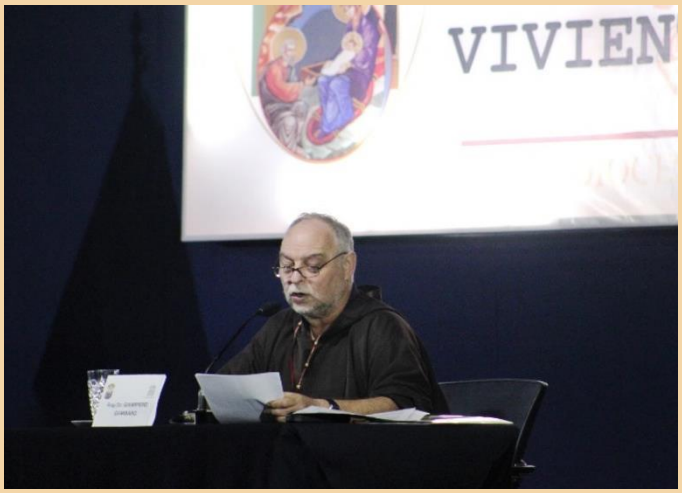
Si el futuro de la humanidad se fragua en la familia, también se fragua en ella el futuro de la Iglesia. Nos recuerda el Concilio Vaticano II que «la salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar» (GS 47).

Parte fundamental de la labor evangelizadora consistirá en una adecuada educación al amor, que es mucho más que mera información biológica o social. Es educar para un modo de vivir según la lógica de la entrega generosa y desinteresada.

Para ello es fundamental mostrar la estrecha vinculación que hay entre nuestra condición corporal y espiritual, el amor, la sexualidad humana y la procreación, pero, sobre todo, será fundamental anunciar la dependencia amorosa pero real a nivel ontológico, existencial y ético de los hombres con Dios. Porque el misterio del hombre no se esclarece sino por medio de Jesucristo, el Verbo de Dios, exégesis del Padre y fuente de toda verdad acerca del hombre, del matrimonio y de la familia. Ello presupone una pedagogía adecuada, pero sobre todo una ilimitada confianza en Dios y su gracia para que todos los hombres descubran que la sublimidad de su ser y de su vida no se pueden entender adecuadamente al margen de la familia, que estamos llamados a fortalecer.

En estos tiempos en los que la violencia se ha constituido –lamentablemente, por cierto– como un método para resolver los conflictos que aquejan a parte importante de la humanidad, no puedo terminar sin hacer un público agradecimiento a todos los que trabajan arduamente en aras de la promoción de la familia, porque simultáneamente están trabajando en favor de una auténtica, duradera y verdadera paz.

Viernes 10 de Diciembre
Ponencia 3: Fray Giampiero Gambaro



Existen héroes en esta pandemia: las familias son una buena parte de ellos. Dios no deja de mirarlas y de acompañarlas con el don del amor y la paciencia.

Gracias por permitirme compartir un tramo de este Congreso de reflexión sobre la familia; para empezar, tres palabras: gratitud, ánimo y coraje.

Pero además de ello, permítanme una premisa: mi relación con la hermosa lengua castellana se parece a la de aquel varón –un poco machista– que, a propósito de su esposa, iba diciendo: «La quiero, la amo muchísimo, pero no la domino». Así, les tocará tener paciencia conmigo y con mi pobre español.

Hay que tener ánimo y agradecimiento para pensar este tiempo desde el marco de la gratitud. Estos tiempos nos han generado reacciones de desaliento, pues muchas han sido las dificultades que hemos compartido, y a veces hemos escuchado un tono de rendición, que es la opción más fácil y engañosa. Es frecuente sentirse bloqueado, impotente frente a tantos obstáculos: violencia, sociedad permisiva, televisión, ambientes negativos. La lista la conocemos y la sufrimos. A veces sentimos impotencia e inutilidad: una carga grande de agobio.

Hay una segunda tentación frente a esto: crear una isla cultural religiosa, una situación para sobrevivir, prescindiendo de lo que pasa afuera y haciendo uno su propia vida, para defenderse personal e institucionalmente. Pero así uno corre el peligro de convertirse en un gueto, en una secta, donde uno se encuentra bien solo con los nuestros. La tentación de vivir social y religiosamente así, amurallados con comodidad, cuidando solo de nosotros, es una actitud que no alcanza la seriedad y el coraje que se nos exige como cristianos, como religiosos y sacerdotes.

Por eso felicito a la diócesis por haber tenido el coraje de no dejarse bloquear por este contexto y de apuntar al cambio en lo que consideramos como puntos fundamentales de referencia: la fe, la familia, la educación, el trabajo, todo lo que para nosotros es esencial. Frente a este desánimo posible, es interesante ver la *Segunda Carta de Pablo a Timoteo*. Timoteo había reemplazado a Pablo, era un joven obispo en la ciudad de Éfeso, y Pablo se entera que su discípulo se encontraba desanimado, deprimido, y le escribe:

1. «Querido Timoteo, hijo mío muy querido». La forma de expresión denota un cariño grande. Solo se educa, se corrige, en el horizonte del cariño. Cuando hay cariño, los esposos, los hijos, los hermanos aceptan una corrección, unos retos. Se educa si uno ama.

Y después, Pablo agrega dos puntos fuertes:

2. «[...] reaviva el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos y que no has perdido» y

3. «no te avergüences del evangelio».

Uno se puede preguntar: ¿Cuál es el don que te ha sido dado, y qué es lo que no has perdido de tu familia? En este contexto, la pregunta puede ser: ¿Qué es lo que en este tiempo has puesto en riesgo? Allí donde hay esperanza y alegría, el compartir en aquellos espacios en los que tú o tu pareja estén con los más necesitados.

El «no te avergüences del Evangelio» hace referencia a no achicarse. Es interesante que Pablo usa un verbo griego que traducimos como 'reavivar'. Yo no sé griego, pero lo robo a los que saben, es decir, el verbo es ἀνα-ζω-πυρεῖν. Parece que Pablo le dijera a Timoteo que tome una especie de medicina: «¿Eres deprimido?: tómate esta medicina que se llama el ἀνα-ζω-πυρεῖν… pero un comprimido al día». ¿Cuáles son los ingredientes del ἀναζωπυρεῖν?

- 'Ana' es el movimiento de abajo hacia arriba (anastasia – resurrección);
- 'zoo' es la vida, en el sentido de la vida/la existencia que vivimos, el modo de existencia que tenemos, versus 'bios', que es vida en sentido material, y
- 'puro', que significa fuego.

Pablo le está diciendo a Timoteo, y también a nosotros, «Saca el fuego por debajo de la ceniza, pues el fuego, la brasa, no está apagada». Es posible que este consejo pueda ayudarnos; este fuego, que es la familia, el matrimonio, hay que cuidarlo. Este fuego, esta brasa, a veces se tapa con la ceniza del cansancio, del desencanto, del miedo, de nuestros pecados, pero el fuego no está apagado. Este es un desafío para este tiempo: sacar la ceniza del fuego.

Por otro lado, nuestras familias tienen el desafío del compromiso y la esperanza. «No te avergüences del Evangelio». ¿Cuántos de ustedes no se están contentando con acobacharse (¿así hablan los argentinos para decir 'ponerse a resguardo'? ¿Cuántos no se están conformando con sentarse tranquilos, guardando el compromiso y la esperanza? Sabemos que no hay compromiso sin esperanza y, si no hay esperanza, nadie se compromete (pensemos, por ejemplo, en el noviazgo). La esperanza es una virtud y una categoría típicamente cristiana; los griegos, que no esperaban nada, tenían el ideal de la inmovilidad; el tiempo era siempre lo mismo y, por consiguiente, no se desesperaban: quien no espera, no se desespera.

La familia, en su generar vida, apuesta por la esperanza. La esperanza sale de la idea de que estamos caminando hasta los cielos y la tierra nuevos; estamos caminando en un tramo del camino que terminará en la eternidad definitiva. La familia apuesta por la esperanza, versus esta cultura de lo inevitable, de la desesperanza.[1] Cuando se achican los espacios del sueño, de la Trinidad, del significante, tenemos la necesidad de los gritos de la familia a imagen del Cristo, imagen verdadera de Dios, que nos sacude de este aire de rendición, que nos despierta de esta somnolencia, denunciando con el testimonio de la familia la teoría de que no hay alternativas. El hogar es la auténtica trinchera de la esperanza, lugar de servicio. El matrimonio es sacramento de misión, es el hacer real del bautismo.

La familia de la esperanza y del compromiso tiene su domicilio en lo cotidiano. Lo concreto de la familia viviente nos defiende de la indiferencia. Creo que finalmente el objeto de este congreso es defenderse de la indiferencia, pues la familia nos introduce a la conciencia de lo concreto como antídoto de lo abstracto.

[1] Ortega y Gasset J., 1984, *Estudios sobre el amor humano*, p. 15.

Lo propio de la familia es lo concreto de cada día. Familia implica otro modo de entender, concebir, vivir el deseo que se domicilia en lo concreto cotidiano. Así entendemos al Papa Francisco en *Fratelli tutti*, como un nuevo paradigma.

Pero la esperanza hay que pedirla humilde e insistentemente; hay que cuidarla, alimentarla, defenderla, contagiarla. De la vitalidad de la esperanza dependen muchas otras cosas, entre ellas, cómo miramos al futuro. Esto es vital para evitar la crisis de la incertidumbre, tan característica del joven de hoy. Mi generación era de los rebeldes siempre al ataque; hoy es otra cosa. Para mi generación, el futuro no era un problema, era un camino abierto y siempre en mejora, hoy el futuro es problema.

Aunque/sin embargo

El compromiso tiene como fundamento la esperanza, que constituye una misteriosa alegría en el seno de las tinieblas. La clave de la esperanza puede encontrarse en el libro de *Habacuc* 3, 17-18: «**Aunque** la higuera no volverá a echar brotes, ni habrá que recoger en las viñas. Fallará la cosecha del olivo, los campos no darán alimento, faltará el ganado menor en el aprisco, no habrá ganado mayor en los establos. ¡**Sin embargo**, yo en el Señor exultaré, jubilaré en el Dios de mi salvación! Yahveh mi Señor es mi fuerza, él me da pies como los de ciervas, y por las alturas me hace caminar».

Aunque la higuera no florece, sin **embargo**, me alegraré. Con ello en mente, les propongo hacer un ejercicio personal, el del «**aunque** y **sin embargo**»: ¿cuál es tu aunque y tu sin embargo?

- Aunque estoy cansado, sin embargo, seguiré caminando.
- Aunque tengo miedo, sin embargo, confiaré en Dios y en la gente linda.
- Aunque los delincuentes pululan, sin embargo, creeré que la mayoría de la gente es honesta y buena.
- Aunque mi corazón grita ¡basta ya!, sin embargo, me pondría una vez más de pie.
- Aunque la muchedumbre dice «Hay que hacer lo propio y resguardarse», sin embargo, estaré atento a quien me esté necesitando y necesita más que yo.

El Cardenal Martini cuenta de un joven matrimonio que le escribió durante la guerra y que, sin darse cuenta, era fiel a esta fórmula. En la carta, decían: «Aunque estamos destruidos con la casa bombardeada, sin embargo, estamos llenos de esperanza porque en Navidad nacerá nuestro primer hijo». Cuando todos griten «¡Muerte a la esperanza!», vislumbra los signos de la vida.

Bautismo: nueva vida, nueva cultura, nueva modalidad de existir[2]

Este es un tema enorme, extraordinario. Solo pensemos que el misterio de Cristo que nos enseña la Cristología –verdadero Hombre, verdadero Dios– es la proclamación al hombre de que su naturaleza ha sido asumida en una modalidad de existencia libre de aquella necesidad ontológica de su ser que lo lleva a la tragedia del individualismo y de la muerte. Gracias a Cristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, el hombre puede afirmar su existencia como persona, no tanto sobre las bases de las leyes inmutables de su naturaleza, sino sobre la base de la relación con Dios identificado en lo que Cristo, en libertad y amor, posee en cuanto Hijo de Dios con el Padre.

[2] Ortega y Gasset J., *Estudios*, 74.

Esta adopción del hombre por Dios, la identificación de su identidad personal con la identidad personal del Hijo de Dios, es la esencia del bautismo, «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección» (Mt 3,17), y que Pablo sintetiza para nosotros: «Hemos recibido un Espíritu […] de adopción en que gritamos Abba Padre» (Rm 8,15).[3] Lo que es válido para Dios, se da en la Iglesia como válido para el hombre: la naturaleza no determina a la persona, es la persona que hace que la naturaleza exista.

Desde el primer momento tenemos, en los Evangelios, la definición de Dios con los tres nombres, Padre, Hijo, Espíritu Santo; no decimos Apolo, Júpiter o Mercurio, o Mario, José y Hermenegildo, nombres propios, sino nombres que significan relación. Padre. ¿Qué es el Padre?, es Padre en relación con su Hijo, porque genera al Hijo; el Paráclito que procede del Padre, el Hijo existe en relación con el Padre. El Espíritu es enviado por el Padre, procede del Padre. Estos nombres indican relación, no entidades individuales. En las Escrituras de Dios, la única definición de Dios es que Él es Amor. El amor no es una calidad moral, no es una calidad de comportamiento de Dios, es una definición de la modalidad de su existencia: es Padre, Hijo, Espíritu Santo. Es trinitario, es libre, existe por su voluntad, porque el Padre ama al Hijo y lo hace nacer, y de Él procede el Espíritu Santo: para dar una respuesta positiva a su amor realiza su amor como hipóstasis concretas. La encarnación del Hijo indica que es tan libre de su divinidad que puede existir como un ser humano, libre de su naturaleza/esencia humana porque es libre de la necesidad que domina la realidad humana: y resucitó de entre los muertos.

El oriente cristiano añade que el amparo de la unidad de Dios no es la unidad de la naturaleza, sino un principio personal: el amor del Padre, que genera una comunión inquebrantable entre las tres Personas. Esto significa que la alteridad no es un atentado a la unidad, sino su supuesto.

San Atanasio, en su primer discurso contra los arrianos, se pregunta: «¿Es posible que Dios “en algún momento” existiera sin su Hijo?».[4] Dios es Padre, aspecto para entender la expresión «en algún momento» en sentido no cronológico, sino teológico. El ser de Dios es relacional: sin la relación entre el Padre y el Hijo, la perfección y la plenitud de la sustancia divina del Padre Dios será borrada;[5] es la relación entre el Padre y el Hijo la que hace que Dios sea la verdad eternamente en sí mismo. Y el Espíritu Santo es Dios que genera la vida nueva en la Iglesia, en nosotros los bautizados. El Padre es amor: genera el Hijo y nos proporciona el Espíritu, su ser Dios se identifica en generar al Hijo y en proporcionarnos al Espíritu Santo.

Ninguna persona puede ser distinta sin ser en relación. La comunión aquí no amenaza la alteridad, más bien la genera. La persona es una identidad que emerge a través de las relaciones, es un «Yo» que existe solo en la medida en que se relaciona a un «Tu» que afirma su existencia y su alteridad.

No hay un tratado de antropología sobre el hombre nuevo, sino es la vida de los santos la que nos enseña qué es el hombre nuevo. Qué bueno que la Iglesia está descubriendo la santidad en la vida familiar, de parejas (los padres de Teresita del Niño Jesús, los Beltrame Quattrocchi, los Bernardini, los padres de Thomas Choe Yang-eop, en la Corea del siglo XIX, muertos mártires y canonizados), y tenemos la santidad de los vecinos, de la puerta, al costado.

---

[3] J. Zizioulas, *Being as Comunion*, 57.
[4] Atanasio, *Contra Arrianos*, I, 20, 26, 54.
[5] Atanasio, *Contra Arrianos*, I, 20.

La familia en sí misma pertenece a la existencia según la naturaleza. Sabemos que también en el mundo animal hay familias, incluso los pájaros y los peces tienen familia.
Así que la familia expresa la forma de existir de los seres vivos, es algo que pertenece a la naturaleza de la creación.
Pero, según nuestra fe, según nuestra tradición cristiana, no es así, porque por el bautismo los cristianos recibimos una vida nueva, una vida no según la existencia de la naturaleza, sino según una vida que pertenece a Dios, quien nos da en participación su forma de ser.
Para nosotros, los cristianos, la familia es la expresión de un sacramento, el matrimonio. Y esto cambia totalmente su significado, porque un sacramento siempre implica transformación. Es adentro de la vida natural donde el Espíritu Santo realiza la transformación del modo de existencia, y lo hace transfigurando la vida natural, no negándola, sino asumiéndola y transformándola, porque la primacía ya no es de la naturaleza, sino de la relación.
Me parece importante subrayar la novedad de la familia según la Iglesia, según el bautismo, según la vida en Cristo, según el hombre nuevo. Es muy fuerte que el hombre y la mujer, a través del sacramento del matrimonio, se injerten en la unidad del Hijo de Dios con la humanidad, con la Iglesia. Nunca más Cristo sin el cuerpo, sino que es el cuerpo de la gloria, el cuerpo resucitado. El matrimonio es, pues, partícipe y signo de esta unidad indisoluble e inquebrantable entre Dios y el hombre.
Nikolai Berdjaev, en este contexto histórico nuestro, tiene realmente algo grande que decir. Una vez escribió que, en las tradiciones cristianas, el matrimonio aún no ha sido explorado, porque lo hemos cubierto demasiado rápido con la familia, pero según la naturaleza.
Para nosotros, los cristianos, la familia es la expresión de un sacramento y, por consiguiente, tiene una dimensión eclesial, por lo que es inseparable de la Iglesia. En ella, el vínculo de la sangre no puede competir con nuestra participación en la sangre de Cristo, aunque sea fácil que gane la sangre según la naturaleza, y no la sangre de la Eucaristía.[6] Nuestros padres nos dieron la sangre, cierto, pero nuestra sangre no es la de los padres. En cuanto nos la dieron, nuestra sangre ya no es suya; mientras, nos alimentamos de la vida, es decir, de la sangre de Cristo que se hace nuestra.
La familia para los cristianos es, pues, expresión del sacramento y de la eclesialidad, y nos hace ver en este mundo cómo vive el hombre cuando está unido a Dios. Se convierte en una expresión de la divino-humanidad de Cristo.

Bodas de Caná

Por los textos sapienciales sabemos que el vino es lo que da sabor a la vida, porque el vino es el amor que contiene el sentido de la existencia humana. Así, en el episodio de Caná, cuando María dice «Ya no tienen vino», está diciendo a Jesucristo «Estos son esposos, pero ya no tienen Amor».
Y como la relación entre Dios y el hombre se veía en la imagen hombre-mujer (basta pensar en el *Génesis*, el *Cantar de los Cantares* y en el profeta Oseas), de este pasaje se desprende que la relación entre el hombre y Dios está agotada, es decir, ya no se vive, ya no se funda en el Amor.

[6] Nicolás Cabasilas dice «somos verdaderamente consanguíneos con Cristo».

De hecho, la tradición patrística ve en las seis tinajas la ley de Moisés que debía servir para la purificación. Pero las seis tinajas se encuentran vacías; además, son de piedra. Así, en el episodio de las bodas de Caná se produce prácticamente un paso enorme en la relación entre el hombre y Dios: se acaba una relación basada en la ley que viene de fuera y que progresivamente se ha leído y entendido de forma moralista, y se manifiesta una nueva relación entre Dios y el hombre, que es una relación entre el Padre y el Hijo en la que participan todos los que hacen suya la vida del Hijo.[1]

A veces, en Italia, se habla de «proyecto de familia», mi proyecto es tener un hijo, dos hijos; pero familia es mucho más que hacer proyectos e implementarlos. La Trinidad, la vida nueva, la vida de la familia es muchísimo más que un proyecto. Familia es generar vida, cierto, biológica, pero psicológica, emocional, social, cultural y espiritual; por eso no hay que tener miedo a los sueños grandes, y a la vez no descuidar los pequeños detalles. Una doble tentación: miedo del sueño grande y descuido de los detalles. La utopía de una familia, así como parece desprenderse de algunos documentos de la Iglesia, es el sueño posible en los detalles. La utopía de una familia, así como parece desprenderse de algunos documentos de la Iglesia, es el sueño posible en los detalles. Sueño grande, cuidado de detalles, para una nueva familia, que pasa por la sonrisa, el buen humor, la delicadeza de tratar y de servir, por los gestos escondidos e irrelevantes, una llamada por teléfono, entre otros. Hay olvidos que son criminales,

delicadeza de tratar y de servir, por los gestos escondidos e irrelevantes, una llamada por teléfono, entre otros. Hay olvidos que son criminales, hay olvidos nuestros que pueden ser dañinos, o al contrario: pequeños gestos salvadores. La mano apretada en el momento de dolor. Agradecer el sueño grande y los pequeños gestos (tenemos, así, el texto de Mt 5, de las bienaventuranzas –los sueños grandes–, y Mt 25, los detalles de los gestos pequeños de la cercanía, la proximidad, los criterios del juicio final, el cuestionario que siempre nos juzga).

Familia y misión

Ya desde los primeros momentos del encuentro de una pareja, la familia es don, es decir, en ella se da la proximidad/cercanía, la comunicación y la personificación.

Lo primero se refiere a sentirse afectados por el sufrimiento, «nos duele el dolor de los dolidos», sentirse no indiferentes al grito de los inocentes, ni al clamor de la fragilidad, pues la familia apuesta por la cercanía que familiariza con el riesgo.

La personificación se refiere a cómo la familia nos enseña a poner la mirada en el náufrago, y no tanto en el naufragio. Somos importantes en nuestra individualidad, somos importantes a los ojos de Dios, somos importantes para ser atendidos. No necesitamos de sondeos de opinión, a Jesús no le importaban las

[7] AL 73. «El don recíproco constitutivo del matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo, que establece la alianza fundamental de toda persona con Cristo en la Iglesia. En la acogida mutua, y con la gracia de Cristo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y además reconocen como elementos constitutivos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia. Ahora bien, la fe permite asumir los bienes del matrimonio como compromisos que se pueden sostener mejor mediante la ayuda de la gracia del sacramento [...]. Por lo tanto, la mirada de la Iglesia se dirige a los esposos como al corazón de toda la familia, que a su vez dirige su mirada hacia Jesús» [65]. El sacramento no es una «cosa» o una «fuerza», porque en realidad Cristo mismo «mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos (cf. *Gaudium et spes*, 48). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros» [66]. El matrimonio cristiano es un signo que no solo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia en la Alianza sellada en la cruz, sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos. Al unirse ellos en una sola carne, representan el desposorio del Hijo de Dios con la naturaleza humana. Por eso «en las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero» [67]. Aunque «la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia» es una «analogía imperfecta» [68], invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales.

las estadísticas; si falta uno, la cuenta no sale y la grey se para, el uno por los noventa y nueve. La gente no existe, existen las personas con un nombre, con un rostro, una conciencia, un ideal, unos sueños, una edad. Familia no es multitud, son personas. La «gente» es un recurso de la ideología, de derecha o de izquierda. A las ideologías no les importan las personas. ¡Cuántas estadísticas durante esta pandemia!, pero cada enfermo, cada muerto es uno. Buscar a la persona en medio de la familia; el valor como individuo: eso es lo que nos enseñan los Padres de la Iglesia, sobre todo los capadocios (Basilio, los dos Gregorio, Juan Crisóstomo) cuando desarrollaron la teología de la Trinidad. No perder la porción de humanidad que la persona pierde en su relación con el pro-medio, con el todo de la comunidad. Esto se aprende en la familia, imagen de la Trinidad.

La Trinidad es resistencia al proceso de masificación, la familia es la defensa contra este proceso cultural, social, tecnológico; por ello, es imagen viviente de la Trinidad. Es el pequeño mundo que nos rescata del mundo grande al que no le importan los individuos.

En la familia se aprende que las cosas cuentan menos que las personas. Y la Trinidad no solo nos enseña que cada uno tiene un nombre, también nos enseña el culto del rostro. En Grecia se llamaba a los esclavos con un término interesante: *a-prosopos*, es decir, sin persona. El esclavo es un «sin persona». El cristiano es hijo de Dios, es imagen y semejanza de Dios, ¿pero de cuál Dios? Del Dios Trinitario, en tres personas. *Prosopon* es persona. Eso recuerda que uno de los castigos más fuertes que Dante coloca en el infierno es poner de espaldas a los condenados, cuya pena es la privación del rostro del otro.

La Trinidad nos enseña el culto del rostro. Camilo decía a los enfermeros y médicos de su hospital: «más alma en las manos», somos vulnerables, no somos como empleados irreprochables, somos más bien sanadores, aunque heridos. La familia nos enseña a casarnos con la realidad, a tener corazones apasionados. Un corazón solitario es un corazón no apasionado, no es un corazón.

San Alberto Hurtado (jesuita chileno) hablaba de una trilogía de personas que pueden ser útiles para el riesgo que asume una familia imagen de la Trinidad. Esa trilogía aglutina, en el servicio, lo siguiente:

- la capacidad de soñar, de los utópicos;
- la eficacia de la organización, de los realistas;
- la alegría, de los niños.

Las exigencias que la Iglesia pide a las familias y a la vida familiar, y que brotan de la dimensión divino-humana del matrimonio, son: la fecundidad, la fidelidad, la comunión de la vida para siempre, ser pequeña iglesia doméstica, imagen de la Trinidad. Estas exigencias son muy elevadas, muy nobles y dignas, pero se enfrentan con una realidad complicada, con el pecado, que genera una especie de brecha. Esto es lo que Ignacio llamaba el «*magis*», el «más» que se encuentra entre el llamado a ser y la realidad. Familia es la capacidad de enfrentar sin miedo situaciones y exigencias que de verdad nos sobrepasan, que nos desbordan, desbordan la capacidad personal mía y de los demás. Lanzar el corazón más allá del obstáculo, sentirse desbordados.

El «más» es la obra de Dios en y con nosotros, es la acción de la gracia.

Quisiera terminar con unas palabras de un poeta anónimo:

No te rindas, aún estás a tiempo de alcanzar y
comenzar de nuevo,
aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje, perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo, correr los escombros
y destapar el cielo.
No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme, aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda y se calle el viento.
Aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus
sueños.
Porque la vida es tuya y tuyo también el deseo,
porque lo has querido y porque te quiero,
porque existe el vino y el amor, es cierto.
Porque no hay heridas que no cure el tiempo.
Abrir las puertas, quitar los cerrojos,
abandonar las murallas que te protegieron,
vivir la vida y aceptar el reto.
Recuperar la risa, ensayar un canto,
bajar la guardia y extender las manos,
desplegar las alas e intentar de nuevo.
Celebrar la vida y retomar los cielos.
Porque cada día es un comienzo nuevo,
porque esta es la hora y el mejor momento.
porque no estás solo, porque yo te quiero.
(Guillermo Meyer)

Ya vuelve el vino de Caná, que es el mejor vino, o sea el amor.

Aconseja San Juan de la Cruz:
con ojos altos,
manos juntas y
pies desnudos que tocan la realidad.

Tender «los ojos al cielo», mirar a la Trinidad, el «más», el *plus*, que es Dios-Trinidad, el *plus* de la buena palabra, el paso **más** largo de mi pierna.

Sábado 11 de Diciembre
Ponencia 1: Cardenal Celestino Aós
El matrimonio, proyecto de Dios, fruto de la gracia y vocación de fidelidad y gratitud: ¿Cuáles son las patologías y fragilidades que amenazan a la familia?

Padre todopoderoso, que deseas la felicidad de todos los hombres, recibe con tu acostumbrada bondad a estos hijos tuyos y a todos los aquí reunidos. Acoge nuestras plegarias en este lugar de tu presencia, y mueve nuestros corazones a permanecer siempre en el camino del amor que nos enseñó tu Hijo Jesucristo que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

1. El matrimonio y la familia: camino de (in)felicidad

Luces, flores, música, vestidos nuevos, todo invita a la alegría en la celebración de un matrimonio. Y desde la alegría del corazón de estos familiares o amigos participantes surge una oración deseando y pidiendo por ellos: que sean felices, que perseveren en su matrimonio, que tengan una vida larga y feliz, así como una familia hermosa. Y constatamos y confesamos: el primer interesado en ello es Dios (¡oh, Dios, que deseas la felicidad de todos los hombres!). Dios desea mi felicidad, aunque a veces me cueste creérmelo y confesarlo. Y el camino de la felicidad es el camino del amor que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo.
Hay una motivación que nos impulsa: actuamos para realizarnos, para ser felices. Algunos de quienes se unen en matrimonio, o quien establece una

amistad, se dice y nos dice: «Este hombre, esta mujer me hará feliz». Y por ahí no hay futuro: es camino de fracaso. Los demás nos ayudan, pero solo
Dios puede hacernos felices. Nos casamos para vivir y dar gloria a Dios. Conflictos hay: «¿De dónde proceden las peleas y riñas que se dan entre ustedes? ¿No es precisamente de sus deseos de placer que luchan en su interior? Ustedes codician y, como nada obtienen, entonces matan; envidian, pero como nada logran, no cesan de reñir y pelear. Nada obtienen, porque no piden. Piden y no reciben, porque piden mal, con la intención de satisfacer sus deseos de placer» (*St* 4, 1-3).
Confundimos la felicidad con la quietud cuando estamos inquietos, con el calor cuando tenemos frío, con la compañía cuando sentimos soledad, con el acto sexual cuando estamos excitados, con el dinero cuando sufrimos penuria… Pero ese equilibrio que nos hace felices se ve de inmediato sometido a la fuerza y la tensión que buscan el desequilibrio, y entonces, cuando estamos en quietud, la felicidad es la acción; cuando tenemos calor, la felicidad es el frío; cuando estamos en compañía, anhelamos y buscamos la soledad. Ayer se vio en este Congreso la cara luminosa y maravillosa del matrimonio y la familia cristianos, la unión y el b amor conyugal como signo e imagen de la relación entre el Hombre y Dios, y testimonio del Evangelio en el mundo. A mí me toca hoy abordar esta parte más brumosa, oscura incluso, de las patologías y fragilidades que amenazan a la familia.
Es cierto que la familia se ve atacada desde afuera con la tragedia del divorcio, leyes que la menoscaban, con la presentación sesgada y haciendo ridículo y burla de ella en los medios de comunicación, con chistes, entre otros. Y nosotros ahí tenemos poder porque tenemos nuestro voto para elegir o no elegir a quienes van a atacar aquello que considero un valor.
Pero en esta ocasión quiero referirme a lo que está al alcance de todos: a los interiores de nuestro propio matrimonio y nuestra propia familia; a los ataques que le vamos propinando día a día hasta debilitarla y dejarla vacía de contenido o, simplemente, liquidarla. En mi opinión es aquí donde daremos la batalla por la familia: cuando nuestras familias sean mejores, con mayor generosidad, alegría y vitalidad, los demás se sentirán atraídos y buscarán imitarnos.
Proyecto de Dios, fruto de la gracia y vocación de fidelidad, el matrimonio y la familia son obra humana. Como toda obra humana, tiene limitaciones y deficiencias, y como toda obra de santidad tiene al acecho la tentación y el pecado. El matrimonio implica morir al individualismo para vivir para otro; para gloria de Dios necesitamos unirnos a la Cruz de Jesucristo. El matrimonio implica tener siempre muy claro que no podemos reducir a la persona a su cuerpo, ni su cuerpo a su sexo. Deberemos precisar a qué matrimonio y familia nos referimos. Dios quiere nuestra felicidad y tiene su proyecto al llamar a la vida a cada uno como varón o como mujer. Y quiere su felicidad cuando le da a usted la vocación al matrimonio. Sin entrar en discusiones teológicas, filosóficas o culturales, tomo las palabras del Papa Francisco para encuadrarnos en esta reflexión: «En el proyecto originario del Creador, no es el hombre el que se casa con una mujer, y si las cosas no funcionan, la repudia. No. Se trata de un hombre y una mujer llamados a reconocerse, a completarse, a ayudarse en la vivencia del matrimonio». «Esta enseñanza de Jesús es muy clara y defiende la dignidad del matrimonio como una unión de amor que implica la fidelidad. Lo que permite a los esposos permanecer unidos en el matrimonio es un amor de *donación recíproca sostenido por la gracia de Cristo*», subrayó el Santo Padre.

Igualmente, constata el Papa Francisco, «La fidelidad es el propio ser del amor de Jesús». Y el amor de Jesús por su Iglesia es fiel. Esta fidelidad es como una luz para el matrimonio. La fidelidad del amor *siempre*; siempre fiel, pero también siempre incansable en su perseverancia. Es como el amor de Jesús por su Esposa. Tantas veces Jesús perdona a su Iglesia y, de igual manera, también la pareja se pide perdón y, así, el matrimonio avanza: «La vida matrimonial debe ser perseverante, debe ser perseverante. Si no el amor no puede avanzar. La perseverancia en el amor en los momentos bellos y en los momentos difíciles, cuando hay problemas, problemas con los hijos, problemas económicos, problemas por aquí, problemas por allá. Pero el amor persevera, va hacia adelante, siempre buscando el resolver las cosas para salvar la familia. Perseverantes se levantan cada mañana, el hombre y la mujer, y sacan adelante la familia» (catequesis, 2 de junio). Así nuestra enseñanza, mientras algunos quieren un matrimonio que sea una unión más flexible y solo temporal.

El matrimonio ya es familia; o sea, «Familia es un grupo de personas llenas de defectos, que Dios reúne para que convivan con las diferencias y desarrollen la tolerancia, la benevolencia, la caridad, el perdón, el respeto, la gratitud, la paciencia, el derecho, el deber, los límites, en fin, que aprendan a amar, haciendo por el otro lo que les gustaría que hicieran por sí mismos.

Sin exigir de ellos la perfección que aún no tenemos. No nacemos donde merecemos sino donde necesitamos evolucionar» (mayo de 2017). ¡Que aprendan a amar! Y sabemos que, en el amor, y no en otra cosa, radica la felicidad. Ilusionarnos con un matrimonio o con un amor que no sepa de limitaciones, de sombras, de esfuerzo y sufrimiento es entrar en un error que el psicólogo debe desnudar y eliminar desde el comienzo. Ninguna relación es perfecta; las personas nos equivocamos. No esperes a vivir sin penas ni aflicciones para disfrutar la felicidad; la felicidad es tarea y fruto de hoy, de ahora mismo.

Relación humana es el vínculo que se genera entre personas y puede referirse a interacciones espontáneas o vínculos permanentes. Ninguna relación es perfecta todo el tiempo. Al inicio de la relación de amistad o del matrimonio ambas personas se sienten bien la mayor parte del tiempo. Las relaciones son inestables. Hay que desarrollar habilidades para relacionarse. Las personas somos sociales por naturaleza, no basta con vivir apegados a una proximidad física mayor o menor. Una persona que se rodea de un ambiente de respeto, tolerancia y paz puede desarrollar mejores cualidades de su personalidad; una persona que se rodea de un ambiente de agresión, violencia, mentira y escándalo tendrá más dificultades para desenvolverse.

Las relaciones humanas son vínculos en los que se implican valores; tienen como objetivo el desarrollo del individuo para que este pueda alcanzar una mejor calidad de vida en sociedad. Una relación interpersonal es el modo de relacionarse o vincularse entre dos o más personas basándose en intereses comunes, sentimientos, actividades sociales. Las relaciones humanas son complejas y se fundamentan en el reconocimiento, el respeto, la cooperación, comunicación y cortesía. Resulta clave tener siempre presente que el amor incluye respeto y consideración con el otro; admiración y confianza por la pareja.

Los dos deben hacer un esfuerzo por lograr una atmósfera de comprensión y sincero interés por el bien común; pero si

aparecen distorsiones y no tenemos una actitud crítica sobre estas relaciones maltratantes apenas aparecen, podríamos facilitar y justificar su reproducción. Por ello queremos facilitar las relaciones de pareja, para construir relaciones cercanas, con igualdad y equidad.

Relaciones primarias son aquellas relaciones consideradas dentro del círculo más cercano e íntimo del individuo; se caracterizan por el afecto y la importancia del vínculo. Las relaciones tanto familiares como amorosas son ejemplos de relaciones primarias. Por su parte, las relaciones secundarias son vínculos determinados por la necesidad o utilidad de la relación. Frente a las relaciones, cabe preguntarse: ¿Es posible una relación de amor sin una relación de dependencia? ¿Cómo considerar aspectos normales y patológicos de la relación? ¿El narcisismo, el masoquismo, la agresión?

Un buen ambiente social no es aquel donde no hay conflictos, sino aquel en el que, a pesar de las discrepancias, el individuo logra desenvolverse. Urge educarnos para no ver en el conflicto una señal de fracaso, sino una oportunidad de real crecimiento, porque los miembros de la pareja son diferentes, es normal que haya conflicto. Son diferentes y tienen historias diferentes, y cada uno tiene, además de la familia que está construyendo, otras familias: la mía de origen, la tuya de origen, la que tengo en mi mente como modelo o ideal.

El encuentro de dos personas es el encuentro de dos mundos; y junto a las necesidades de cada uno hay estereotipos y creencias, además de la posibilidad de atravesar un estado de ansiedad permanente, o tener decepciones, depresiones, ira, violencia, pérdida de confianza. Son muchos los factores. Y no siempre es usted el responsable de cómo reacciona o de lo que le pasa al compañero. La vida de cada uno de nosotros es dinamismo; también la relación de pareja es algo dinámico, en incesante cambio que exige constantemente nuevas lecturas, negociaciones y pactos: para uno la distancia puede significar libertad y respeto, pero el otro puede leerlo como abandono y soledad. Organizar y volver a reorganizar la convivencia repartiendo el espacio que se va a compartir, la distribución de las obligaciones y tareas, el manejo de la economía, la relación con la familia del otro.

Hay conflicto cuando uno de los dos intenta cambiar al otro para asemejarlo a él; a veces decimos «Lo mío es más “normal”», es decir, es lo bueno. Hay que hacer ajustes; hay que mantener el respeto y hay que ceder. Los conflictos, muchos o pocos, pequeños o más grandes, son normales, y son ocasiones de crecimiento. Hay un acuerdo: se comprometen para ahora y para siempre, en todo y exclusivamente, a formar pareja. Esto incluye la lealtad, el compromiso, la sinceridad y el cumplimiento de promesas.

2. Matrimonios con enfermos

Nuestra sociedad valora, hasta idolatrarla, la salud, la belleza y juventud físicas. «El enfermo, el no dotado físicamente, quien ya no es joven, no puede aspirar a la felicidad» parecen repetirnos con frecuencia.

Sabemos que hay matrimonios en los que uno o los dos pueden estar afectos a limitaciones, o patologías, o enfermedades. ¿Podrán ser felices? Si ya estaban en esa condición cuando se encontraron y se conocen, si no se ocultaron enfermedades o limitaciones graves, deben organizar su vida en ese marco, y hay que prepararse material, psicológica, moral y espiritualmente.

La psicología ayuda en esta tarea. Y creo que una de las deficiencias de la medicina, de la piscología (¿y no será también de la pastoral?) es no ofrecer, a quien se diagnostica una limitación, un curso o herramientas para vivir. No basta decirle «Usted o su esposo tiene diabetes», sino que hay que enseñarle a vivir con la diabetes, o con el diabético. No es lo mismo una diabetes que una cardiopatía, o una condición celiaca (alérgico al gluten). Y si se atreve a decirle «Mire su carné», que sea para ayudarlo a vivir sus años y no para recortarle las ilusiones. Todos ustedes tienen la respuesta a mi pregunta, y es afirmativa porque conocemos matrimonios o familias con personas enfermas o con capacidades diferentes y que son felices; tan felices que nos avergüenzan a quienes nos quejamos por cualquier carencia o contrariedad. «Yo, ¿de qué me quejo?», nos decimos…

Pero, aunque se casen y se inicie un matrimonio y una familia sana, en el devenir descubrirán o se producirán esas problemáticas; por ejemplo, por un accidente o una intoxicación, ¡o por el coronavirus! Y el ámbito emocional y mental saben de problemas y patología. Además, según nos han dicho, como secuela de la pandemia irá creciendo el número de los enfermos mentales y las patologías y, dado que el virus muta, podrían ser diferentes.

Las estadísticas nos decían que la proporción de personas mayores está aumentando rápidamente en todo el mundo. Según se calcula, entre 2015 y 2050 dicha proporción casi se duplicará, pasando del 12 al 22 por ciento. En números absolutos, el aumento previsto es de 900 a 2,000 millones de personas mayores de 60 años. Los adultos mayores pueden sufrir problemas físicos y mentales que es preciso reconocer.[1]

Los cuadros de patología psicológica más frecuentes son la depresión mayor y el trastorno bipolar, trastorno de ansiedad, abuso de sustancias, esquizofrenia, déficit de atención, hiperactividad y autismo, entre otros.

Los hijos: bendición y exigencia

A la pareja que se inició con dos llegan luego los hijos, con su singularidad y condicionantes; y la preparación nos enseña cuidados físicos y algo, muy poco, de psicología, y nada de espiritualidad. Y vemos que estamos ante un salto gigantesco: de ser esposo/a, a ser padre/madre. Con los hijos aparecen desafíos materiales, de salud, emocionales y morales o de comportamiento, y la psicología nos enseña que cuanto más débil, más vulnerable y más le afectan nuestros comportamientos y los del entorno. No vale escudarse en «Es pequeñito y no se da cuenta»: pequeñito es y por eso le afecta más el aire que contaminamos; pequeñito será, pero absorbe y le afecta la violencia o la frialdad que usted pone en su entorno, el calor del cariño que usted pone en su matrimonio o la frialdad y la violencia con que interactúa.

[1] Más de un 20 por ciento de las personas que pasan de los 60 años sufre algún trastorno mental o neuronal (sin contar los que se manifiestan por cefalea), y el 6,6 por ciento de la discapacidad en ese grupo etario se atribuye a trastornos mentales y del sistema nervioso. Estos trastornos representan en la población anciana un 17,4 por ciento de los años vividos con discapacidad. La demencia y la depresión son los trastornos neuropsiquiátricos más comunes en ese grupo de edad. Estas apreciaciones, generadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS) hace un tiempo, probablemente quedarán modificadas tras la pandemia.

El modo como nosotros recibimos y tratamos a nuestros hijos, y no las peleas de tipo académico o político, ha de ser ejemplo que admire y arrastre. ¿Por qué hay demasiadas proclamas sobre los niños, pero se sostiene el aborto y se mantiene la violencia y el abuso de los menores, entre otros?

«En un matrimonio esta fecundidad puede ser puesta a prueba, cuando los hijos no llegan o son enfermos». En esta prueba, subrayó el Papa, hay parejas que «miran a Jesús y toman su fuerza de la fecundidad que Jesús tiene con su Iglesia». Mientras que, en el lado opuesto, concluía, «hay cosas que no le gustan a Jesús»; por ejemplo, los matrimonios que eligen la esterilidad: «Estos matrimonios que no quieren hijos, que quieren permanecer sin fecundidad. Esta cultura del bienestar de hace diez años que tanto convence: ¡Es mejor no tener hijos! ¡Es mejor! Así puedes ir a conocer mundo, de vacaciones, puedes tener un chalé en el campo, se está tranquilo». Pero quizás sea mejor-más cómodo-tener un perrito, dos gatos, y el amor se va a los dos gatos y al perrito. «¿Esto ocurre o no?; ¿lo habéis visto? Y al final, este matrimonio llega a la vejez en soledad, con la amargura de la mala soledad. No es fecundo, no hace lo que Jesús hace con su Iglesia: la hace fecunda» (catequesis del 2 de junio).

Estamos aquí tocando el primer gran escollo y tentación: no tener claro lo que buscamos, ni de qué hablamos. Y, casi con certeza, si no se tiene claro qué es el matrimonio, tampoco se sabe qué queremos que sea nuestro matrimonio; no está explicitado el proyecto, el programa. Sin ello difícilmente se puede contar con un punto de referencia para evaluarnos, y siempre la insatisfacción nos acompañará porque miraremos más lo que nos falta; o estaremos peligrosamente satisfechos y sin poner atención, por lo que las tentaciones morderán nuestra relación y tantos matrimonios y familias se romperán.

La estructura de la familia está sometida a un proceso dinámico, que cambia según la etapa vital, los acontecimientos externos, etc. La pareja es un todo de interrelaciones entre los dos y con los demás. La pareja puede ser entendida como un yo ideal construido por los dos desde proyecciones, pero replica lo que ambos han vivido. Nos enamoramos de una ilusión, en cuanto a que tenemos una percepción deformada del otro: lo necesito y me ayudará a ser feliz. En ese primer momento priman los sentimientos. Una experiencia de amor es muy vital. El sexo y la atracción erótica, así como el sentimiento amoroso, son fuertes. La relación de pareja va de la atracción a la realidad que se descubre, a lo surreal que lleva a vulnerabilidad e, incluso, a la destrucción. La desilusión es indispensable para el amor maduro. Y algunos sucumben ya aquí y se acaba el agrado, y aun la relación. Ahora la persona comienza a ver al otro «diferente», y se dice a sí misma «¿Me he equivocado?», y puede ir a buscar a otro…

Todas las relaciones humanas están caracterizadas por la agresión y la tolerancia, en normal ambivalencia. La fidelidad va cambiando de forma y etapa. Ambos deben amoldarse por encima de otros impulsos; otros van al «hacer lo que me da la gana y cuando y como me da la gana», o bien, ambos entran en comportamientos destructivos. El inicio de la convivencia, la llegada de los hijos, el cambio de domicilio, enfermedades, duelos, despidos, jubilaciones, ausencias largas, entre otros, nos enfrentarán a la ansiedad, las decepciones, las depresiones, la ira y la pérdida de confianza.

El amor, el matrimonio y la familia son auténticos y permanentes milagros de Dios. Existen matrimonios, y desde ahí, familias, que no se limitan a una convivencia cortés, sino que son sagradas, sacramentos de matrimonio y salvación. Como he dicho, las relaciones tienen problemas y sufren desgaste, pero vale la pena repetirlo: ninguna relación es perfecta todo el tiempo.

Es fundamental que exista entre todos los miembros de la familia una buena comunicación. A través de la familia el niño adquiere elementos esenciales para lograr un efectivo desarrollo mental o emocional; así, la familia es portadora de salud mental. Encontramos familias conflictivas, que viven en un ambiente frío, hostil, con poca relación afectiva, normas rígidas e invariables. Los padres asumen conductas inadecuadas e inmaduras. Recordemos que se ha definido la patología como «una conducta que los demás no toleran»; por ello se habla de trastornos de la conducta.

Toda una rama de la psicología nos insiste en que la familia es la primera generadora de comportamientos o estilos de vida. La manera como la gente se comporte determinará que se enferme o no. Los comportamientos son básicos en salud mental y física. Si introdujéramos cambios en el comportamiento se podrían prever y ahorrar, o minimizar muchos sufrimientos. De esta manera, la familia es vista como agente de promoción de salud mental. Las familias maduras ven el problema de uno de sus integrantes como manifestación de su patología familiar, o bien, consideran que este problema que uno de sus miembros tiene se agrava con la patología familiar.

Convivir con un enfermo

Vivir con un enfermo implica compromisos y obligaciones, así como una fuerte carga emocional: tener a nuestro cuidado un discapacitado o un enfermo nos provoca temor, aunque también puede generar la satisfacción de acompañarlo y ayudarlo. Duele ver cómo la salud y el estado de ánimo de la persona cercana van decayendo; duele verla sufrir. Duele la impotencia de ver cómo avanza la enfermedad y no podemos hacer nada. Surge el enojo y los porqués; duele no poder estar en todos los momentos.

Si la situación es repentina, no da tiempo a la familia para adaptarse; si es progresiva, exige muchos cambios y adaptaciones. Atravesamos un proceso:

1. Crisis inicial: incredulidad, desorganización y angustia.
2. Adaptación: se reparten las tareas en la familia.
3. Terminal: se acepta la muerte como evento inevitable y próximo, se pasa del curar al aliviar, vuelve la crisis a la familia.
4. Nos convertimos en cuidadores a tiempo completo. La vida se hace rutina. Abandonamos todo y todos pasan a segundo plano: hijo, esposo, padres, trabajo, salud.
5. Enfrentamos nuevos retos: aprender curaciones, medicamentos, aseo.
6. Surge el enojo cuando vemos que los otros familiares no hacen nada (solo visitas que a veces incomodan más) y tampoco aportan económicamente.

Las familias o personas cuidadoras requieren que se les ayude con profesionales de la especialidad, porque aparece el estrés del cuidador. Cuando en el seno de la familia hay un enfermo, especialmente un enfermo mental, se trastoca todo. Quizás llegas al momento en

que no puedes y debes internarlo. Fácilmente tendrás sentimientos de inseguridad y culpabilidad. ¿Estamos conscientes de que esto también representa una exigencia y un desafío a nuestra pastoral?

Enfermo crónico

La enfermedad siempre traumatiza. La enfermedad crónica se opone a lo transitorio y agudo. Lo crónico es para siempre, de por vida. El objetivo, en este caso, no es la curación, ni siquiera la remisión de la sintomatología, sino aminorar los síntomas y lograr una buena calidad de vida. El curso de la enfermedad no es rectilíneo, sino que aparecen crisis o agravamientos; no ofrece relajación ni vacaciones, porque empeora o retrocede. Esto impone reestructurar el tiempo: descanso, ocio, trabajo.

Cómo vivir con un enfermo mental

No existe una definición oficial de salud mental, pero podríamos decir que el concepto alude a «un estado de equilibrio emocional, cognitivo y conductual que permite al individuo desenvolverse de manera responsable en su entorno familiar, social y laboral, así como gozar de bienestar y calidad de vida».[2] Es un estado de bienestar por medio del cual los individuos reconocen sus habilidades, son capaces de hacer frente al estrés normal de la vida, trabajar de forma productiva y fructífera, y contribuir a sus comunidades. Cuando se cuenta con salud mental *hay* capacidad de amar, disfrutar, trabajar y tolerar (a sí mismo y a los demás).

La enfermedad mental no afecta solo al que la padece, sino también a su entorno. Numerosas enfermedades mentales suelen aparecer en la adolescencia. La enfermedad mental tiene siempre tintes dramáticos, pues se reduce la autonomía, se presentan obsesiones y descontrol. La complejidad de las culturas, creencias y credos hace difícil cómo y qué considerar como aspectos normales y patológicos de una relación, entre ellas el narcisismo, el masoquismo y la agresión. Como especificamos antes, de cara a los ancianos, las patologías psicológicas más frecuentes son la esquizofrenia, el trastorno bipolar, la depresión mayor, el déficit de atención, la hiperactividad y el autismo.

Por otro lado, también es frecuente que el enfermo no se deje ayudar, y en vez de gratitud tenemos hostilidad y comenzamos a sentir miedo de recibir agresiones. Se va volviendo necesario vigilar que el enfermo no se dañe, provocándose automutilaciones, que deje de comer o asearse, o bien, que llegue al suicidio. Por esto tenemos que proteger al enfermo, y tenemos que protegernos a nosotros mismos.

Algunas enfermedades mentales exponen a los pacientes al abuso, incluso económico, por desaprensivos. Hay tal trasformación con la enfermedad mental que no reconocemos a nuestro familiar al compararlo con la persona que era antes. Cuando esto sucede, es importante no identificar al paciente con sus agresiones, y repetirnos que este no elige libremente realizar esos actos, sino que estos provienen de su enfermedad. Hay que plantearse sufrir lo menos posible: no discutir con el paciente, no estar todo el tiempo encima, y proporcionar el tratamiento médico adecuado. Hacer breves interacciones y no colmarse, que entonces la situación sí podría acabar en abandono definitivo.[3]

Se pierde la razón, el reconocimiento de la realidad, aparece el estrés, la ansiedad, la depresión y el desgano. A veces los

[2] https://www.agifes.org/es/enfermedad-mental/salud-mental

[3] El cansancio, la agresividad, la soledad llevan a veces a que la familia pida internar al enfermo, incluso permanentemente.

enfermos mentales quieren que les sigan la corriente y tratan de manipular; por ello es importante establecer límites y no tolerar situaciones injustas. El amor y el afecto no se demuestran aguantando el dolor: mi responsabilidad es cuidar también mi vida, mi salud, mi bienestar físico y mental. A veces es positivo alejarme durante la crisis y aprender a desculpabilizarme de la situación.

También hay que ayudar a las personas enfermas hasta que ellos te lo permitan. Amar y aprender a amar, ir más allá de lo que la ley o la sociedad hedonista piensan. La familia cristiana vive así, a la sombra, y en el misterio de la Cruz.

Soy el quinto de ocho hermanos, cuatro mujeres y cuatro varones. Nací después de la tragedia atroz de la guerra civil española, cuando iba a terminar la segunda guerra europea, en 1945. ¿Saben qué significa eso? Que vivimos años de exigencia y penurias, de hambre, incluso; además, nosotros éramos una familia pobre. Aquí ante ustedes digo: gracias Señor por mi familia, gracias a mis padres y a mis hermanos.

La mía no era una familia perfecta, porque no existe la familia perfecta, pero sí me educó en grandes valores. ¡Y era mi familia! ¿Por qué digo esto? Porque en los últimos años se pone de moda exhibir a la familia disfuncional. Se presenta la familia, se la censura o ridiculiza como tan imperfecta, tan mala, que es dañina para el individuo y para la sociedad. Se repite que la familia es inestable, carente de armonía, disgregada, un vacío, en vías de extinción. No es verdad. Algunos quieren ver como base de todo trastorno psicológico y desajuste social un trauma. El trauma más grande no es la limitación o la pobreza material, sino los padres o familiares que no desean ni quieren al niño o al enfermo.

3. Matrimonio enfermo

Encontramos matrimonios donde lo que está enfermo es la relación misma; una relación desajustada, enfermiza. Ninguna relación es perfecta, y las personas nos equivocamos; pero hay relaciones verdaderamente enfermas y enfermantes. Todos podemos tener una parte más complicada; logramos controlarla y aun ocultarla en la vida ordinaria. Con la pandemia aparecen y se agrandan problemas que ya estaban en la familia: violencia intrafamiliar, abusos sexuales y físicos, peleas entre hermanos, descontroles emocionales (de los que en ocasiones se pretende que se sienta culpable precisamente la víctima).

Los conflictos son normales en una relación, pero pueden patologizarse. No se reconocen las necesidades y afectos de los otros. El maltrato aparece como la única forma de corregir. La clave es la violencia: agresiones tanto físicas como emocionales; menosprecio, empujones, forcejeos, apretones que pueden transformarse en golpizas. Y en lo psicológico: descalificaciones del aspecto del otro, personalidad, actividades. Familias conflictivas con ambiente frío, hostil, poca relación afectiva, normas rígidas e invariables; conductas inadecuadas e inmaduras.

Como pareja apoyamos al uno, al otro y a rendir más. Ya no soy yo, sino un nosotros. El individuo percibe el grado de satisfacción y de frustración. Y aquí se entiende la satisfacción como sinónimo de felicidad: una persona o un matrimonio satisfecho es feliz.[4]

[4] En cualquier publicación aparecen cuestionarios de felicidad. Más técnicamente tenemos la *Escala de satisfacción familiar por adjetivos* (ESFA, de Carver y Jones, 1992); la *Escala de satisfacción familiar* de Olso y Wilson; y se usa el APGAR fácil para medir los parámetros de familia en adaptación, participación, gradiente de recurso personal, afecto, recursos, y últimamente se añade amistades.

La familia debe trabajar la parte afectiva de sus miembros propiciando espacios de comunicación y cooperación. Envueltos en el barullo, por las comunicaciones de noticias generalmente catastróficas o alarmantes, por la música muchas veces estridente, por la prisa y la programación personalista hallamos aquí un fuerte desafío para la familia actual. Ya en el embarazo hay todo un mundo de relaciones, donde tiene mucho que decir la neurofisiología, pero también la psicología. Esas relaciones influirán más tarde incluso en las relaciones íntimas: pareja amorosa, padre e hijos, colaboradores, etc. Todos somos susceptibles de entrar en una relación abusiva y también de ser víctimas; organizamos nuestras vidas según la capacidad que tengamos de ponernos en el lugar del otro.

Manipulación[5] psicológica

Entiendo por relación interpersonal el modo de relacionarse o vincularse entre dos o más personas basándose en comunes intereses, sentimientos, o actividades sociales. Las emociones juegan un papel importante en las relaciones humanas. Donde hay una relación humana puede ejercerse manipulación. Los dos desean estar juntos, pero siendo ellos mismos cada uno con necesidades diferentes, compaginarlas no resulta fácil. Se quiere controlar al otro para obtener un objetivo o beneficio.

Maltratadores desde pequeños ven normal ese tipo de abuso. Generan patrones de dependencia. Solemos vivir en tensión, compitiendo y agrediendo, descalificando. Sin embargo, la familia debería ser el lugar de la serenidad, sin competencia, sin agresión, pero fácilmente llevamos también la descalificación al interior del hogar.

Es la actitud más dañina. Afecta directamente a la necesidad de seguridad que todos tenemos. Seguridad que se sostiene sobre nuestras propias experiencias, las capacidades y fuerzas que tenemos, y la confirmación que los otros nos dan. Le estamos diciendo al otro que no nos importa, no nos interesa, ni sabemos que existe. La persona descalificada se disminuye, se deteriora la comunicación y se encierra más en sí misma.

El manipulador genera un desequilibrio para utilizarlo a su favor. Hay un ganador: el manipulador; y un perdedor: la víctima. El manipulador tiene un ego insaciable que necesita ser salvado o idolatrado. Él tiene derecho a todo: puede hacer todo; la víctima no tiene derecho a saber lo que hace o a dónde va el manipulador, porque él no tiene obligación de informarle. La víctima no puede hacer sino solo aquello para lo que el manipulador le otorga permiso. Y así, además, aísla más a la víctima del entorno y de sus familiares.

Entre los rasgos del manipulador está el egocentrismo; el manipulador no se pone en el lugar del otro: antepone sus necesidades a las de los demás. Puede aceptar que en algunos aspectos es un poco perverso, pero no tiene capacidad de verse como tal. Buscan su autosatisfacción: entran en contacto con la demás para seducirlos: ¡son brillantes!

Otro rasgo es la falta de empatía, que va hasta reducir al otro a mero medio para satisfacer sus necesidades u objetivos. La persona sin empatía asocia cada acto con una situación de dolor, sufrimiento, humillación. Se interesa por el otro para buscar información, o precisamente para abusar, y se va consolidando el alejamiento de la vida social.

[5] Encierro, en este término de 'manipulación', obligado por el tiempo, la descalificación, el maltrato y el abuso, la perversión, la codependencia y la estafa.

Trata de hacer ver a los demás como que son perversos ellos, los otros. El otro es útil y se le tiene mientras se le necesita. Él no tiene ni usa afectos; ni se interesa por los corazones de los demás. Se va produciendo la negación de la identidad del otro. No tiene escrúpulos, no sufre.

El manipulador también es irresponsable. Se presenta sin moralidad y da lecciones a los demás. Cuando ataca al otro pretende defenderse él mismo, atribuye a los demás una maldad y una perversión que no es sino proyección de la propia. Sabe lo que hace, no asume las consecuencias de sus actos, no cree que es malo aprovecharse de las debilidades ajenas. Va minando la autoestima del otro; pura adulación; en sus labios, el «Me necesitas» hace creer que el vínculo de la dependencia del otro con ellos es irremplazable y es el otro el que lo solicita. Trata de hacer de la víctima un cómplice o hacerlo responsable del intercambio perverso. Claro que hay una excesiva tolerancia de la persona agredida, por lealtad, carencias, o por creer que el otro cambiará. Acepta el papel de redentor del otro, como misión a la que debería consagrarse.

El manipulador es intrigante: crea rivalidades y celos. Critica a todos y a todo el mundo: «si los demás son una inutilidad es claro que yo soy mejor que ellos». Tiene que demostrar que el mundo es malvado, que los otros son malvados, que su compañero es malvado, así llevan al otro a la depresión, y luego le reprochan que está deprimido.[6]

Una técnica de la manipulación es que se cruza un tercero que busca o solucionar *su* problema usando al otro, o busca venganza tratando de destruir la pareja para esclavizar a uno de los que la forman. Comienza sembrando dudas: va repitiéndole «la relación que mantienes es tóxica». Se ofrece a ayudarle demostrando lo mucho que vale y que el esposo/a no reconoce.

Sigue el «bombardeo de amor» (*love bombing*): poemas, llamadas telefónicas, detalles de regalo, etc., pretendiendo ofrecer la imagen de una pareja perfecta: «Conmigo sí que serías una persona excelente; nosotros seríamos la pareja perfecta».

Se pasa luego a la etapa de manipulación para la dominación: acusa a la víctima de mentir o de infidelidad; la descalifica en todo lo que hace, lo cual lleva a la víctima a estar confundida. Se pasa de las atenciones al espionaje, o los celos.

Aplica la «técnica de luz de gas» (*gaslighting*): el maltratador altera la percepción de la realidad de la víctima; hace creer a la víctima que la realidad que vive es falsa, y que eso se debe a fallos de memoria o alteraciones mentales. Repite constantemente «Estás loca, estás perdiendo la cabeza, debían encerrarte». Y él se hace víctima de todo lo que el otro hace. Nunca la víctima tiene razón. La víctima acaba creyéndose que está perdiendo la salud mental, empieza a encerrarse en sí misma. El manipulador negará todo, aunque la víctima tenga pruebas de que el manipulador la traiciona; miente de forma desvergonzada (¡atención a las mentiras a los amigos!) con tal de demostrarnos constantemente que cometemos fallos, uno tras otro.

Se siente insuperable y especial, a él no se le aplican las reglas, demanda trato preferencial. Para demostrar su omnipotencia somete al otro. La víctima tiene que mostrar cierta resistencia al principio para acabar cediendo, así hay victoria.

[6] Pasan con celeridad de un gesto de gran corazón a desaires brutales. Hay que prestar atención a esos altos y bajos muy drásticos, con frecuentes discusiones, e inestabilidad manifiesta en la dupla te quiero/te odio. También es importante observar los ataques de celos y los ataques de depresión. Ellos no son nunca culpables ni responsables. Se defienden en la negación o en la proyección. Agredir a los demás es su manera de evitar el dolor, la pena, la depresión.

La víctima, como no puede creer que el otro es destructor, trata de hallar explicaciones lógicas, ser trasparente, justificarse. Hay víctimas que creen que tienen el poder de comprenderlo, perdonarlo y justificarlo todo. Creen que mediante el diálogo conseguirán soluciones, pero el perverso rechaza el diálogo. La víctima sigue idealizando sus aspectos positivos: es muy inteligente, buen profesional, etc. La víctima se siente sola; sus amistades no pueden imaginar lo que pasa. Se trata de un sujeto que ha cometido la torpeza de dejarse seducir. La separación siempre que se pueda llevar a cabo es asunto de las víctimas y no de los agresores. El agresor se queja de haber sido dañado y pleitea por lo material y por los hijos. Tras la separación, el acoso continúa por teléfono, cuesta demostrar el maltrato psicológico ante la justicia.

Las humillaciones y agresiones se inscriben en la memoria y entre los recuerdos por imaginar, pensamientos, sentimientos, en el día o en la noche.

Es evidente que en este proceso uno va más adelante que otros y, afortunadamente, no todos llegan al extremo que acabo de señalar; pero sí es también evidente que nos hallamos ante una de las fragilidades y patologías de la familia. Alcanzados ciertos hitos nos peguntamos qué queda ahí del matrimonio, de la familia.[7]

El camino de sanación exige, primero, reconocer la violencia; que la víctima reconozca que hay una historia de problemas y que es peligrosa para ella: debe protegerse. Segundo: necesita hablar de lo que la traumatizó. Tercero: casi nunca la víctima reclama venganza. Pide que se reconozca cuánto ha aguantado.

Infidelidad y Síndrome de Fortunata

Tener una experiencia de amor es algo muy vital y de gran plenitud y satisfacción. Nos enamoramos de una ilusión, o sea, de una imagen deformada; solo así renunciamos a una parte de nuestra libertad. Porque todo amor es renuncia a una parte de mi libertad y, si no, es tiranía disfrazada. Nos enamoramos por una carencia o necesidad. Cuando comienza una relación de pareja hay sentimientos fuertes, generalmente gratificantes, de afecto. Hay que avanzar en un equilibrio saludable entre fusión y diferenciación, con lo ilusionado y con lo que se va descubriendo realmente. El amor incluye sentimientos, pero es más que sentimientos. Es frecuente confundir los planos y decir «amor» cuando estamos hablando del sentimiento amoroso. Y los sentimientos tienen su propia dinámica y leyes. Una fase indispensable para pasar a un estado maduro en la relación de pareja corresponde a este tránsito de la ilusión a la desilusión, de lo imaginado a lo real. Se trata de un tramo costoso y, en algunos casos, doloroso y decepcionante: al

[7] El conflicto y el poder son parte de la vida, de la interacción. Pero cuando entramos en la violencia intrafamiliar, los miembros de la pareja se han corrompido. Maltratadores desde pequeños ven normal ese tipo de abuso; generan patrones de dependencia. Con frecuencia se hacen sinónimos el maltrato y el abuso. Tanto en el maltrato como en el abuso hay violencia y perjuicio, pero lo propio del abuso es el poder: fuerza física, edad, posición o jerarquía social. El abusador se aprovecha de esa desigualdad para dañar al abusado. La víctima ni se da cuenta. Se cree culpable, tanto que llega a justificar la violencia física: «Me golpeó porque…». La víctima no solo padece como víctima, sino que siente vergüenza por no saber defenderse. No renuncia porque es incapaz de imaginar que algo cambiará, y se sentirá culpable. Las víctimas son atacadas porque enseñan demasiadas cosas. Hay momentos en que el abusador ya no habla directamente con la víctima, hace gestos, y otros, de modo que la víctima hasta puede llegar a pedirle perdón por lo que haya podido hacer consciente o inconscientemente. O utilizan lenguaje técnico para que la víctima sienta que no entiende, o interprete los sentimientos o intenciones del otro; se burlan de sus gestos, ideas religiosas, opiniones políticas. La ridiculizan públicamente. Hacen alusiones desagradables sin aclararlas nunca. Ponen en tela de juicio su capacidad de juicio, pues hay que decir al otro que no vale nada hasta que se lo crea. Necesitan vencer y destruir al otro para autoafirmarse. Quien abusa presenta su odio como legítima defensa. Comunica a la víctima «Yo soy el único capaz de entenderte»; le aconseja, se compromete a ayudarle, luego se retira… y sigue el juego. A veces importa que la víctima actué contra el victimario para poder acusarla de malvada.

comenzar a descubrir al otro como diferente se cuestiona «¿No me habré equivocado?»; «Lo creía tan caballero y es tan bruto»; «Me parecía tan delicada y es egoísta y vanidosa». A veces, ahí comienza la búsqueda de otro *partenaire*.[8]

Siempre ha habido infidelidades e infieles, pero antes eran conductas o actos repudiables, de los que uno sentía vergüenza. Hoy, la infidelidad, incluso la promiscuidad, se presenta como normal y aun deseable, y no es infrecuente comerciar con ella en reportajes e imágenes. Como que quien es fiel se está atontando y perdiéndose una parte importante del gusto por la vida.

Cuando las experiencias de satisfacción y comodidad en las parejas son demasiado frecuentes nos acercamos a la dependencia: aparece una necesidad constante de consuelo, no hay capacidad de diferir en el tiempo la satisfacción de una necesidad en aras de una recompensa mayor (el dependiente no puede diferir su necesidad en el tiempo, por ejemplo, sacrificarse hoy para ganar una competencia, esforzarse hoy en el estudio para pasar bien el curso, entre otros).

Todo fenómeno de dependencia es un fenómeno disociativo más o menos grave: refugio de la mente, pensamientos particulares, comportamientos repetitivos. Solemos hacer rituales y hábitos personales donde nos sentimos bien: tarareo o pongo mi canción favorita y se van las preocupaciones y se alegra la jornada.

No niego que la pareja desee y busque la felicidad en su relación; los aliento y ayudo. Pero ya es un síntoma si cuando piensas en tu pareja te sientes mal, inseguro, incómodo, disminuido. Está bien desear y buscar a la pareja, pero cuando la convertimos en refugio de nuestra mente, cuando esa búsqueda se hace muy frecuente, tengo un problema: la relación de pareja se convierte en un «nosotros fusional», ya no existe el mundo.

El amor es una decisión, una elección en la que ciertamente hay sentimientos amorosos, pero esa decisión requiere mantenerse, avivarse, acomodarse a las circunstancias y exigencias del momento presente. El amor que va madurando exige cada vez más una fidelidad más honda: ya no se limita a decir «No la golpeé», sino que mira si la trató con cariño; ya no se limita al «No me acosté con otra», sino que mira si se va preocupando también de la vivencia del otro y si no la va reduciendo a objeto sexual. La infidelidad se expresa en acciones sexuales pero que resultan ser síntomas del proceso interior que se vive. El infiel desarrolla un apego inseguro.

En la primera etapa o luna de miel hay una inundación de dopamina (que aumenta la sensación de placer). Sigue la vinculación: ahora es la oxitocina (que provoca el sentimiento de amor, apego, acercamiento y vinculación). Cuanto más tiempo dura la infidelidad, más oxitocina se libera; por eso se mantendrá en secreto. Dicen que no es bueno para el cerebro mantener el secreto: es mejor compartirlo o confesarlo.

Entre los signos de una relación enfermiza cabe mencionar las mentiras, infidelidades, celos, falta de respeto, intentos de controlar a la pareja (dónde está, con quién sale, revisar el teléfono o el correo electrónico, quitarle el dinero, etc.). Los infieles patológicos a veces presentan como justificación el hecho de que no pueden contener sus impulsos (sean sexuales o no).

[8] Mal signo y pronóstico es cuando comienza un doble juego, esperando que el otro se divorcie para que luego venga conmigo. Es mejor que acabe con esa relación, darse un tiempo, aunque haya que pasar por lágrimas y tristezas y depresiones y pérdida de peso, etc., digiriendo ese fracaso o situación para luego comenzar otra nueva relación.

Comienzan las discusiones y las acusaciones se hacen mutuamente, se inician las agresiones verbales y físicas y comienza el ciclo: después de la agresión viene el arrepentimiento del agresor. La agredida no tiene tiempo de ponerse a salvo. Él le dice a ella que reconoce que ha sido injusto y que ya no lo volverá a hacer «nunca más».

Para la mujer es un momento de gran glorificación. Ella acepta la excusa y comienza de nuevo el ciclo. Cuando ella le dice «Te perdono», lo está autorizando a comenzar un nuevo ciclo. Él piensa: «Si ella hubiera tenido razón no me hubiese perdonado. Quizás ella tiene un poco de culpa».

El Síndrome de Fortunata es una condición relativamente anómala que aqueja a algunas mujeres y se manifiesta en conductas repetitivas; no se considera un trastorno psicológico o patológico a pesar de los muchos perjuicios que ocasiona a la persona y a quien sufre la infidelidad. La mujer experimenta un amor muy fuerte hacia un hombre ya casado o comprometido; se convence a sí misma de que su vida no tiene sentido sin ese hombre comprometido al que ama con locura.

Siente que el hombre la prefiera a ella y que acabará con su matrimonio para irse con ella. Hará ella cualquiera cosa que le pida el hombre amado. Hacia la esposa puede sentir desprecio o atracción. Se genera tal dependencia que la afectada considera que no puede sentir nada por otro hombre.

En estas relaciones hay un gran placer en comprobar que se es indispensable en la vida del otro. Placer patológico, pero placer, al fin.

Amoralidad

No podemos vivir en sociedad sin normas acerca de lo que está bien y lo que está mal. La moral es el conjunto de reglas que establecen lo que está éticamente bien y lo que está mal, lo justo y lo injusto; regimos con ellas nuestra vida y tratamos que las personas que nos rodean las sigan. Dichas reglas surgen desde creencias, valores y costumbres y son válidas para una comunidad. Hablamos de una persona o acto moral cuando un sujeto conoce las normas morales y se comporta ajustándose a ellas. Pero hay sujetos que conocen las normas morales y no las respetan; entonces, a lo que va en contra de la moral lo etiquetamos de inmoral.

El inmoral conoce la norma y conoce y se siente responsable porque la ha quebrantado y por las consecuencias que de ello derivan. Gran importancia tiene para el tema que estamos tratando dejar claro el concepto de amoralidad: es amoral quien no conoce la moral (o es un niño); o bien, quien padece una enfermedad mental o su comportamiento está alterado bajo los efectos de una droga. Esa amoralidad que muestra que el sujeto está al margen de lo moral puede darse también como un estado permanente que se manifiesta hasta ocasionarnos miedo y repulsión, con una frialdad que se asemeja a la del psicópata. Es difícilmente detectable y es tan grave que arrastra y daña la relación de pareja y de familia. ¿Es matrimonio, es familia eso?, nos preguntamos. Y ante algunas personas y comportamientos exhibidos en los medios nos cuestionamos si no estamos ante una relatividad moral que más que inmoralidad es amoralidad. Esta pregunta nos surge también ante ciertas legislaciones que nos sorprenden, y que nadie respeta.

Vacío trascendente

La celebración del matrimonio fue una «bendición» solemne y bonita, nada más. Y la vivencia del matrimonio y la familia sigue siendo el mero cumplimento de los reglamentos o manuales de urbanidad. ¡No es poco que sean matrimonios pacíficos!, pero falta la dimensión trascendente, lo cual se notará en la consideración que tengo del otro, en particular en el enfoque de la enfermedad y de la muerte. Estamos para amar al otro, pero hay que tener siempre presente que el amor incluye respeto y consideración con el otro; admiración y confianza por la pareja. Este es uno de los desafíos y problemas más fueres de nuestros matrimonios y familias. Y una gran parte de nuestra pastoral teme adentrarse en estos estadios del amor matrimonial sacramental. Nos perdemos la belleza y quizás no entendemos cómo se mantienen, cómo se perdonan, cómo se quieren a pesar de todo. Y es que hay gracia de Dios, hay vida de amor que va madurando.

4. Con esperanza y en (post) pandemia

Qué regalo tan hermoso la familia en que nacimos, y ninguno de nosotros eligió a su familia. Que misión tan hermosa la que Dios les confía: constituir un matrimonio y una familia. No les pido que tengan una visión ingenua ni ilusa de la familia; les pido que la miren en su realidad. Nuestra familia cristiana no es una simple convivencia más o menos lograda en la alegría; es mucho más. ¿Por qué se la llama iglesia doméstica?

No debemos asustarnos de los problemas y aun de las caídas, pero tampoco hay que banalizarlas; por ejemplo, la sexualidad sigue siendo problema dentro y fuera de la familia, para los adolescentes y jóvenes y también para los adultos ¡y para los que nos llamamos ya ancianos! Hay que ver la vida familiar desde el punto de vista de su capacidad de hacer madurar el amor a través de las relaciones que garantizan la existencia. Respetamos las otras formas de relación humana, los otros lazos y proyectos humanos, pero tenemos claro cuál es nuestro concepto y modelo de familia cristiana.

Requerimos dar una visión positiva de la familia cristiana; no ilusión ni ignorancia, sino consideración en totalidad y profundidad: es el misterio del amor, pero de amor humano limitado y en proceso de perfeccionamiento. Iluminado y traspasado por la gracia. Existen matrimonios, y desde ahí familias, que no se limitan a una convivencia cortés, sino que son sagradas: sacramentos del matrimonio y la salvación. El amor permite al otro ser con afecto y preocupación; la violencia intenta limitar al otro, quitarle libertad.

- No hay dos familias iguales; aunque tengan iguales condiciones y la misma tipología estructural, cada familia es singular.

No debemos olvidar que la realidad de uno no se acaba en lo humano, sino en su relación con Dios. Cada uno debe tratar de vivir la propia vocación y armonizar su camino personal con la vocación de los otros. Y cada familia ha de tener también su propio proyecto y camino: así como en la pareja deben consensuar gestos y palabras que son significativos para ellos y no para el entorno, así cada familia debe crear y organizar su propio código y calendario de eventos y celebraciones. Y dentro del calendario común, han de preparar su propia celebración (por ejemplo, durante la Navidad). El dejarse llevar por la corriente, generalmente por el comercio, deja a la familia complicada y cansada. Nadie puede ser propiedad de otro. Tampoco en la familia o relación de esposos, y entre padres e hijos. Las relaciones sanas se fundan en el reconocimiento, el respeto, la confianza, la comunicación, la cortesía. Hay que cultivar la capacidad de ponerse en el lugar del otro.

Háblele amablemente, sonríale, llámelo por su nombre, sea cordial con su esposa, esposo, o con sus hijos. Considere a los demás y sus necesidades: alégrese de la existencia de los otros, de sus triunfos y éxitos: eso es un buen signo de la salud mental y espiritual.

- Las relaciones son inestables, hay que desarrollar habilidades para relacionarse.

Las personas somos sociales por naturaleza, no basta con vivir apegados a una proximidad física mayor o menor. La pandemia ha provocado incertidumbre, inseguridad, miedo, ansiedad. Y hay temor de que la inseguridad económica pueda generar un estallido y una violencia tan importantes como la que provocó hace poco la desigualdad social. Algunas familias están mejor equipadas para afrontar estas situaciones, pero hay que trabajar todos los días para lograr tal capacidad.

Hay padres que son demasiado permisivos, lo cual también lleva a que sus hijos se sientan mal: el adolescente piensa «No se preocupan de mí, no les importo». Detrás de esa clase de pensamiento se encuentra el sentido de pertenencia.

Frente a las atenciones y los cuidados, a veces los miembros de la familia manifiestan negatividad: a veces ese «Déjame en paz» es una petición de quietud y soledad, de espacio individual, pero al menos el hijo, o la esposa o esposo nos están confesando:

1. Importa: tengo personas en quien confiar que quieren cuidarme y protegerme, me consideran valioso.
2. Me ponen límites para evitar el peligro.
3. Con su ejemplo me enseñan a actuar adecuadamente.
4. Yo los necesito y ellos me necesitan.
5. Puedo hablar libremente de lo que siento, me asusta, etc.

Los jóvenes se quejan de que no encuentran en la familia espacio para vivir armoniosamente sus problemas y expresar su creatividad. Se les hace problema la relación presente-pasado de su propia familia, o se marginan y evaden por mundos electrónicos. Si son parejas jóvenes, con pocos años de convivencia, generalmente con niños pequeños, uno de los conflictos más presentes se da por el modo de organizar su tiempo, labores y actividades sociales. Ambos deben trabajar fuera. Se reduce el espacio de los apartamentos y se amplía la permisividad que sacrifica los valores.

Hay modelos nocivos de familia en la televisión, como sucede con los Simpson. Los jóvenes hablan de *red flags* (banderas rojas): actitud de alarmas o señales. En el caso de los adolescentes, que no pueden hacer lo que les gusta, ni pueden estar físicamente con sus amigos y se sienten aislados y frustrados, hay que fortalecer su toma de decisiones y reconocer sus logros. A todos, el encierro se nos ha hecho más difícil porque estamos envueltos en la inseguridad y en el miedo. Hay una necesidad básica de seguridad. Incluso tenemos familiares que enferman y no podemos visitarlos, que mueren y no pudimos verlos por última vez, ni hacerles el funeral. Nos faltan los abrazos y los besos. Algunos buscaron calmar el miedo y la inseguridad e incertidumbre buscando información, pero encontraron y padecieron mucha información tóxica. La televisión funcionó como vía de escape y evasión en la fantasía, o de apasionamiento por deportes ya realizados, o por un estímulo erótico y sexual que creyendo manejar resultó que nos manejaba. Con la pandemia aparecen y se agrandan problemas que estaban en la familia; las restricciones hacen presión, nos hacen ver cosas que no veíamos o no

queríamos ver: deficiencias en comunicación, no lograr acuerdos en la educación de los hijos, violencia intrafamiliar, abusos sexuales y físicos, peleas entre hermanos, dificultades económicas y discusión por el manejo del dinero, descontroles emocionales en los que el otro se siente culpable. Y si antes nos servía de escudo la queja de que no teníamos tiempo, ahora no tenemos tiempo por el teletrabajo y tenemos demasiado tiempo por las horas obligados a compartir en casa.

Sin embargo, esta ha podido ser una ocasión hermosa para desarrollar el sentido de pertenencia, el trabajo en grupo o equipo, el esfuerzo y sacrificio por los demás, la alegría de la existencia de otros. Ocasión para ver la vida familiar desde el punto de vista de su capacidad de hacer madurar el amor a través de las relaciones que garantizan la existencia. Horas de paz, gozo, intensidad, de silencio (que el silencio también es comunicación). Tiempo para ser generoso: estar dispuesto a prestar servicio, tener consideración hacia los sentimientos ajenos.

Ante los enfermos, los que ya estaban y los que quedan tras la pandemia

Queremos mejores relaciones familiares, porque queremos para nuestros seres queridos la mejor calidad de vida posible. Pero hay que tener serenidad, especialmente ahora en la pandemia, en ese sentido, si debe hacer un sacrificio, hágalo en beneficio de ese enfermo.

Eso sí, jamás los aísle ni margine. Las parroquias tienen mucho que ofrecer y ayudar, pero se nos impone reflexionar qué más podemos hacer, o cómo podemos hacer mejor lo que ya realizamos.

En su propia relación y vida

No juegue a psicólogo o psiquiatra. Cultivar y desarrollar los valores uno a uno: empatía generosidad, comprensión, bondad, humildad, gratitud, obediencia, cooperación. Vaya actuando porque en la repetición de las conductas se crean los hábitos buenos o virtudes: interésese por los demás, sea cortés, salude y hable amablemente, mantenga la serenidad; sea generoso: esté dispuesto a prestar servicio; tenga consideración hacia los sentimientos ajenos.

Modifique los horarios y la distribución de las tareas, tomando en cuenta el teletrabajo y la religión y su vivencia a través de Zoom. Haga lo posible por divertirse y que quede buen recuerdo. (Recuerde que en el camino hacia el abismo también se avanza paso a paso: un insulto, un manotazo o un empujón, un golpe, etc., y lo que inicialmente nos impactaba luego se va normalizando).

En la relación

¿Cómo salir si descubrimos que estamos en prácticas inconvenientes? La terapia de pareja puede ser una salida, pero tomemos en cuenta que este tipo de apoyo trata tanto a la relación, como al sujeto. Además, tampoco debemos confundir la terapia de pareja con el salvar la relación. El objetivo es acompañar a los miembros de la pareja para que aprendan que la necesidad que tienen el uno del otro es algo individual. Nosotros podemos intervenir hacia una mejor relación de pareja o hacia una separación con las menores consecuencias adversas.

Hay personas que al ser heridas comienzan a desconfiar de los demás y adoptan una actitud distinta con el objetivo de no volver a sufrir. Se cierran a todo lo bello que representan las relaciones y se niegan la felicidad.

Cada uno debe asumir su parte de responsabilidad, no solo con palabras; eso implica aceptar la posibilidad de pasarlo mal por un tiempo, sentir la pérdida. La crisis familiar representa momentos de tensión. Durante el cambio se genera ansiedad, inestabilidad, y dificultades en las relaciones entre los integrantes de la familia.

Siempre se aprende del cambio. Seamos misericordiosos porque todos somos aprendices. Celebrar otros logros personales representa una manera positiva de abrir horizontes a la víctima y convencerla de que ella no es culpable ni responsable del abuso físico, verbal o emocional. Cualquier tipo de abuso siempre está mal. El abuso no se produce porque tú hayas hecho algo mal, o porque no has sido suficientemente buena para evitarlo. Tú no eres culpable, aunque quizás actuaste con torpeza al estallar el conflicto.

Hay que reflexionar y analizar qué pasó. Cuidado con el síndrome de la papelera: no extrapolar a la actualidad situaciones pasadas. Tampoco hay que salpicar a otros con tu problema. La relación se fundamenta en el reconocimiento y el respeto, la comunicación, la cortesía, la cooperación. Haz un esfuerzo por lograr una atmósfera de comprensión y sincero interés por el bien común.

Distingue qué es imperfección, desafío, y qué es oportunidad. Si alguna acción o una forma de ser me molesta, puedo pedir que me favorezcan; pero si mi malestar y sufrimiento provienen de la maldad, del pecado del otro, entonces debo reaccionar de un modo diferente: rebelándome. Hay momentos en que todo se complica: hay molestia por no hablarse, pero también el hablarse genera conflictos.

El matrimonio y la familia no son aún perfectos, pero son el lugar donde se aprende a encontrarse con Dios y a servir a los hermanos. Entones, se trata de permanecer en el camino del amor que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo. La psicología propone como ayuda ineludible que los esposos dediquen un tiempo periódico para el intercambio de ideas, comentar los acontecimientos y compartir los sentimientos. Eso mismo debemos hacer con los hijos y otros miembros de la familia.

Señores, mientras nosotros seguimos haciendo reflexiones me queda la pregunta de un casado:

–¿El matrimonio es pecado?

–¡No!, ¿por qué va a ser pecado?

–Entonces, ¡¿por qué me arrepiento tanto?!

Celestino Cardenal Aós, OFM Cap.
Arzobispo de Santiago

Sábado 11 de Diciembre
Ponencia 2: Miguel Cabrejos

Nuncio, querido Monseñor Lino, hermanos en el episcopado y en el sacerdocio y la vida religiosa, queridos fieles. Quiero empezar agradeciendo la invitación que Monseñor Lino me hiciera para compartir con ustedes esta reflexión, justamente en esta Eucaristía en la que agradecemos la inmensa y grandiosa labor pastoral que se ha realizado en esta jurisdicción, tras prácticamente 25 años de una vida entregada a este trabajo de pastoreo en la diócesis, para lo cual tenemos, justamente, este Evangelio que nos habla de Cristo como Buen Pastor.

Esto es algo que tiene relación con el ser y quehacer de Monseñor Lino y de muchísimos de nosotros, en particular en esa sección en la que el mismo Cristo nos propone, estimados hermanos y hermanas, tres enseñanzas que voy a brevemente a explicar.

La primera desarrolla la figura del ‘pastor bueno’, términos que en griego quieren expresar la plenitud del bien, de lo justo, del amor, de la belleza espiritual. El pastor bueno está listo a morir por proteger la grey. Luego aparece en el Evangelio la figura del mercenario. En este sentido, cabe preguntarse a quién se asocia la imagen de lobo, imagen recordada por Jesús cuando dijo «Yo los envío como ovejas en medio de lobos». Más allá de la identificación del mercenario, lo decisivo es la confrontación entre dos actitudes radicalmente opuestas: de un lado está el pastor bueno para quien la grey es su vida y a ella se consagra totalmente; del otro, el mercenario preocupado solamente por sí mismo, pues el pueblo o la grey es, para él, una posesión que utiliza en beneficio propio, explotándola.

La grey que está en las manos de falsos pastores, calculadores y egoístas, prácticamente es arrojada a la ruina. Lo recuerda San Pablo cuando saludaba a los pastores de Éfeso y les decía «Tened cuidado de vosotros y de toda la grey en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios que Él creó con la sangre de su propio hijo. Yo —dice San Pablo—, que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos feroces que no tendrán piedad del rebaño».

Esta es una primera enseñanza de este evangelio que parece maravilloso y bello relacionalmente, pero que existencial o teológicamente es profundo. ¿Cuál es la segunda enseñanza de este evangelio? Se desarrolla al interior de la grey, primero, el pastor; segundo, al interior de la grey, entre pastores y ovejas (o entre pastores y fieles) debe haber una estrecha relación de conocimiento, de cercanía. El Papa Francisco, evidentemente con visión profética, tiene una preocupación por la cercanía. Por eso nos habla de cercanía con la oveja, con los fieles, con el pueblo de Dios.

En el lenguaje bíblico, el verbo ‘conocer’ tiene mucha significación, pues va desde la sabiduría hacia el corazón; desde la comprensión al amor, y del afecto a la acción. Es el verbo para indicar la profunda relación de amor de una pareja de esposos. Una relación de amor entre Dios y su pueblo. Entonces, estimados hermanos y hermanas, entre los fieles y Cristo, entre los fieles y el pastor, es preciso intercambiar una comunión real e intensa que no se debe romper ni siquiera por los errores de la grey, pues se trata de una relación que no es anulada y no debe ser anulada ni por la soledad, ni por el aislamiento creado por las ovejas rebeldes, que siempre las hay.

Encontramos en la *Biblia* el testimonio de Dios Padre que nos dice «Tú serás mi pueblo, yo seré tu Dios. Tú me abandonaras, yo nunca te abandonaré». Es necesario recordar que aun cuando la madre dice que nunca habrá de abandonar a su hijo, puede llegar a hacerlo (aunque esto no suceda ordinariamente), pero Dios Padre nos dice que nunca nos abandonará. Jesús incluso abre un horizonte que se enciende hacia las ovejas lejanas que no pertenecen al primer redil de Dios, interpretado como el pueblo de Israel. El Evangelio establece la apertura de la Iglesia al mundo pagano, llevando la misión hacia los lejanos, hacia todos los hombres de buena voluntad que buscan a Dios de corazón.

El Papa Francisco habla de las periferias territoriales y existenciales; habla de salir, abrir nuevos caminos para pasar más allá de la frontera: ir al desborde del Espíritu. Por ello la Iglesia se esfuerza en la actualidad por caminar sinodalmente, ser un redil abierto a todo el bien que está en el mundo, a todo el bien que está en el corazón de cada pueblo, de cada comunidad, de cada jurisdicción, y a todo el bien que está en el alma y en el

corazón de cada persona. Al final, Él es el único pastor de nuestras almas. Por consiguiente, se trata del modelo del Pastor Supremo, que es Cristo. Cada pastor y cada discípulo de Cristo debemos imitar este modelo y procurar anunciar con su gracia, y ciertamente con su testimonio, la esperanza.

La esperanza debe conducir a la paz y, la alegría del encuentro con Cristo, a la solidaridad con todos, especialmente con los más necesitados y vulnerables. La esperanza jamás será solo para una comunidad y menos todavía para una sola persona. En eso consiste la tercera enseñanza del evangelio, en esclarecer que el objetivo de Jesús al ofrecer su vida fueron todas las ovejas. Así, la reunión de todos los fieles en una sola grey llegará solo a través de la donación total de la Cruz: «Cuando sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí»; es la ley del grano de trigo que debe morir para no quedarse estéril, sino producir mucho fruto. Es la ley de la maternidad, y aquí hay muchas madres de familia que saben que deben pasar a través del dolor estresante del parto para dar la luz a un nuevo ser, a una criatura, un nuevo ser humano. Esta es la ley del amor auténtico e invita a dar la vida por la persona que se ama, como Jesús que muere, pero vuelve a cobrar vida con la resurrección, un principio y plenitud de vida, como hemos escuchado en el Evangelio.

Cada fiel al interior o exterior del redil es importante; cada uno de ustedes, aunque estemos reunidos en conjunto, cada uno es importante para Dios. Cada uno en particular, porque para Dios no existe la multitud, la masa, sino el conocimiento personal de cada uno. Y es el uno el que cuenta infinitamente, como dice otra parábola del Evangelio: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, deja a las noventa y nueve en el desierto y va a buscar a la que se perdió?».

Esto mismo sucede a un padre o a una madre de muchos hijos cuando alguno de ellos fallece, pues los que quedan vivos no pueden llenar la pérdida de aquel que se fue. Ningún otro hijo puede recompensar el abismo de aquel vacío, de aquella vida perdida, comentaba un escritor medieval.

Escuchemos hoy la voz del Pastor Supremo, Cristo, que nos llama. Dejémonos conducir por Él; conozcámoslo en su misterio. No nos dejemos engañar, ilusionar por las voces falsas de los mercenarios. Confiemos solo en Él porque Él ha fijado la mirada sobre nosotros; escuchemos sus palabras de amor; dejémonos salvar por Él, porque Él es vida. Porque Él abriga el corazón y trae la vida, sembrando esperanza en tu corazón, en tu alma, en tu existencia.

Cristo Jesús, a través del Evangelio, nos invita a ser el pastor. Y aquí estamos, Monseñor Lino. También están los obispos, párrocos, sacerdotes y religiosas, padres y madres de familia. Lo menciono porque hay un autor que habla del padre de familia como pastor de su hogar, de la madre de familia como pastora de su hogar. Y es que el padre de familia, el maestro, el responsable de una comunidad deben ser también un buen pastor que conoce, que ama a sus ovejas.

En la tradición religiosa popular existe la devoción a la Divina Pastora. En muchos países, sobre todo en América Central, se celebra con gozo y alegría la devoción de la Divina Pastora. Así como acabo de decir, una madre de familia es la pastora de su hogar, un padre de familia es el pastor de su hogar; una religiosa es la pastora de su comunidad.

En este sentido, la virtud de la ternura debe ser nuestra mejor respuesta. La ternura no es una palabra, un gesto femenino, ni solo de mujeres, ni de niños. La virtud de la ternura debe ser nuestra mejor respuesta.

El Papa Francisco nos dijo que la ternura es el amor que se hace cercano y concreto; es un movimiento que procede del corazón y llega a los ojos, a los oídos, a las manos. La ternura es usar los ojos para ver; usar los oídos para escuchar al otro, para oír el grito de los pequeños, de los pobres, de los que tienen el futuro. Escuchar también el grito silencioso de nuestra casa común, la tierra contaminada y enferma. La ternura consiste en utilizar las manos, los pies y el corazón para abrir esperanza, no cerrar esperanza. San Francisco de Sales afirmaba: «Ten paciencia con todas las cosas, pero, sobre todo, contigo mismo»; y San Felipe Neri decía: «Sé bueno si puedes», y habría que repetir y añadir: «Siempre puedes ser bueno con la ayuda de Dios», lo sé.

Bueno, Monseñor Lino, he querido traer esta reflexión del Buen Pastor porque creo que tú eres un buen pastor, sencillo, dialogante. Hemos trabajo juntos en la Conferencia Episcopal, de la cual fue secretario general dos períodos, por lo cual no conocemos desde muchos años atrás. Buen Pastor, mis sinceras felicitaciones. Te deseo salud y bendiciones en estos 26 años de servicio, y que Dios te conceda muchísimos más, porque al Señor no hay que ponerle límites. Gracias.

Domingo 12 de Diciembre
Ponencia 1: Mons. José Antonio Eguren

Para mí es una gran alegría encontrarme en esta querida Diócesis de Carabayllo participando en este Congreso Teológico Internacional que, bajo el lema «El amor en la familia como expresión de la vida trinitaria», desea celebrar el Año de la Familia junto con su Jubileo Diocesano, al cumplir esta querida Iglesia particular 25 años de su creación.

Mis saludos más cordiales a mi hermano, Monseñor Lino Panizza Richero, Ofm. Cap., Obispo de esta diócesis, así como a todos los señores Cardenales, Obispos, conferencistas y participantes, por las valiosas reflexiones que vienen compartiendo en este Congreso Teológico, reflexiones que estoy seguro contribuirán a profundizar en el misterio de amor que es la familia, porque como bien afirma el documento final de Aparecida, «Creemos que la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad sino una familia. En la comunión de amor de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino».[1]

Inicialmente, esta noche iba a desarrollar con ustedes el apasionante tema de «La Santísima Trinidad, la Eucaristía y la familia».

De hecho, así he redactado y desarrollado mi conferencia, y así estará a disposición de todos ustedes en las actas finales de este importante Congreso Teológico, porque considero que hay una inmensa riqueza de lo que el misterio Trinitario y la Eucaristía pueden «decirle» a la familia y, por otro lado, se encuentra todo lo que la familia puede beneficiarse, sobre todo con este Magno Sacramento, ya que, si la Iglesia vive de la Eucaristía, cuánto más la familia, que es la Iglesia doméstica.

[1] Aparecida, *Documento final*, n. 434.

Pero, conversando con Monseñor Lino, discernimos juntos que era mejor que esta tarde me centrara solo en un aspecto de mi conferencia: «La Eucaristía: fuerza e inspiración para la familia». Por consiguiente, este será el aspecto que abordaré esta noche con ustedes. De esta manera, no los aburriré mucho ni me extenderé demasiado.

Pero sí considero importante decirles una palabra breve sobre la relación entre Trinidad, Eucaristía y Familia. Por eso, a manera de introducción, les diré que, como la Trinidad, la familia es misterio de Amor y comunión. La familia es imagen de Dios Trinidad, y la vivencia de la comunión de personas que ha de darse en la familia encuentra su fundamento y su modelo pleno en la comunión de las personas trinitarias.

Así lo enseña el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris laetitia* cuando nos dice: «El matrimonio es un signo precioso, porque cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se "refleja" en ellos, imprime en ellos, los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros.

También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta.

Y es precisamente este el misterio del matrimonio».[2]

A la vez, nuestro recordado San Juan Pablo II precisa: «A la luz del *Nuevo Testamento* es posible descubrir que el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo, en el misterio trinitario de su vida».[3] Y abundando sobre esta cuestión, añade: «El "Nosotros" divino constituye el modelo eterno del "nosotros" humano; ante todo, de aquel "nosotros" que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina».[4] En conclusión, en Dios, Uno y Trino, encontramos el fundamento de toda familia, y por lo tanto, de toda paternidad y maternidad.

Ahora bien, este misterio de Amor y de comunión que se vive perfectamente en Dios, y que la familia debe alcanzar, se ha hecho «visible» —si cabe la expresión— en el sacramento de la Eucaristía.

Para nuestras familias, la Eucaristía viene a ser como una especie de puerta que nos permite avizorar el misterio del amor Trinitario vivido como comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y al mismo tiempo, la Eucaristía es también el medio que introduce a la familia en tan maravillosa realidad y la ayuda a plasmarla en su propia experiencia.

Efectivamente, la historia de la salvación nos muestra cómo los miembros de la familia Trinitaria actúan en el momento del sacrificio pascual realizando cada uno de ellos una determinada acción.

---

[2] S.S. Francisco, exhortación apostólica *Amoris laetitia* (2016), n. 121. Ver también *Ángelus,* 15-VI-2014.
[3] San Juan Pablo II. *Carta a las familias* (1994), n. 6; ver Ef 3, 14-17.
[4] *Ibid*.

Así, el Hijo vive la entrega sacrificial como donación personal, una entrega que nos ha obtenido la reconciliación.[5] El Padre obra la salvación por medio del Hijo, «a quien entregó por todos nosotros»,[6] y de esa manera expresa su amor, ya que «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna».[7]

El Espíritu Santo, que Jesús enviara junto al Padre,[8] se hace presente en el momento de la muerte de Jesús[9] para transformar a la humanidad y llevar el don de la reconciliación obtenido por el Hijo a todos los hombres de todos los tiempos.

Ahora bien, en la Eucaristía, sacramento que actualiza (*anamnesis)* el misterio pascual, encontramos también la presencia y acción conjunta de las tres personas de la familia Trinitaria.

Al Padre se le dirige toda nuestra oración y el sacrificio eucarístico, ya que de Él procede toda salvación, por eso le decimos: «Padre misericordioso, te pedimos humildemente […] que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos […]».[10]

El Señor Jesús, mediante las palabras de consagración pronunciadas por el sacerdote, se hace realmente presente en el altar y continúa entregándose como alimento que da la vida eterna*:* «Tomen y coman todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes». «Tomen y beban todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por ustedes y por todos los hombres para el perdón de los pecados».

El Espíritu Santo se hace presente mediante la invocación o epíclesis,[11] dirigida al Padre, y por el poder del Espíritu los dones de pan y vino se convierten en Cuerpo y Sangre de Jesús: «Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo […]».[12]

La familia humana está invitada a participar de manera activa en la Eucaristía y, al hacerlo, refuerza su identidad como miembro particular y como comunidad familiar. Magistralmente nos recuerda nuestro Santo Padre Francisco que «Jesús, que reconcilió cada cosa en sí misma, volvió a llevar el matrimonio y la familia a su forma original (cf. Mc 10,1-12). La familia y el matrimonio fueron redimidos por Cristo (cf. Ef 5,21-32), restaurados a imagen de la Santísima Trinidad, misterio del que brota todo amor verdadero».[13]

En el contacto con la Eucaristía, los padres humanos descubren el maravilloso don de la paternidad/maternidad tomando contacto con Dios Padre, que les muestra su vocación de ser «colaboradores de Dios creador en la concepción y generación de un nuevo ser humano», como enseña muy bien San Juan Pablo II, recordando además que «en la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente».[14]

---

[5] Col 1, 21-22: «Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprensibles delante de Él».

[6] Rom 8, 32.

[7] Jn 3, 16.

[8] Ver Jn 15, 26.

[9] Ver Jn 19, 30. El significado de la frase «E inclinando la cabeza entregó el espíritu» es explicado en sentido pneumatológico por Ignace de la Potterie en su libro *La Pasión de Jesús según San Juan. Texto y espíritu*. Madrid; B.A.C. 2007, pp. 127-129.

[10] Plegaria eucarística I o Canon Romano.

[11] Ver *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1353: En la *epíclesis* la Iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición, Cf. MR, Canon Romano, 90) sobre el pan y el vino, para que se conviertan, por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu […]».

[12] Plegaria Eucarística III

[13] S.S. Francisco. Exhortación apostólica *Amoris laetitia* (2016), n. 63.

[14] San Juan Pablo II. *Carta a las familias* (1994), n. 9.

Los hijos (¡todos, absolutamente todos, somos hijos!) están invitados a reforzar su identidad en el Hijo, haciendo suyas las actitudes de obediencia, amor filial y servicio que a lo largo de su vida terrena mostró el Señor Jesús, Hijo de Dios y, también, hijo de María y de José. Y tanto los padres como los hijos, y en general todos los miembros de la familia, han de vivir el amor que, como don de Dios, viene del Espíritu Santo: «porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».[15]

La exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, dirigiéndose a los laicos en general y a las familias en particular, dice: «Han de cultivar (los laicos) el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad. Ánimo de modo particular a las familias para que este Sacramento sea fuente de fuerza e inspiración. El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa se revelan como ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido».[16]

Y el Papa Francisco nos dirá, al respecto, «La Eucaristía dominical lleva a la fiesta (mirada amorosa y grata por el trabajo bien hecho) toda la gracia de Jesucristo: su presencia, su amor, su sacrificio, su hacerse comunidad, su estar con nosotros… Y es así como cada realidad recibe su sentido pleno: el trabajo, la familia, las alegrías y los cansancios de cada día, también el sufrimiento y la muerte; todo se trasfigura por la gracia de Cristo».[17]

Y con estas consideraciones entramos al punto central de nuestra conferencia, «La Eucaristía: fuerza e inspiración para la familia. Concreciones y aplicaciones pastorales», en la que quisiera proponerles algunas ideas prácticas, a modo de concreciones y aplicaciones pastorales que puedan ayudar a vivir la experiencia eucarística del modo más provechoso para las familias que conforman nuestras iglesias. Me apoyo en las dimensiones de la Eucaristía que la tradición teológica ha destacado; en referencia a la Eucaristía como sacrificio, como presencia y comunión.

a) Eucaristía-sacrificio:

Como es sabido, la Eucaristía es el sacramento que conmemora, actualiza el sacrificio del Señor Jesús en la cruz. En la Eucaristía celebramos la entrega de Jesucristo para nuestra salvación y reconciliación, y su triunfo sobre la muerte y el pecado.

Por ello, el Papa Francisco afirma: «La celebración eucarística es más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. “Memorial” no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos».[18]

---

[15] Rom 5, 5.
[16] S.S. Benedicto XVI. Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (2007), n. 79.
[17] S.S. Francisco, *Audiencia General*, 12-VIII-2015.
[18] S.S. Francisco, *Audiencia General*, 05-II-2014.

Pues bien, esto constituye una invitación a nuestras familias —y a todos nosotros— para ver en el sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor una escuela en la que pueda aprenderse el significado de la entrega y el sacrificio, de manera que pueda vivirse la vocación matrimonial y la vida en familia en dinámica de donación, en dinámica de amor cristiano: el único y verdadero amor. La Eucaristía, en lo que re-presenta (hace presente, e.d. memorial o *anámnesis*), educa en el morir a sí mismo para que los demás tengan vida, así como hizo Jesús. Los padres de familia, participando de la Eucaristía, hacen suyos no solo los sentimientos de Jesús, sino también los de Dios Padre que, como enseña San Pablo, «no perdonó a su propio Hijo, antes bien, lo entregó por todos nosotros».[19] Los padres, haciendo suya esta actitud de Dios, deben estar dispuestos a la entrega de sus hijos, si el Señor los llama a una vocación de plena disponibilidad, sea en el sacerdocio ministerial, sea en la vida consagrada.

Resulta fácil constatar que las familias que participan consciente y frecuentemente de la Eucaristía son semilleros de vocaciones, y los padres no tiene mayor problema en alentar y facilitar a sus hijos a responder positivamente a la vocación que estos descubren en sus vidas. Lamentablemente, es también fácil constatar que las mayores oposiciones y rechazo a la vocación de los hijos están en aquellos padres que tienen una escasa o nula participación eucarística, o que no viven hasta el fondo la dinámica que el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor nos plantea. La entrega del Hijo por parte de Dios Padre fue un acto de amor. También los padres de familia, espejos ellos mismos de Dios, de quien brota toda paternidad y maternidad, están llamados a vivir este amor donal.

Jesús, Hijo de Dios y de Santa María, vivió su entrega sacrificial como un acto de obediencia: «Se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz».20 Los hijos, unidos a Jesús-Eucaristía, aprenden la obediencia como actitud fundamental. No solo la obediencia a Dios, sino también la obediencia a los padres. Tal obediencia se expresa de muchos modos, pero particularmente en la honra debida a los progenitores.

Al respecto, el Papa Francisco, dirigiéndose a los hijos, les dirá: «El cuarto mandamiento pide a los hijos —¡y todos lo somos! — honra a tu padre y a tu madre. Este mandamiento viene inmediatamente después de los que tienen que ver con Dios mismo; después de los tres mandamientos que tienen que ver con Dios mismo, viene el cuarto. De hecho, contiene algo de sagrado, algo de divino, algo que está en la raíz de cualquier otro tipo de respeto entre los hombres. Y en la formulación bíblica del cuarto mandamiento se añade: “Honra a tu padre y a tu madre para que tengas una larga vida en la tierra que el Señor, tu Dios, te da”. El vínculo virtuoso entre generaciones es una garantía de futuro, y es garantía de una historia verdaderamente humana. Una sociedad de hijos que no honran a sus padres es una sociedad sin honor; ¡cuando no se honra a los padres se pierde el propio honor! Es una sociedad destinada a llenarse de jóvenes áridos y ávidos».[21]

[19] Rom 8, 32.

20 Flp 2, 7-8

[21] S.S. Francisco, *Audiencia General*, 11-II-2015.

Ver también San Juan Pablo II. *Carta a las familias* (1994), n. 15: «Honra a tu padre y a tu madre, para que ellos sean para ti, en cierto modo los representantes de Dios, quienes te han dado la vida y te han introducido en la existencia humana […]. Después de Dios son ellos tus primeros bienhechores. Si Dios es el único Bueno, más aún, el Bien mismo, los padres participan singularmente de esta bondad suprema. Por tanto: ¡honra a tus padres! Hay aquí una cierta analogía con el culto debido a Dios».

En un tiempo como el nuestro, en que la pérdida del respeto a la autoridad es algo común, resaltar la obediencia como un valor, así como el respeto y obediencia debidos a los padres, aparecen como un aporte para humanizar a la sociedad y el mundo. La Eucaristía nos recuerda que la obediencia es camino de realización, y que Jesús, obedeciendo, dio a su Padre la honra más grande posible, aquella del cumplimiento de su Divino Plan.

b) Eucaristía-presencia:

Mediante su sacramento, el Señor Jesús ha querido quedarse con nosotros, no de manera simbólica o imaginativa, sino de un modo plenamente real.

Nos dice San Juan Pablo II que «La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que —citando las palabras de Pablo VI— "se llama real, no por exclusión, como si las otras (presencias) no fueran reales, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro"».[22]

Pues bien, esto constituye una invitación a las familias para que, así como Jesús en su sacramento se queda con nosotros, ellas también se «queden», permanezcan con el Señor Jesús en su sacramento. La familia está invitada a un encuentro plenificante con Jesús-Eucaristía.

Pienso que a las familias se les puede —y se les debe— aplicar lo que plantea la Conferencia de Aparecida: «La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo.

Con este sacramento, Jesús atrae hacia sí y nos nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo […]. En cada Eucaristía los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística».[23]

El «quedarse» o «permanecer» con Jesús en la Eucaristía adquiere una forma muy concreta y necesaria en el precepto de asistir a la celebración de la Santa Misa los domingos y fiestas de guardar. En este campo, la familia está llamada a ser educadora y testigo.

Los miembros de la familia deben educarse mutuamente para la participación ineludible en la misa dominical, y deben al mismo tiempo ser apostólico testimonio de esta práctica, haciendo suya aquella expresión atribuida a los mártires de África del Norte que desafiaron la prohibición romana de celebrar la misa dominical: «*Sine dominico non possumus*», esto es, «sin el sacramento dominical no podemos vivir».[24]

Resulta, pues, completamente acertado lo que nos dice al respecto la Conferencia de Aparecida: «Se entiende, así, la gran importancia del precepto dominical, del "vivir según el domingo" como una necesidad interior del creyente, de la familia cristiana, de la comunidad parroquial. Sin una participación activa en la eucaristía dominical y en las fiestas de precepto, no habrá un discípulo misionero maduro. Cada gran reforma en la Iglesia está vinculada al redescubrimiento de la fe en la Eucaristía. Es importante, por esto, promover la "pastoral del domingo" y darle "prioridad en los programas pastorales", para un nuevo impulso en la evangelización del pueblo de Dios en el continente latinoamericano».[25]

---

[22] San Juan Pablo II. Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (2003), n. 15. La cita de Pablo VI es de la Encíclica *Mysterium fidei* (1965).
[23] Documento de Aparecida, n. 251.
[24] Ver S.S. Benedicto XVI. Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (2007), n. 95.
[25] Documento de Aparecida, n. 252.

c) Eucaristía-comunión:

En el sacramento eucarístico, el Señor Jesús nos da su Cuerpo como alimento, pero al mismo tiempo nos une a Él, nos hace partícipes de su propia humanidad glorificada. Y así, al unirnos a Su Cuerpo, nos hacemos miembros los unos de los otros.

San Pablo describe esta misteriosa comunión de la siguiente manera: «La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan».[26] Somos uno en Jesús al ser miembros de su Cuerpo, viviendo el misterio de la unión en común (igual a 'común' más 'unión') mediante el amor.

Para la familia, la Eucaristía es una escuela en la que mediante actitudes de sacrificio, de donación generosa y oblativa, de obediencia y de encuentro con el Señor Jesús, se alcanza la comunión de los miembros entre sí, formando una unidad. Así como la Iglesia es comunión, también la familia debe ser comunión de personas por medio del amor. Cuando la familia vive esta realidad se convierte en aquella «Iglesia doméstica» que debe ser como una meta que oriente los esfuerzos de cada familia particular.

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Puebla, México, en 1979, expone con claridad todo esto que venimos diciendo: «En la Eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud oferente, ejerce el sacerdocio común y participa de la Eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así la comunión familiar. Vivir la Eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado».[27]

La comunión que ha de vivirse en las familias se halla amenazada hoy en día. No se puede dejar de considerar el divorcio como un gravísimo atentado, no solo a la unidad de los esposos, sino también a la comunión formada por los padres y los hijos. Pero toda actitud basada en el egoísmo y que lleva a la cerrazón y va en desmedro de la comunión familiar (piénsese, por ejemplo, en la convivencia, el adulterio, en el abandono familiar, en el olvido de los padres por parte de los hijos) constituye un rechazo del amor y debilita tanto a la Iglesia como a la misma sociedad humana. Hay que tener presente que la Civilización del Amor, en cuya construcción todos los miembros del Pueblo de Dios hemos de estar empeñados, encuentra en la familia un punto fundamental.

San Juan Pablo II lo recordaba enfáticamente: «Si el primer "camino de la Iglesia" es la familia, conviene añadir que lo es también la civilización del amor, pues la Iglesia camina por el mundo y llama a seguir este camino a las familias y a las otras instituciones sociales, nacionales e internacionales, precisamente en función de las familias y por medio de ellas.

---

[26] 1 Cor 10, 16-17.

[27] Documento de Puebla, n. 588.

[28] San Juan Pablo II. *Carta a las familias* (1994), n. 13

En efecto, la familia depende por muchos motivos de la civilización del amor, en la cual encuentra las razones de su ser como tal. Y al mismo tiempo, la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor».[28]

Conclusión

El día de hoy ciertamente celebramos el III Domingo de Adviento o de *Gaudete*, que nos invita a estar siempre alegres en el Señor. La alegría cristiana brota de la certeza de sabernos amados por Dios Trinidad y saber que Él nunca nos abandona: siempre nos acompaña con su amor providente, sobre todo en los momentos de prueba y de dolor. Este amor lo experimentamos de manera muy particular en el misterio eucarístico: «Sepan que yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Pero hoy, 12 de diciembre, no podemos dejar de mirar a nuestra dulce Madre Santa María, a quien veneramos con profunda piedad filial en la tan querida por todos nosotros advocación de Santa María de Guadalupe. Ella, es la «Mujer Eucarística», el primer Sagrario o Tabernáculo Inmaculado donde se encuentra el «Sol de Justicia», el «Sol que viene de lo alto», Jesucristo, Salvador y Redentor. Ella es el «Arca Viviente de la Alianza». María de Guadalupe nos trae a Jesucristo-Eucaristía. La flor de cinco puntas (símbolo de la divinidad para los indígenas), única flor que encontramos con esta característica en toda su imagen bendita, impresa milagrosamente en la tilma de San Juan Diego Cuauhtlatoatzin hace casi cinco siglos (1531), está justo encima de su vientre inmaculado.

Cuando Ella se aparece a este humilde indígena le pide que vaya donde el obispo para que le construyan en el cerro del Tepeyac una «casita sagrada» desde donde pueda entregarnos su Amor- Persona, que no es otro sino su divino Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Ella pide su «casita sagrada», en la cual debe estar como centro y razón de existir el mismo Dios, Señor de la vida y de la salvación, es decir, la Eucaristía. Por ello, el culto y devoción a Santa María de Guadalupe y la Eucaristía forman un binomio inseparable.

Queridos hermanos y hermanas: María, la «Mujer Eucarística» por excelencia, es maestra incomparable de las familias. Ella, de una manera única e inimaginable, fue verdadero Templo de la Santísima Trinidad cuando el Verbo de Dios se hizo hombre en su seno purísimo por una acción especialísima del Espíritu Santo en su persona. Ella vivió una vida de familia, cuyo centro era el mismo que hoy se nos da como Eucaristía. De modo extraordinario, Ella vivió la dimensión sacrificial de la existencia asociada a su Hijo al pie de la cruz. Su vida en Nazareth fue de constante presencia ante Jesús, comprendiéndolo y amándolo cada vez más, y aceptando permanentemente el Plan de Dios para su propia vida. Ella, Madre de Jesús y nuestra, sabrá proteger a todas las familias que conforman la Iglesia y llevarlas a un encuentro cada vez más pleno con Jesús-Eucaristía.

Muchas gracias.

---

[28] San Juan Pablo II. *Carta a las familias* (1994), n. 13

Domingo 12 de Diciembre
Ponencia 2: Cardenal Gérald Cyprien

Hermanos y hermanas en la fe: la paz esté con ustedes. Agradezco la amable invitación de monseñor Lino Mario Panizza Richero, obispo de Carabayllo, a participar en este Congreso Teológico sobre la familia. Lastimosamente no me fue posible estar con ustedes para encontrarles en persona y haber disfrutado las reflexiones que han compartido en estos días, en este año especial en el cual el santo padre nos invita a profundizar aún más en los temas que tocan a la familia.

Saludo la iniciativa de la Diócesis de Carabayllo que celebra el año jubilar de sus veinticinco años de fundación. Les pido mucha paciencia conmigo y misericordia, sobre todo porque a pesar de que viví unos nueve años en Colombia como misionero laico y después como presbítero, hace ya más de 20 años que regresé a Quebec, Canadá, y no me expreso tan bien en su hermoso idioma castellano, tal como solía hacerlo en mi juventud.

Me han pedido reflexionar brevemente con ustedes sobre el tema del amor en la familia como expresión de la vida trinitaria y cuál es la misión que ella tiene frente a esta cultura de lo provisorio, y cómo pueden permanecer en la alegría frente a las tribulaciones que se presentan cada día. Quisiera empezar con una pregunta: «¿Dónde estás tú?», esa es la primera pregunta que Dios hace al hombre en la *Biblia.* Desde siempre, nuestro Dios y Creador desea entrar en relación con nosotros; de hecho, a través de la larga historia de la salvación la familia es un tema fundamental que siempre aparece porque el Señor no soporta ver a sus criaturas, a sus hijos, vivir separados de donde está su Creador, a imagen y semejanza de Dios. La revelación bíblica es muy clara: tú y yo no podemos vivir sin Él, pero tampoco Él quiere vivir sin nosotros. Por eso no nos sorprende su pregunta.

Donde está el Dios de los cristianos hay comunión de amor, hay comunidad, hay familia. Lo que llamamos la Santísima Trinidad es nuestro Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Entre las tres personas de la Trinidad existe todo el amor dado, entregado, todo el amor recibido, todo el amor compartido. En su visita pastoral a México, san Juan Pablo Segundo, inspirado, afirmó que nuestro Dios en su misterio más íntimo no es soledad, sino familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia. ¿Qué es el amor, este amor en la familia divina? Es el Espíritu Santo.

«¿Dónde estás tú?», interesante recordar que Dios hace esa pregunta a Adán y Eva después de que pecaran, porque nuestro Dios Padre nunca abandona su proyecto inicial de comunión y gracia, por lo cual siempre nos busca. Nuestros rechazos, incoherencias y alejamientos del camino de la vida y de la gracia no bastarán para que Dios nos abandone.

San Juan nos lo recuerda en su *Primera Carta*: Dios es amor. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo para que, ofreciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados. Queridos, si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

Durante este congreso se ha reflexionado sobre los ideales de la familia y también sobre los desafíos de nuestro tiempo. Qué importante resulta no olvidar que, a pesar de las preguntas complejas que enfrentamos en la sociedad y en la vida pastoral, Dios sigue buscando a todas las familias. Y nosotros como Iglesia estamos llamados a seguir acompañando a las familias de hoy a imagen del peregrino de Emaús, que se acercó, escuchó, compartió la palabra y devolvió la esperanza a los dos discípulos, quienes, con el corazón ardiente, fueron capaces de ser testigos alegres de Cristo resucitado.

Si Dios nos sigue buscando sin rendirse, me parece evidente que es lo que nosotros debemos hacer, entendiendo que las situaciones son complejas, pero no podemos adoptar actitudes o comportamientos que dejen pensar a las familias que encontramos que están fuera del amor de Dios. Es claro que seguiremos proponiendo el ideal de la santidad en la vida familiar, representado en el matrimonio cristiano y la enseñanza de la Iglesia, pero eso no nos da licencia para rechazar o marginalizar a los que aún no están abiertos a la plenitud del proyecto de amor que Dios nos propone. Vale la pena volver a leer el primer capítulo de *Amoris laetitia*, que nos recuerda la vida e historia de muchas familias que encontramos en la Palabra de Dios, poblada de familias, de generaciones, de historias de amor, de crisis familiares desde la primera página –donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia, pero también con la fuerza de la vida que continúa–, hasta la última página –donde aparecen las bodas de la esposa y del Cordero–. El camino de la humanidad, a través de la historia de la salvación, es también nuestro camino.

Como Dios nunca dejó de esperar en la humanidad, así nosotros no podemos desesperar ante las situaciones que encontramos: divorcios que aumentan, familias reconstituidas, monoparentales, y otras realidades deben provocar en nosotros, pastores, teólogos, discípulos de Cristo, la misma actitud de nuestro Padre Creador ante la desobediencia de Adán y Eva. A lo largo de nuestra experiencia de vida familiar encontramos momentos de alejamiento del proyecto de Dios: es nuestra condición humana de pecadores. Pero no debemos olvidar nunca que antes del pecado original estaba el amor original, pues fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Estamos llamados a vivir en comunión con Dios y entre nosotros. La familia es imagen y semejanza de Dios que vive en comunidad, en la unidad, en el respeto y el amor. Por eso es justo afirmar que la vida familiar nos abre a Dios.

Las palabras del papa Francisco en la exhortación apostólica que he mencionado recuerdan que una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria, y el decrecimiento místico es un medio para la unión íntima con Dios, porque las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia son una ocasión para abrir más y más el corazón, lo cual hace posible un encuentro con el Señor, cada día, cada vez más pleno. El dogma de la Trinidad no es una teoría

abstracta: es la expresión de una vida relacional del Dios Uno y Trino, la expresión de nuestra fe, la que proclamamos cada domingo cuando celebramos el Día del Señor con las comunidades cristianas. La teología de la Trinidad no solamente nos revela el rostro de Dios, sino que nos abre a una nueva manera de vivir nuestra vida cotidiana.

Juan Luis Ruiz de la Peña, en su libro *Imagen de Dios*, escribe que en *Gaudium et spes*, números 12 y 22, al referirse a la dignidad de la persona humana, se fundamenta el respeto al ser humano precisamente en esta verdad revelada del hombre como creación divina, la cual indica la vocación del hombre. El papa Francisco, en su exhortación apostólica, menciona que una comunión bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria, y el decrecimiento místico es un medio para la unión íntima con Dios, porque las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia son una ocasión para abrir más y más el corazón, y eso hace posible un encuentro con el Señor, cada día, cada vez más pleno.

Precisamente en esta verdad revelada del hombre como creación divina se indica que la vocación del hombre es ser agente de Dios, un ser personal y social, relacional, siguiendo el llamado a asociarse y vivir en y entre comunidad de personas, siendo la primera la compuesta por un hombre y una mujer. Dios nos ha creado como seres para la comunión, y el amor es lo que nos define, nos llena y nos permite cumplir nuestra misión en la tierra. Esta es nuestra fecundidad: la vida en familia es el lugar más cercano, más tangible y donde se puede admirar la calidad de un amor vivido concretamente.

Juan Martín Velasco tiene unas páginas de inmensa belleza en las que relaciona el encuentro con Dios en Jesucristo y su humanidad. El cristiano que hace suya la vida de Jesús y en Él se encuentra con Dios, hace de ese encuentro un estilo particular que da lugar a la vida cristiana. Este estilo de vida baña toda la existencia en el clima de la confianza y la libertad interior; esta vida manifiesta el encuentro con Dios. ¿Qué es amor?, es el amor efectivo por los hermanos. Con este realismo se expresa en el cristianismo la relación religiosa, y todo tiene su centro en la convicción fundamental en la vivencia de que Jesucristo, el hombre, se ha encontrado en relación viva y personal con Dios. Esta reflexión nos lleva a considerar la vida familiar no solamente como una manera de vivir dentro de la misma familia, sino también como una misión de vivir en el siglo XXI en medio de un mundo que tanto necesita ver el amor de Dios encarnado en la vida de las personas y las familias con las que entramos en contacto. El papa Francisco insiste frecuentemente en este aspecto del testimonio de los bautizados, de los discípulos de Jesús. En *Amoris laetitia* escribe que el amor social reflejo de la Trinidad es en realidad lo que unifica el sentido espiritual de la familia y su misión. Porque ante el kerigma, con todas sus exigencias comunitarias, la familia vive su espiritualidad propia, siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vital para transformar el mundo.

Hermanos: a pesar de los retos a los que nos enfrentamos, la pandemia de COVID-19, que sigue sonando; las incertidumbres frente a la economía; la preocupación por el cambio climático y sus consecuencias; las injusticias sistémicas en tantos países; la influencia preocupante de los medios de comunicación y las redes sociales; seguimos convencidos de que los cristianos tienen algo importante que aportar al porvenir del mundo. En particular, creemos firmemente que las

familias cristianas tienen la misión de encarnar el amor de Dios en todos los ámbitos de la vida. Creemos y profesamos que Dios es comunidad de vida y amor, y eso tiene consecuencias muy concretas en nuestra vida. Somos llamados –mejor dicho, enviados– a dar testimonio en pleno mundo de ese amor mediante nuestra manera de vivir la comunión, la unidad, la misericordia, el respeto por la vida a través de nuestra vida familiar. Lo hemos visto en la palabra de Dios: esa misión no se realiza en familia sin problemas, porque esas familias no existen. Esa misión se realiza en familias que aceptan caminar con Dios nuestro Padre, con su hijo Jesucristo, nuestro salvador, y con las luces y los dones del Espíritu Santo. Esa misión es posible para todas las familias que aceptan estar en un camino donde avanzan confiadas en el amor de Dios, un camino de conversión, un camino de crecimiento en la fe y en la vida humana.

En el amor trinitario hemos sido inmersos el día de nuestro bautismo, y empezamos una aventura personal familiar y comunitaria que no deja de invitarnos a crecer, avanzar y dar fruto. Tantas veces hemos recibido la bendición de Dios en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que no olvidemos que la presencia activa del Dios Uno y Trino nos acompaña a toda hora, de día y de noche, a lo largo de nuestra vida. Hemos participado en la celebración de los sacramentos de la Iglesia gozando y saboreando la gracia de Dios para alimentar nuestra relación con Él y para que crezca la comunión entre nosotros, hermanos que somos en la fe. Si Dios nos sigue buscando como lo hizo en los primeros tiempos («¿Dónde estás tú?») es que Dios no falla en ofrecer su amor y su misericordia para cada uno de nosotros, para cada familia que abre su vida a la vida en abundancia que nos ofrece la cultura que promueve lo provisorio de muchas maneras. Eso representa desafíos mayores para las parejas, para las familias y, por supuesto, para la sociedad.

Parece cada día más difícil para las familias compartir lo ordinario de la vida cotidiana; por ejemplo, comer juntos al mismo tiempo, pasear juntos, disfrutar de momentos de descanso juntos. Cada miembro de la familia parece muy ocupado, a veces aislado de los demás a pesar de estar conviviendo en una misma casa. Aparatos como los teléfonos móviles y muchos otros tan útiles hoy en día pueden convertirse fácilmente en instrumentos que nos aíslan de los demás. Cuando visito a familias veo que es difícil encontrar momentos de gratificación en familia sin tener que responder a correos electrónicos, videojuegos, llamadas, alarmas de todo tipo. Veo necesario que los padres se entiendan con sus hijos para establecer un ritmo de vida y reglas de vida en común que favorezcan la vida familiar. Si algunas reglas básicas no existen, rápidamente los miembros de la familia pueden llegar a ser secuestrados por la tecnología. Y qué decir del acceso a la pornografía y de otros grandes retos. La cultura que nos rodea tiene aspectos positivos, pero también otros que son cuestionables y no permiten que las familias prosperen en un ambiente más saludable.

El papa Francisco les dijo: «Queridas familias, ustedes lo saben bien: la verdadera alegría que se disfruta en familia no es algo superficial, no viene de las cosas, de las circunstancias favorables. La verdadera alegría viene de la armonía profunda entre las personas que todos experimentan en su corazón y que nos hace sentir la belleza de estar juntos, de sostenerse mutuamente en el camino de la vida». La familia que vive la alegría de la fe la comunica espontáneamente, es sal de la tierra y luz del mundo; es levadura para toda la sociedad.

Esto constituye una misión exigente en nuestro tiempo, pero no es una misión imposible. Para que se haga realidad requiere decisión, determinación y compromiso por parte de los padres, para que su familia crezca y viva en un ambiente donde prevalezca ese estilo de vida, la mayoría de las veces a contracorriente del mundo, pero es el camino hacia la vida y la felicidad que nos propone el Señor. Toca aceptar que nos vean y juzguen como atrasados, desfasados, pero lo que presenta el Evangelio y la enseñanza de la Iglesia nunca será obsoleto. Seguir a Jesús, caminar juntos en familia, orar en familia, servir a los demás en familia, acogerlos en familia, celebrar la fe en la comunidad parroquial en familia, serán siempre la mejor manera de que una familia viva en unidad y armonía y pueda afrontar los altibajos de la vida con valor, y seguir creciendo en el amor.

Mis papás celebraron este año 65 años de vida matrimonial, y es una gran bendición tenerlos unidos y vivos todavía después de tantos años. Soy el mayor de siete hijos; mis seis hermanos son casados y tienen diecinueve hijos, y sus hijos ya casados tienen a esta fecha dieciocho hijos. Nuestra familia es una familia normal, es decir, con sus alegrías, fiestas y celebraciones, pero también con nuestras tempestades, sufrimientos y preocupaciones. A través de todos estos años he mirado cómo mis papás viven todas las etapas de su vida de pareja y cómo viven la evolución de nuestra gran familia. Puedo decir que han logrado llegar a este día porque siempre han recorrido al amor de Dios para encontrar el amor de seguir amándose y amarnos a nosotros. Admiro cómo papá y mamá han crecido en su capacidad de acoger tantas crisis en la vida de sus hijos y seguir amando. Estoy seguro de que las fuerzas naturales no habrían sido suficientes: su fe enraizada en la palabra de Dios y en la Eucaristía les dio la fuerza para perseverar en el amor. Eso es un testimonio que me sostiene en mi propia vida. Los años han dejado sus huellas en la salud de mis padres, pero sus corazones siguen siendo alegres y generosos, y eso para mí es una gran señal de la fidelidad de Dios, nuestro padre amoroso, de su hijo Jesucristo, el amigo y compañero que nunca falla, y del Espíritu Santo, el aliento de Dios para vivir en el amor y la comunión. Si aprendiéramos a confiar en Dios y a dejarnos guiar por Él, a tomarnos el tiempo de escucharla y seguirla, nuestras familias experimentarían la alegría del amor. De eso se trata esto, queridos hermanos y hermanas. Es lo que nos ofrece la vida cristiana. Nuestro mundo necesita de familias que toman en serio esta misión, esta visión. Esto no es algo que se enseñe mucho, no es algo que se pueda enseñar fácilmente. Se puede ver en el testimonio de una vida familiar.

A pesar de que no pude asistir a todo el congreso que han vivido en estos días, al ver los temas que desarrollaron veo que han tratado de encontrar la manera de acompañar mejor a las familias para que puedan cumplir su misión de dar testimonio del amor de Dios en el mundo de nuestro tiempo.

Que el Señor nos ayude a seguir creyendo en la familia y a trabajar para sostenerla. Gracias por su amable atención; que el Señor les bendiga.